

# BUENOS DÍAS

ALICIA GONZÁLEZ



NOVELA GANADORA

VII CERTAMEN DE NARRATIVA FEMENINA "PRINCESA GALIANA"

Editorial El Desván de la memoria

Buenos días  
Alicia González García

Esta novela obtuvo en 2008 el Primer Premio en el VII Certamen de Narrativa Femenina “Princesa Galiana”, organizado por la Concejalía de Igualdad del Excmo. Ayuntamiento de Toledo.

**Buenos días**

Edición digital, año 2013

© de la obra: **Alicia González García**

[aliciatamon@hotmail.com](mailto:aliciatamon@hotmail.com)

© Ilustración de portada: **José Manzanares**

[maskearte@gmail.com](mailto:maskearte@gmail.com)

<http://josemanzanares.blogspot.com.es>

© de la edición: **Ramón Alcaraz García**

Editorial **El Desván de la memoria** ®

[info@editorialeldesvan.com](mailto:info@editorialeldesvan.com)

[www.editorialeldesvan.com](http://www.editorialeldesvan.com)

ISBN: **978-84-938809-8-9**

*Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su inclusión en un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.*

Buenos días

---

Alicia González García



El desván de la memoria

## Miriam

Dios mío, qué dolor. No puedo soportarlo. Que alguien me ayude, mi cuerpo no responde, quiero gritar pero los sonidos se resisten a transformarse en palabras. ¿Qué me ocurre? Miles de cuchillos atraviesan mis entrañas sin compadecerse un segundo ante mis lágrimas.

Quizás Paula tenía razón y tomar aquellas pastillas no fue tan buena idea. Pero ¿qué otra opción me ofrecía la vida? No podía tener otro bebé, ni siquiera sé dónde está Junior, lo alejaron de mí, me acusaron de ser una mala madre, de no cuidarlo, de no preocuparme por él. Mintieron, yo adoro a mi pequeño, sus manitas, sus dientecitos recién estrenados, sus rizos negros y brillantes que apartaba con un simpático soplido para arrancarme una sonrisa... Le echo tanto de menos... Admito que en ocasiones me sentía tan cansada que me olvidaba un poco de su existencia, aunque no ocurría siempre. No me quieren decir cómo es la familia que se lo llevó; si es feliz, si se acuerda de mí. Esa maldita trabajadora social me obliga a renunciar a mi propia carne y sangre. ¿Quién es ella para tomar esa decisión?, ¿acaso tiene hijos?, ¿sabe lo duro que es criarlos sola, sin familia, sin padre, sin amigos?, ¿cómo se atreve a juzgarme?

Cuando descubrí que me encontraba embarazada de nuevo, no puede evitar preguntarme qué sentido tiene traer otra criatura a este mundo. Si soy mala mamá para Junior, lo seré también para el pequeño que se encuentra en camino. Ni siquiera sé quién es el padre, tampoco creo que conocer su identidad me ayudase demasiado, ¿qué podría exigirle?, ¿que cuidase del bebé y de mí...?, nadie se haría cargo del hijo de una fulana; cuando un hombre busca a una muchacha como yo, sólo pretende pasar un buen rato sin consecuencias, para eso ya tiene a su mujer o a su novia. Los finales felices en estas ocasiones sólo se producen en las telenovelas, nunca en la vida real.

Debo abrir los ojos y pedir ayuda... Si sigo tirada en el suelo, me moriré aquí...

Ésta no es mi habitación, ni ésta es mi cama, ¿dónde me encuentro?; el olor me resulta familiar, me recuerda la llegada al país, durante meses pasó a formar parte de mi vida, mis manos, mi pelo, mi ropa rezumaban este tufillo que me dañaba el estómago, imposible confundirlo, me encuentro en el hospital. ¿Cómo?, ¿quién me ha traído aquí? ¿Pablo? No, es muy orgulloso, no le gusta que le contradigan y mucho menos que no complazcan sus deseos, y anoche se fue sin lo que buscaba.

¿Mi madre, mis hermanos...? De los seis, Paula es a la única a la que podría importarle que yo viviese o muriese. Sólo somos hermanos de padre, cuatro hembras y dos varones, que yo sepa, porque mi padre no se caracteriza por su fidelidad, más bien todo lo contrario; además de con mi madre ha convivido con otras tres mujeres; a las que, una vez conseguido lo que quería: sexo, dinero o contactos, maltrataba y abandonaba. Carlos..., sólo pensar en él me provoca una oleada de sentimientos que me marean; yo era su hija favorita, lo repetía una y otra vez, aunque nunca se lo escuché estando sereno, sano y mirándome a la cara, eso da suficientes pistas para pensar que mentía.

En una ocasión me atreví a preguntar a Paula, la única de mis hermanastras con las que mantengo contacto, si a ella también se lo decía; algo en mi interior conocía la respuesta, pero necesitaba oírla. Mi hermana apenas recordaba retazos de la convivencia con nuestro padre, los años pasados con él pertenecían a un tiempo que trataba de olvidar sin poder conseguirlo. Su memoria no guardaba situaciones en las que Carlos ejerciese con ella o con sus hermanos como un verdadero padre, él los ignoraba, apenas les miraba y mucho menos les hablaba directamente. Su

madre les advirtió, desde que tenían uso de razón para poder comprenderla, que jamás creyesen nada de lo que su padre les decía, que cerrasen sus oídos y su corazón a cualquier palabra amable que saliese de los labios de aquel hombre; les exigía que le contasen todo lo que proviniese de la boca de su padre y ellas, que adoraban a aquella mujer, obedecían sin cuestionar lo que ocurría en su peculiar familia.

Qué inteligente y fuerte es Paula, si yo fuese como ella no me encontraría en esta situación, podría sobrevivir como una muchachita más, disfrutaría una existencia moderadamente feliz. Si no hubiera cedido a las peticiones de Carlos, quizás mi vida transcurriría de distinta forma... ¡No!, ¿cómo puedo siquiera pensar en ello como una hipótesis?, por supuesto que sería distinta, y me atrevo a vaticinar que mi futuro me pertenecería, podría soñar con alcanzar una felicidad que se me negó desde que nací.

Mi madre jamás permitiría que ningún deseo de su esposo quedase sin cumplirse. El resto de las mujeres de mi padre eran mucho más listas que mi madre; ella siempre lo recibía en casa cuando se cansaba de sus correrías o se encontraba peor de su enfermedad; siempre estaba a su lado en las recaídas, se pasaba semanas y meses durmiendo en un sofá, a su lado, le daba igual si una vez recuperado desaparecía sin darle ni las gracias, llevándose el poco dinero que ella conseguía ganar cosiendo. A él no le importaba nada, y a ella sólo le dolía tener su cama vacía. Nunca la vi sonreír si no era con él y para él; su risa, su cariño, sus mimos se reservaban en exclusividad para su amado esposo.

Estoy mintiendo, lo hago en muchas ocasiones, mentirme a mí misma se ha convertido, con el paso del tiempo, en la única forma de sobrevivir a mi familia y a mi propia vida. Miento al decir que todas sus sonrisas le pertenecían a él, porque me da vergüenza reconocer la verdad, su cara se iluminó en una ocasión sin que aquella mueca buscara complacer a mi padre, y me asusté al comprobar cómo era en realidad la mujer que me llevó en sus entrañas.

Cuando apenas tenía yo seis años, mi padre sufrió una grave crisis en su enfermedad. Como siempre, él reclamó a mi madre a su lado para cuidarle, Altagracia corrió al hospital a ocupar el sitio que según ella le correspondía como esposa. Lo cierto es que esto era falso, mis padres jamás se casaron. Carlos nunca quiso; ella se lo exigió en muchas ocasiones, pero él conseguía engatusarla con falsas promesas, aplazando un compromiso que no deseaba contraer, su soltería era un bien muypreciado para un hombre que presumía de sus conquistas con cualquiera que quisiera escucharle.

Cuando mi padre llevaba ingresado un mes, el médico pidió a mi madre que pasase a su despacho y, como no tenía con quién dejarme, la acompañé. Apenas llevaba dos semanas en España y Altagracia y Carlos eran para mí dos completos desconocidos. Yo no quería vivir en este país, deseaba con todas mis fuerzas regresar junto a mi abuela y refugiarme en sus fuertes y negros brazos; pero era demasiado pequeña para sugerir dónde deseaba crecer, jamás me atreví a contar nada a mis padres, de todos modos a ellos no les importaba lo más mínimo mis sentimientos. Los adultos nunca son conscientes de la sensibilidad que tiene un niño de seis años ni de cómo le afectan y le marcan los sucesos de su infancia y ocasionan en su vida adulta la toma de decisiones erróneas.

Al entrar en aquel cuartucho sin ventana, mi corazón comenzó a sonar tan fuerte que miré hacia mi madre sin comprender que ella no lo escuchase también; pero esa tarde su mente albergaba un único pensamiento y no era yo. El ambiente era asfixiante, la falta de luz natural y la acumulación de libros en las estanterías me agobiaron, permanecí apoyada en la puerta, con una mano sujetando la manilla, necesitando sentir cerca la salida. Mientras a mí me costaba respirar,

aquel joven doctor de ojos claros trataba de suavizar la información, posiblemente mi padre no pudiese volver a caminar, aquella siniestra enfermedad que se repetía cíclicamente había alcanzado la médula y los médicos creían que el daño provocado era irreversible. *¿Qué significa irreversible?*, preguntó mi madre con aquel marcado acento de dominicana recién llegada que ella forzaba en las situaciones en la que deseaba dar lástima. *Que si se confirma lo que sospechamos* —respondió el médico— *no podremos hacer nada por él, sus piernas dejarán de funcionar... ¿Entiende lo que le estoy diciendo?* La pregunta se debía a la sonrisa llena de felicidad que devolvía a la cara de mi madre toda la belleza y alegría que poseía en su juventud. Altagracia se levantó, estrechó la mano del médico y le agradeció su atención; se giró, me cogió la mano y sin dejar de sonreír abrió la puerta y nos dirigimos a la habitación de mi padre. Sólo yo sabía lo que pasaba por su cabeza: si mi padre no volvía a caminar, seguiría a su lado; no más mujeres, no más hijos, no más viajes, no más negocios. Es tan difícil de entender ese amor, o esa dependencia, o esa obsesión...

Cuando mi padre estaba fuera, nuestra vida era tranquila; yo iba al colegio, ella cosía y por las tardes dábamos largos paseos o visitábamos a algún compatriota para soñar con las playas, la música y la comida de nuestro país. Aunque mi madre renunciase a todo ello por amor al seguir a Carlos hasta España, no podía evitar añorar los olores y los sabores de su infancia. Ella no lo reconocería, y mucho menos me lo diría a mí; pero sé que su mente soñaba con volver a su tierra, deseaba trasladarse allí. Sabía que Carlos no la acompañaría, él odiaba su pasado, sus recuerdos y todo lo que le recordaba sus orígenes humildes.

El regreso de mi padre solía estar acompañado de gritos, reproches, lágrimas. No permitía que nadie se relacionara con nosotras, desconfiaba de todo y de todos, algo lógico con los negocios de los que obtenía su dinero. Digo bien al recalcar “su dinero”, ya que mi madre y yo no disponíamos más que de las migajas que él consideraba que nos merecíamos.

El miedo y la angustia se acostaban conmigo todas las noches y me despertaban todas las mañanas; yo no quería dormir sola y su presencia en la casa me alejaba de la cama de mi madre. Odiaba abrir los ojos por la mañana y no tener a nadie a mi alrededor, este miedo a despertar sola me lleva en demasiadas ocasiones a compartir cama con cualquiera.

Los errores de muchas noches me han demostrado que acostarse con alguien no garantiza tener un hombro en el que reposar al alba. Demasiados amaneceres buscando al compañero que ya no está han transformado mis despertares en una lucha constante; sentirme sola, abandonada y sin fuerzas para encarar un nuevo día, con todo el dolor que conlleva, se transformó en una batalla que deseaba ganar pero que en ocasiones me podía. Yo les daba lo que querían, ellos a mí no. Deseaba a alguien a mi lado por la mañana que no me dejase pensar, sin conseguirlo. Buscaba la seguridad que sólo unos brazos me dieron en toda mi corta vida, unos brazos que me hicieran sentirme querida, segura y protegida, que velaran por mi sueño y por mi despertar, ofreciéndome su calor sin pedir nada a cambio.

Otra vez este dolor ¡Por favor, que alguien me ayude! ¿Estaré muerta?, ¿los muertos no dejan de sufrir?

La enfermera me observa con tristeza. ¿Qué pensará? No me gusta que la gente sienta lástima de mí, lo odio, ¿qué sabe de mi vida?, ¿quién puede juzgarme? Supongo que para ella no soy más que otro inmigrante sin principios que no quiere trabajar y se dedica a ganarse la vida de la forma más fácil posible. ¿Fácil? Si ella supiera, tengo 17 años, un hijo de 2 años y medio al que nunca podré volver a ver, una madre incapaz de quererme y un padre incapaz de respetarme. Y lo más triste de todo es que yo no vendo mi cuerpo, me lo venden.

Presiento que voy a morir, hace meses que lo siento y no me asusta; al contrario, me produce un gran alivio. No tengo fuerzas para cambiar mi vida, ni para luchar contra lo que me rodea, soy débil y cobarde y sé que no moriré de vieja, tranquila en mi cama rodeada de hijos y nietos. Repito que no me importa, sólo lo siento por mi abuela Mamma, la madre de mi padre, la única persona del mundo a la que le importo; bueno, le importaba, hace años que ha borrado de su mente todo y a todos, quizás si la hubiésemos traído a España con nosotros..., los médicos y las medicinas de aquí...; pero para qué pensar en ello, mi padre jamás nos dejó gastar dinero en un pasaje para ella, y aún menos en medicinas. En el fondo sabe tan bien como yo que él y mi madre son los causantes de la enfermedad de Mamma; me separaron de ella sin que les importase lo que nosotras queríamos, son unos egoístas, lo único que buscan es su propio beneficio.

Cuando mi madre se vino a vivir aquí —por supuesto siguiendo a mi padre, que la abandonó por una muchacha de 16 años, él ya tenía 28—, me dejó en nuestro pueblo al cuidado de Mamma. Yo apenas contaba 2 años y viví con ella hasta los 6, cuando mis padres se reconciliaron. Mi padre sufrió una grave recaída de su enfermedad y, para tener contenta a mi madre y que lo cuidase, me mandó traer. Fue una especie de regalo, desde luego que no para mí, porque desde ese momento mi vida está rota.

Lo más triste de toda esta historia es que ninguno de los dos me quería a su lado, mi madre pensaba que era lo que mi padre deseaba y siempre lo complace en todo, aunque para Altagracia yo suponía una carga que no necesitaba tener cerca. En el caso de Carlos, fingió un cariño por mí que ni mucho menos me profesaba, para que mi madre lo cuidase creando a su alrededor la imagen de familia feliz; o al menos eso es lo que yo pienso, por supuesto que jamás se lo pregunté a ninguno de los dos.

Sueño con regresar a mi pueblo, recorrer sus calles estrechas y retorcidas, levantadas por los propios vecinos, volver a deslizarme por la playa o sentarme a contemplar el trabajo de los hombres en el muelle. Son deseos que necesito cumplir antes de dejar este mundo horrible en el que vivo.

Mamma se ganaba la vida cosiendo, oficio que transmitió a mi madre y que nos ha permitido comer durante muchos años. Era una artista; era y es, porque después de tantos años sus manos no precisan de su cabeza para descifrar el trabajo que han de realizar, se dirigen solas elaborando complicados bordados en los cuales expresar todo el dolor que la invade y que la alejó del mundo años atrás. Su don es conocido en toda la región, las gentes de los pueblos cercanos acuden a comprar sus labores, atraídas por su fama. Con el dinero obtenido, la gente de la aldea le compra la comida, que luego cocinan y se la llevan. Entre todos la cuidan para que pueda seguir en su casa y morir tranquila, nuestro pueblo es una gran familia unida que se une para cuidarse en los momentos complicados.

Los años que pasé con ella fueron los mejores de mi corta vida, permanecía todo el tiempo pegada a su falda. Durante el día, mientras ella cosía, yo jugaba a su alrededor sin perderla de vista ni un momento, escuchando sus canciones infantiles y sus adivinanzas; le encantaban, retaba a sus vecinos a inventarlas y poner a prueba su imaginación. En ocasiones pasaba semanas enteras dando vueltas a una de ellas hasta encontrar la respuesta. Qué orgullosa se sentía al conseguirlo; ella, que nunca había aprendido a leer ni escribir, se permitía el capricho de demostrar su inteligencia a sus convecinos, valorando como una hazaña cada uno de sus aciertos. Era feliz, y yo con ella. Por las noches, más largas de lo normal por falta de luz eléctrica, nos acurrucábamos juntas en la cama y me relataba cuentos de su infancia hasta quedarme dormida escondida bajo los pliegues de aquel inmenso cuerpo negro. Al amanecer, sus manos grandes y callosas me

despertaban acariciándome el pelo suavemente mientras una melodía sin letra brotaba de sus labios, que posados en mi frente me deseaban buenos días.

¡Cómo la echo de menos! En su cama, entre sus manos, jamás tuve miedo. No comíamos todos los días, en ocasiones pasábamos frío y mi ropa era vieja y recosida mil veces por ella, pero éramos felices juntas. Sé que al marcharme su corazón se rompió y prefirió olvidarlo todo que sufrir el dolor de mi ausencia. Jamás perdonaré a mis padres por ello. Sus egoísmos destrozaron dos vidas.

¿Y mi bebé? No había vuelto a pensar en ello, ni siquiera recuerdo quién me vendió las pastillas; creo que las compraron a una mujer que las ofrecía por Internet y que garantizaba un éxito seguro. ¿Seguro para qué? Para morir de dolores sí. Ni siquiera me planteé la posibilidad de que no funcionaran. ¿Que pasaría entonces, cómo nacería? No podía nacer, eso seguro. Lo intenté todo, pero nada funcionó; incluso la semana anterior traté de introducirme una aguja de punto para provocar el aborto, pero el dolor no me permitió llevar la idea hasta el final, me desmayé antes. Lo de las píldoras fue idea de una de las chicas del club, se suponía que conocía a alguien que las había usado sin problemas. Empiezo a dudar que fuera cierto, pero estaba tan desesperada y tan enfadada que pensé que no era mala idea, ¿qué podía perder? ¿La vida? ¿Y...?

Mi hermana Paula trató de convencerme, me suplicó que lo tuviese, que ella se haría cargo, se lo llevaría y cuidaría de él como si fuera suyo. Siempre pienso en que es él, nunca en “ella”, la vida es tan desalmada para las mujeres que me niego a traer una más a este mundo para que sufra. Paula estuvo a punto de convencerme, pasaríamos los últimos meses de embarazo lejos de nuestro padre, su idea era mentirle para que pensara que viajábamos a visitar a la abuela Mamma y después quedarnos en cualquier ciudad de España hasta que naciera el pequeño. Era importante que el parto fuese aquí, por el tema de los papeles; al regreso diríamos que el bebé era suyo y se lo llevaría a su casa con su madre y su padrastro, sabía que la aceptarían y que cuidarían bien de los dos.

La madre de Paula se había casado con un español bien situado económicamente, que aceptó de buen grado a la familia que ella aportaba, mis hermanas mellizas Paula y Zaira y mi hermano pequeño Madison. No sé por qué me empeño en usar la palabra *hermano* cuando pienso en ellos, supongo que me siento menos sola al pensar así, aunque sé que Zaira y Madison no quieren conocerme. Paula intentó que nos reuniésemos una tarde, y ellos se negaron; los quiero, me siento unida a ellos por el mismo dolor, el mismo miedo y el mismo rechazo hacia nuestro padre.

Al casarse con Aristeo, así se llama la madre de Paula, su marido le impuso una única condición, que los muchachos no volviesen a ver a su padre biológico, él les daría sus apellidos y legalmente sería su padre. Aristeo aceptó de buen grado y con esa decisión salvo la vida de sus hijos. Nuestro padre es un ser dañino, se aprovecha de todos los que le rodean, les exprime la energía hasta dejarlos vacíos y sin fuerzas, nadie que viva cerca de él escapa sin daño.

Paula se parece mucho a mí, y eso a veces me asusta; no quiero mi vida para nadie y menos para ella. No nos criamos juntas, apenas hace unos años que descubrimos la existencia una de la otra; aun así la protegeré como pueda de nuestro padre, de nuestro mundo y de ella misma si es necesario.

Su obsesión por el pasado, por conocer nuestra historia, se puede volver contra ella. En ocasiones es mejor no saber, no pensar y no sentir; las respuestas que con tanta urgencia pedimos pueden destrozarnos por dentro y obligarnos a convivir con ellas. Yo estoy pagando con mi dolor el saber demasiado, no quiero que a Paula le suceda lo mismo.

Vivimos en España para alcanzar un futuro mejor que en nuestro país, pero de poco nos

sirven las oportunidades de aquí si nuestra mente está al otro lado de un gran océano, haciendo preguntas sin respuesta. Sé que Paula sospecha la verdad sobre su madre, sobre nuestro padre, sobre mí. Podría confirmárselo, ¿de qué le serviría?, ¿para que dañarla con algo que pertenece al pasado y que no se puede cambiar?

Prometo hablarle de Clara, la única mujer con la que nuestro querido padre se casó; todo tiene una explicación, es española y le podía proporcionar una nacionalidad que él deseaba desde hacía tiempo, y que se le negaba al no tener un oficio reconocido. Se lo contaré sólo por un motivo: Juan y Marta, nuestros hermanos. Paula no me perdonaría que le ocultase la existencia de esos muchachos. Poco sé de ellos y de su madre, hace años que aprendí a no preguntar, bastante complicada es mi existencia como para buscar sin necesidad nuevos frentes de lucha.

Cuando mi madre supo que yo estaba embarazada, se volvió loca. Jamás la había visto así; me insultó, me pegó, rompió todo lo que se puso en su camino y decidió que no se ocuparía ni de mí ni de mi hijo. Yo estaba muerta de miedo, no sabía qué podía llegar a hacer en ese estado de rabia. Me arrastró hasta el despacho de la trabajadora social dispuesta a olvidarme en cualquier lugar que ella le ofreciese, y lo hubiese hecho sin volver a pensar en mí, ni en su nieto, si la vida no fuese tan retorcida y jugase tanto con nosotros. Mientras me buscaban una plaza en algún centro de acogida, recibimos una visita inesperada que obligó a mi madre a modificar sus planes.

Nos encontrábamos en casa cenando cuando llamaron a la puerta, mi madre se levantó y abrió esperando encontrarse a alguno de los amigos de mi padre tratando de comer gratis, como en muchas otras noches. La imagen con la que se topó era muy diferente, una muchacha joven de pelo largo y rubio se encontraba ante su puerta sujetando a dos bebés de piel oscura y pelo ensortijado. Supongo que mi madre se dio cuenta de lo que la joven buscaba, aunque prefirió someterla a la mayor humillación posible, obligándola a contar su historia y a suplicarle ayuda para encontrar a Carlos.

Se llamaba Clara y estaba buscando a su marido y padre de sus hijos, que según sabía vivía en aquella casa. Exigió a mi madre que no mintiese, ya que hacía varios días que espiaba a Carlos al sospechar que sus disculpas para ausentarse de casa eran mentira, y no por un trabajo imaginario que le obligaba a viajar constantemente. Sus dudas, miedos y temores la empujaron a seguirle y a descubrir que en la vida de su marido existía otra mujer y otra hija. Acudía en su busca esperando una explicación y una responsabilidad hacia ella y sus pequeños. Pobre ilusa, qué poco conocía a Carlos.

Altagracia escuchó pacientemente la historia de la muchacha, sin que su rostro demostrase el más mínimo signo de sorpresa. Cuando Clara finalizó, mi madre la miró a los ojos y sin el más insignificante atisbo de empatía arrojó sobre la pobre muchacha todo el veneno que llevaba acumulado en sus venas después de tantos años de desplantes por parte de Carlos; ni siquiera se compadeció de los bebés que la miraban con sus pequeñas caritas contraídas por el miedo. Fue una escena horrible; yo la escuchaba desde la cocina, consciente de que nadie se merecía aquel trato, pero incapaz de intervenir para defender a la muchacha, el miedo que mi madre despertaba en mí aumentaba con la convivencia diaria.

Lo que pasó entre Altagracia y Carlos jamás lo supe, aquella noche mi madre me mandó a dormir a casa de una vecina y jamás me atreví a preguntar nada sobre Clara o sobre sus hijos, sólo sé que a la mañana siguiente en mi casa reinaba la paz y que mis padres parecían quererse más que nunca, todo eran sonrisas y buenas palabras, dando por olvidada la idea de mi madre de un hogar de acogida para mi futuro hijo y para mí. Nos quedaríamos con ellos, que es donde debíamos estar, juntos como una familia feliz.

Me da miedo pensar en lo que ocurrió esa noche, dos seres llenos de tanto odio y veneno enfrentados pueden ocasionar más destrozos que un huracán.

A Paula sólo le contaré que tiene otros dos hermanos pequeños, y que cuando crezcan los conoceremos, o al menos lo intentaremos. Los gritos, las peleas y la pena me los guardaré para mí; si con ello consigo alejar el sufrimiento de su vida, lo haré, quiero hacerlo, se lo merece.

¡Por fin mi cuerpo ha dejado de sentir, el dolor ha desaparecido! Ya nada importa. Cerraré los ojos y viajaré al regazo de mi querida Mamma.

## Atagracia

¡Esta muchacha no cambiará jamás! Siempre creando problemas. Cuando su padre descubra lo que ha pasado, se enojará con las dos y lo cierto es que tendrá razón, ¡cómo puede ser tan tonta!, sólo le pedimos que fuese discreta, no podemos llamar la atención, debemos ser invisibles para las autoridades.

No puedo confiar en ella, apenas hace una semana lloraba prometiendo cambiar y hoy me encuentro camino del hospital después de mentir a la policía para poder explicar qué hacía mi hija tirada en el piso de un apartamento donde ni siquiera vive. Una llamada anónima les alertó de lo que ocurría; según aquel policía, debía dar gracias por su rápida intervención, de lo contrario habría perdido la vida. Por supuesto, mantuve la farsa y les demostré con lágrimas y suspiros la pena que sentía por mi muchachita, que desoía los sabios consejos de su familia y prefería vivir en casa de unas amigas en lugar de permanecer bajo el mismo techo que su pobres padres. En realidad no me importaría librarme de Miriam para siempre, esa muchachita del demonio ha sido un lastre desde el mismo momento en que la concebí.

Con todo el trabajo que tengo en casa, un montón de ropa por coser, encargos sin entregar y arreglos pendientes...; y no le importa, sigue con sus tonterías. Sabe que odio ir en metro, que los sitios cerrados y llenos de gente me ponen nerviosa. Cómo puede gustarle a alguien viajar así, parecemos animales, sin aire puro, sin espacio para moverse, sin luz del sol. No lo soporto, pero con el tráfico de esta maldita ciudad es imposible coger el autobús.

Qué caros se pagan los errores del pasado. Las decisiones que uno toma con el tiempo se convierten en losas tan pesadas que no te permitan respirar. Nunca quise tener hijos, carezco de eso que llaman instinto maternal; en dos ocasiones, antes de que naciese Miriam, me quedé embarazada, y en ambos casos no dudé en deshacer esa equivocación. Pero con ella fue diferente, tozuda desde la barriga, tomé las mismas hierbas para perderla y no funcionó, lo único que conseguí fueron unos vómitos y un dolor de tripa que me duró semanas, y con ello que Carlos se enterase de que esperaba un hijo suyo; le causó tanta alegría —él pensaba que yo no podía tener hijos—, que no tuve valor para abortar. Por un tiempo creí que este bebé nos uniría, pensé por un instante que la paternidad le cambiaría y permanecería con nosotras, pero me equivoqué. Esa idea ahora me hace reír, con todo lo vivido junto a él y por su causa me da vergüenza pensar en lo tonta que era, nada ni nadie conseguirá cambiar a Carlos, ni un bebé ni cien.

Conocí al único amor en mi vida allá en nuestro país, cuando apenas era una niña. Ni en el pasado ni en el futuro existirá otro hombre para mí. Es mi destino. Yo lo elegí y no me arrepiento de ello.

Mi vida no está siendo fácil, pero estoy acostumbrada, no es algo nuevo, lo arrastro desde la infancia, supongo que alguna gente nace para ser feliz y otros llegamos a este mundo y lo abandonamos sin descubrir lo que esa palabra significa.

Mis padres tuvieron doce hijos, siete muchachos y cinco hembras. Mi padre era uno más de los asalariados que recorren los campos recogiendo caña de azúcar, hombre fuerte y curtido por el duro trabajo. Viajaba mucho, dejando sola a mi madre largas temporadas peleando con todos nosotros. Los recuerdo vagamente, creo que a mi padre lo vi en cuatro o cinco ocasiones, su presencia en casa era una visita continua: llegaba, gritaba, nos echaba de casa porque le molestábamos, se encerraba con mamá en el cuarto y, después de varios días en los que nos

volvíamos fantasmas para pasar lo más desapercibidos posibles, se esfumaba y todo volvía a la normalidad. Normalidad que a los nueve meses se veía alterada por la llegada de un nuevo hermano.

En una de esas ausencias, mi madre tomó una decisión que marcaría mi existencia para siempre; habló con familiares y amigos, recurrió a conocidos y a cualquiera que no le importase albergar una boca más en su casa. Después de muchas súplicas y lágrimas, logró un hogar para cada uno de sus hijos. A mí me envió con unos primos lejanos suyos a la aldea donde vivía Carlos con su madre. Nunca volví a saber nada de mis hermanos, supongo que para todos fue mucho mejor así, lo vivido juntos no era digno de recordarse y, al igual que yo, ellos decidieron olvidar y tratar de construir un futuro que borrara el triste pasado.

Sé que mi padre volvió a casarse, tratando de repetir con su nueva mujer los modos y maneras con las que trataba a mi madre, pero le resultó mal y terminó con su cuerpo flotando en el mar. La historia oficial habla de ahogamiento fortuito al encontrarse bajo los efectos del alcohol. Las malas lenguas —malas pero mucho más sabias— narran que su sufridora esposa se cansó de serlo, le asestó con una botella en la cabeza y arrojó el cuerpo desde el acantilado. En un caso o en otro, soy huérfana. Huérfana de padre y madre.

Cuando el último de mis hermanos trasladó sus escasas pertenencias y su propio cuerpo a la casa que tenía asignada, nuestra madre consideró que su misión en esta vida estaba finalizada y sin pensar en ella ni por un instante se acostó en su vieja cama y no volvió a salir de ella. Falleció a los pocos días; sola, sin nadie que le sujetase la mano o que le tocara la frente para consolarla. Creo que ella lo sabía, de alguna extraña forma era sabedora de su final y se obligó a asegurar nuestro futuro dejándonos al cuidado de alguien para poder desaparecer igual que había vivido: sin molestar. Esa imagen me persigue en mis peores noches de insomnio, sé que terminaré mis días como ella, sola, sin nadie que me quiera llorando por mí, y eso me aterroriza.

Sus vecinos la encontraron días más tarde y la enterraron con una mezcla de pena y vergüenza en sus corazones, la muerte es demasiado triste para dejar que nadie atravesara ese trance en soledad; como vecinos, sintieron que le habían fallado al no permanecer a su lado en tan dura tarea, nacer y morir son dos esfuerzos que deben ser compartidos por nuestros seres cercanos.

Los primos de mi madre, con los que vivía desde hacía poco tiempo, me dijeron que ella había fallecido; nunca supe de qué, ni dónde estaba enterrada. Jamás pregunté nada ni sugerí visitar su tumba. El día que abandoné la casa de mis padres, me prometí a mí misma olvidar para siempre esa época de mi vida. Y así lo hice, o al menos lo intenté.

Los familiares de mi madre eran un matrimonio mayor dedicados por completo a un pequeño negocio de venta ambulante de tortitas. Ella, marcada por el hecho de no poder tener hijos, se dedicaba a complacer a su marido en todos sus caprichos, incluso sabía de la existencia de dos o tres amantes ocasionales a las que conocía y saludaba al coincidir en sus visitas a los mercados de los pueblos vecinos; pero no le daba importancia, ella era la esposa y, mientras su marido volviese todas las noches a dormir con ella, no pensaba reclamarle nada.

Cuando mi madre les propuso quedarse conmigo, percibió un brillo en los ojos de su marido que interpretó como una oportunidad de tener la familia que ella no podía darle. Así que se mostró muy dispuesta a criarme como si yo fuese su hija.

La realidad casi nunca se asemeja a nuestros sueños: ni yo resulté la niña dulce y cariñosa que ella esperaba ni su marido un padre solícito y preocupado. Yo era arisca, reservada y poco dispuesta a besos y caricias, y mi nuevo padre no entendía que tuviese que dejar a sus amantes y

su afición a las juergas por cuidarme. Su concepto de familia difería mucho del de su esposa, más amante de la vida hogareña que de las salidas nocturnas.

Todo esto ella lo asumió como un fracaso más en su intento de complacerlo y afectó a su carácter. Delante de su marido no demostraba jamás sus sentimientos, pero a solas en su cocina la descubrí llorando en muchas ocasiones.

Conmigo mantenía una relación de indiferencia, me utilizaba para ayudarla en la cocina, sin dirigirme ni una palabra más de lo necesario para que yo cumpliera con mi trabajo. Del resto me ocupaba yo; jamás me peinó, ni me vistió, ni me ayudó a bañarme. No tengo un mal recuerdo de aquella época, comía todos los días, disponía de una cama en la que acostarme y nadie me molestaba. Jamás había recibido besos ni caricias de mis padres, mi madre no tuvo tiempo para ello y mi padre no mostraba ningún interés por su descendencia, así que esta situación no difería mucho de la que yo conocía desde bebé y que —¡cómo no!— consideraba normal.

Todos los días me levantaba sobre las cinco de la mañana, para ayudar a Yaika en la cocina. Preparábamos las tortitas con sus carnicas, sus salsas y sus *guandules*. Cuando todo estaba listo, su marido, que con el paso de los años no puedo ni recordar su nombre, nos ayudaba empujando hasta el muelle un carrito hecho por él.

Allí nos esperaban hombres agotados y hambrientos, cuya jornada laboral empezaba más temprano que la nuestra; sus manos y sus rostros reflejaban el cansancio y la mala alimentación que les perseguía desde la infancia.

Yo apenas los miraba, para mí los hombres sólo significaban trabajo, gritos, golpes y niños, y la verdad es que ninguna de esas cosas me atraía demasiado. Me limitaba a entregarles su tortita rellena sin alzar los ojos de mi ocupación; no me gustaba cómo me observaban, sentía que en lugar de la comida era a mí a quien deseaban saborear y no sabía cómo reaccionar. Aquellos ojos me hacían sentir sucia, por dentro y por fuera, notaba como sus pensamientos me tocaban, lo que me obligaba a llegar a casa y correr a lavarme con agua fría, frotando tan fuerte que en ocasiones la esponja quedaba teñida de sangre.

Pero una mañana algo cambió y con ello toda mi vida. Estábamos recogiendo el puesto para irnos cuando escuché una voz suave y melosa que coloreó mi cara, incluso antes de alzar la vista para comprobar el rostro del que provenía aquella música convertida en palabras.

—¿Hola, niña, tendrás algo para mí?

No pude responder, mi cuerpo quedó paralizado, la melodía que tintineaba en mis oídos provenía de un cuerpo perfecto y majestuoso que se lucía parado frente al puesto. Fue Yaika la que le entregó la comida, yo no podía ni respirar, y aún menos pensar en las tortitas. Él se dirigió a mí para pagarme, y con una sonrisa que iluminaba todo el lugar se despidió con un:

—Hasta mañana, niña.

¿Hasta mañana? ¿Volvería a verlo? Mis manos sudaban, mi cuerpo temblaba, no sabía lo que me estaba pasando, no podía dejar de mirarlo mientras se alejaba; a cada paso que daba, mi cuerpo se vaciaba por su ausencia, me faltaba el aire y sentía que mis piernas empezarían a moverse solas tras él.

Yaika se percató de lo que ocurría y sin mirarme a la cara me dijo:

—Ese tipo de hombre no te conviene, sólo busca a alguien para calentarle la cama.

Su voz llegaba a mis oídos, pero no entraba en mi cerebro; mi mente estaba ocupada en otros pensamientos: quién era, dónde vivía y, lo más importante, cómo podía conseguir que no se volviese a alejar de mi lado. Desde ese instante y durante el resto de mi existencia, ése ha sido y será mi único deseo.

Los días siguientes amanecían para mí con su visión acercándose al puesto, y anocheecía cuando sus pasos lo alejaban de vuelta a su trabajo.

A través de las conversaciones de las amigas de Yaika pude descubrir que Carlos había regresado al pueblo para cuidar a su madre hacía pocas semanas. La mujer, a la que todos conocían y querían, acababa de enviudar y él, como único hijo, se estaba haciendo cargo de ella. Mamma, así la llamaba todo el mundo, era una mujer muy apreciada y respetada en el pueblo, siempre dispuesta a ayudar a quien lo necesitase.

Con el paso de los días, mi locura fue aumentando y con ello mi atrevimiento. De las miradas furtivas cuando se aproximaba al puesto pasé a las sonrisas, y a los roces de piel al servirle su comida. Todo esto parecía divertirme, una niña intentando seducirle a él, que podía tener a la mujer que quisiese sólo con mirarla. Pero algo en mí le atrajo, nunca supe el qué, ni se lo pregunté ni él me lo contó.

Una tarde, cuando me disponía a acostarme, escuché un canturreo que provenía de la parte trasera de la casa. Todo mi ser se estremeció al reconocer su voz, y sin pensarlo corrí hacia él.

Esa noche, mi cuerpo pudo por fin dar rienda suelta a sus deseos, tanta pasión refrenada se vio libre, desatando la furia que llevaba dentro contenida desde hacía meses, por fin mis sueños se convertían en realidad.

Con el amanecer, Carlos desapareció por miedo a que alguien nos descubriese. Yo tenía 13 años y él temía la reacción de Yaika y de su marido si se enteraban de lo que acababa de suceder en aquel cuartucho.

Esta situación se mantuvo durante algún tiempo, durante el día cada uno proseguía con su vida y al anochecer nuestros cuerpos se encontraban y permanecían unidos hasta la madrugada. Mi ser y mi alma sólo deseaban estar con él, nada más tenía importancia, el tiempo que pasábamos separados era una tortura, me faltaba el aire, mi cuerpo no respondía y volvía a ser la niña tímida y sumisa que había sido siempre. Su presencia me transformaba, olvidaba quién era para convertirme en la amante perfecta, solícita y dispuesta que él deseaba y que a mí tanto me atraía.

Fruto de esos encuentros, quedé dos veces embarazada. No dudé en ninguna de las dos ocasiones qué hacer con el problema; no quería mocosos que cuidar, mucho menos si podían alejarme de Carlos; o lo que era peor, con los que tuviera que compartirle. Recordaba a mi madre rodeada de chiquillos llorones y por nada en el mundo cometería sus mismos errores. Pero la tercera vez fue diferente, no logré deshacerme del bebé. Y lo que fue peor, al intentarlo todo el mundo se enteró.

Apenas acababa de cumplir los 15 años cuando nació Miriam. Por aquella época yo sabía que Carlos tenía otras amantes y se comentaba que varios hijos también; nunca le di importancia a sus aventuras, en mi tierra eso es algo normal, pasa y punto, lo único que yo necesitaba es que él volviese siempre conmigo, sus devaneos no suponían nada si las noches las pasaba en mi cama.

Cuando descubrió mi embarazo, mostró una alegría desconocida para mí, sonreía, cantaba y se mostraba solícito conmigo, eso me hizo olvidar la idea del aborto y seguí adelante con el embarazo. Con el tiempo comprendí que su alegría era fruto de su ego machista, para él engendrar hijos era una forma de reforzar su hombría, no tenía nada que ver con ser padre.

Eso lo supe demasiado tarde, tarde para mí, tarde para Miriam y tarde para todas las personas a las que afectó mi decisión, que fueron demasiadas.

El parto resultó más duro de lo que esperaba y la recuperación también. Debido a una fuerte anemia, permanecí varios meses en cama sin apenas moverme; mi cuerpo no respondía, me encontraba fatal.

Yaika y su marido jamás aprobaron mi relación con Carlos, lo consideraban un vividor y un mal hombre y no pudieron o no quisieron hacerse cargo de mí. Bueno, a mí y al bebé si nos admitían en la casa, aunque la condición que me imponían era inaceptable, Carlos debía desaparecer y ellos se ocuparían de cuidarme. Ni me molesté en contestar. Carlos lo era todo para mí; ¿puede uno abandonar su vida?, es imposible.

La única persona que se apiadó de mí fue la madre de Carlos, me ofreció su casa, su comida y su cariño, sin pedir nada por ello.

Mamma me cuidó como nunca nadie lo había hecho, es una mujer increíble. Siempre con una sonrisa que ilumina la habitación en la que se encuentra. Adoro esa sonrisa, es idéntica a la de Carlos, con la diferencia de que la de Mamma es gratis y la de Carlos siempre busca algo a cambio.

El espíritu y el cuerpo de Mamma son incansables, no me dejaba sola ni un minuto, cuidaba de la casa, seguía con su trabajo de costura y se ocupaba de la niña, por la que yo sentía un rechazo total, no soportaba tenerla cerca. Sólo accedí a alimentarla; nada más, su presencia me enfermaba.

Los dos años que pasé en casa de Mamma fueron los mejores de mi vida, sus atenciones me hacían sentir especial y querida; a veces me arrepiento de haberla dejado, pero mi destino me esperaba en España.

Durante mi reposo, Carlos se fue alejando, su disculpa era mi salud, no quería dormir conmigo para no molestarme, era mejor que descansase sola para recuperarme más rápido y así miles de frases amables; eso sí, acompañadas de su sonrisa más cariñosa para que no notase que realmente no quería quedarse a mi lado.

La cama vacía me asustaba, no podía dormir sola, necesitaba su cuerpo pegado al mío, las pesadillas más horribles me atacaban sin descanso cuando él no estaba. Para suplir su ausencia, recurrí a dormir con Miriam. Mamma se alegró mucho de mi decisión, pensaba que por fin aceptaba a mi bebé, que todo había pasado y que yo me convertiría en una buena madre. ¡Qué equivocada estaba!, pasaba la noche abrazada a un recién nacido por el que no sentía nada, sólo porque era lo más cerca que podía estar de su padre.

A los tres meses, cuando los cuidados de Mamma empezaban a surtir efecto y mi cuerpo volvía a ser el mismo, Carlos decidió viajar a España. Esta vez su disculpa, porque con el tiempo comprobé que era una disculpa, fue el dinero; buscaría trabajo allí, compraría una casa y luego nos mandaría a buscar para vivir todos juntos. Lloré, supliqué y grité para que me llevara con él, trabajaríamos los dos y luego mandaríamos a buscar a Mamma y a la niña, pero se negó alegando que yo aún no estaba bien, que el viaje era largo y que la vida sería dura al principio, mientras conseguía los papeles. Yo no podía dejar de llorar. Esa noche regresó a mi cama para consolarme y permaneció en ella las dos semanas que faltaban para su viaje. Nada le hizo cambiar de opinión, se fue; me abandonó con la perspectiva de un futuro mejor. No se trataba de un adiós, era un hasta pronto; eso me decía todas las noches, pero mi cuerpo sentía lo contrario.

Al cabo de dos meses comenzó a enviar dinero, a principios de mes nos llegaba un sobre con un giro desde España; unas veces más, otras menos, pero nunca falló en su envío. Gracias a eso sabíamos que estaba vivo, porque jamás mandó una carta ni intentó ponerse en contacto con nosotras por ningún medio.

Durante el tiempo de mi recuperación, Mamma me enseñó su oficio de costurera. Era la mejor, la aguja en sus manos se movía como la batuta de un director de orquesta, distribuyendo con maestría las puntadas a lo largo de la labor. Con una maestra así es fácil ser buena alumna; y

yo lo era, aprendí el oficio pensando en su utilidad al llegar a España, y en eso no me equivoqué.

Con el dinero que Carlos enviaba y el que nosotras conseguíamos cosiendo, nuestras necesidades estaban más que cubiertas, incluso comenzamos a ahorrar pensando en el momento de viajar a España

Pero el tiempo seguía pasando sin noticias. Para mí, cada noche, cada semana, cada mes sin él me estaban volviendo loca, me sentía como una fiera encerrada, mi carácter cada vez se agriaba más, no soportaba la presencia de nadie y menos de Miriam. Las noches eran horribles, no podía dormir, me retorció en la cama, lloraba, gritaba, no tenía consuelo. En ocasiones Mamma acudía a mi cuarto para sacar a la niña de la cama porque tenía miedo de que en mi locura le causase algún daño. Después de acomodar a la pequeña, regresaba para acunarme y cantarme hasta que me dormía. Eran los únicos momentos de paz para mi cuerpo y para mi alma.

Pasados ocho meses, la situación no mejoraba y los signos en mi cuerpo eran evidentes. Una vecina de Mamma se apiadó de mí y me dijo la verdad, Carlos se había marchado con una chica del pueblo vecino, me lo contaba para que me olvidase de él y finalizase aquella espera sin sentido que me estaba consumiendo.

Aquello me hizo reaccionar, Carlos era mío y nadie me lo arrebataría. Pedí dinero a Mamma para un billete y me vine a España, no sabía dónde viviría, ni en qué trabajaría ni qué sería de mi existencia; pero no me importaba, mi vida estaba donde estuviese él y mi cuerpo sabría dónde buscar.

Al volver a pensar en ello, no recuerdo haberme despedido de Miriam; creo que en ningún momento pensé en ella, no sentía que la abandonaba porque nunca la consideré mía, no puedo entender a esas mujeres cuya única meta en esta vida son sus hijos, ¿dónde esconden el amor, la pasión, el deseo por su hombre? Supongo que ellas no poseen la misma suerte que yo, no existen demasiados hombres como Carlos, capaces de enloquecer a una hembra sólo con susurrar su nombre.

Ésta es mi parada, ya era hora. Veré a Miriam y hablaré con el médico. Me imagino que de nuevo tendré que inventar una sarta de mentiras lo más creíbles que mi rabia me permita, pero es la única forma de evitar sospechas; si todo va bien, en media hora cogeré este maldito metro de vuelta. Confío que no esté muchos días ingresada, porque yo no puedo perder el tiempo viniendo hasta acá; ella solita se metió en este lío y ella solita tendrá que salir de él.

## Paula

Llevo más de 9 horas esperando y nadie sale a decirme nada. No es justo, se trata de mi hermana, tengo derecho a saber si está bien. Intenté colarme en la habitación durante el cambio de turno del personal, pero las enfermeras del control me vieron y tuve que volver a salir. Lo único que aciertan a decirme es que ya me avisarán; ¿que ya me avisarán de qué, de que ha muerto, de que está bien? Eso es lo que quiero saber.

Anoche se encontraba más triste de lo habitual, su forma de mirarme, sus manos apretando mi brazo sin poder soltarlo, sus lágrimas reprimidas me indicaron que la decisión estaba tomada; abortaría sin valorar los riesgos, tomaría las condenadas pastillas sin escuchar mis ruegos, mis súplicas, se negaba a luchar, no tenía fuerzas. Debí quedarme a su lado, ayudarla en tan duro trance, pero temía la reacción de mi padrastro, no deseaba disgustar a mamá con más peleas entre ambos.

Sin embargo, algo dentro de mí me obligó a visitar a Miriam antes de acudir a clase. El lazo de sangre que nos une me alertó del peligro que acechaba a mi hermana. La escena que descubrí al entrar en su casa superó mis peores temores, por un momento pensé que la había perdido para siempre; su cara mortecina y sus labios transparentes y sin vida me transportaron a una pesadilla en la que ella desaparecía para no volver. Sin perder ni un segundo en tocarla —el miedo a sentir el frío de la muerte en su piel me impedía acercarme—, llamé a una ambulancia para que acudiesen en su auxilio. Mientras esperaba a los médicos, mi mente comenzó a funcionar de nuevo y comprendí que no podría explicar mi presencia en la casa sin dar datos sobre nuestro parentesco y con ello poner al descubierto nuestro secreto. Evitar sufrimientos a mi madre pasaba por dejar a Miriam sola, tirada en aquel frío piso, esperando a unos desconocidos que le salvaran la vida.

Dejé de pensar y actué, bajé las escaleras lo más rápido que mis temblorosas piernas me permitían para esconderme en el portal, allí permanecí oculta hasta que la camilla con mi querida hermana pasó ante mi rostro.

¿Y el bebé? ¿Qué habrá pasado? En estas cosas siempre pagan los más inocentes; el bebé, Miriam, mi madre, la suya, mis hermanos y yo, todos somos víctimas de la misma persona. ¿Cuántos inocentes más se verán afectados por sus tentáculos?

Cuando eres pequeña te educan en el respeto a tus padres y mayores, creces pensando lo que les debes y cómo recompensarles. Lo malo de esta doctrina es que en ocasiones se vuelve contra ti. ¿Cómo actuar si la persona a la que debes honrar es el causante de tanto dolor a seres a los que adoras? No puedo querer a un monstruo como ése, pero en mi mente y en mi alma está grabado con fuego desde que nací: “honrarás a tu padre y a tu madre”. ¿Qué hacer cuando ese mandato te quema por dentro?

Mi madre se llama Aristeia, tiene tres hijos, un marido y el corazón y el alma destrozados por un antiguo amor, mi padre. Mi madre conoció a su verdugo cuando apenas tenía 16 años, vivía cerca del pueblo de mi padre y se encontraban por casualidad cuando ella iba a la fuente a buscar agua. Por casualidad, creía ella; yo estoy segura, conociendo lo que conozco de esa serpiente, que él llevaba tiempo acechándola y esperando el momento en que estuviese sola para atacarla. Actuaba y sigue igual, por lo que Miriam me cuenta, como una bestia salvaje.

La caza fue fácil, mi madre no era una presa que se supiese defender, era joven, inocente y muy confiada; aun ahora, con todo lo que ha pasado, sigue actuando así.

Él le pidió silencio, no era bueno que nadie descubriese que estaban juntos, la quería tanto que no deseaba que nadie pudiese interponerse entre ellos; ni la familia ni los vecinos, era mejor actuar como si no se conocieran. Rata mentirosa, lo que no quería era que mi madre se enterase de que no era la única que compartía su cama. Todo el mundo conocía su relación con Altagracia, la madre de Miriam.

La situación se mantuvo sin problemas durante meses, mi madre estaba tan enamorada que hacía todo lo que él le pidiese sin cuestionarse nada. Nunca les contó a sus padres ni a sus hermanas lo que pasaba en su habitación, cuando todos pensaban que dormía.

La realidad les golpeó una noche cuando mi madre confesó que estaba embarazada. El revuelo fue tremendo, no se le conocía novio, ni siquiera un amigo que la rondase, aquello fue un golpe muy duro para mis abuelos. Y empeoró cuando supieron quién la había dejado embarazada, la fama de Carlos —mi "querido" padre, recordar su nombre me produce repugnancia— era conocida en todos los pueblos de los alrededores. Mis abuelos se culparon por no haberlo notado, no supieron proteger a su hija menor de las garras de ese hombre. No sabían qué hacer, había un bebé en camino —al final resultamos dos, pero eso no se sabía aún—, y debían actuar. Sus creencias religiosas les impedían recurrir a la solución fácil; abortar no era una opción, pero tampoco deseaban ver a su hija expuesta a las habladurías de toda la comarca.

Después de mucho meditar, la familia de mi madre decidió mandarla a España con unos parientes, para evitarle la vergüenza. Tendría a su bebé allí, esperaría un tiempo y luego volvería diciendo que su marido había muerto. Así el honor de la muchacha y de su hijo quedaría a salvo.

Mi madre tuvo en sus manos la posibilidad de disfrutar de un futuro mejor y la estropeó. Por supuesto que mi padre ayudó, para él seguro que fue un placer destrozarle la vida.

Cuando el viaje estaba organizado, Aristeo decidió contárselo a mi padre y despedirse de él. Mencionar a mi padre la palabra España fue la peor ocurrencia de mi madre. Esa rata miserable contempló en ese viaje la posibilidad de escapar a sus muchos problemas; ésa era la época en la que Altagracia había tenido a su bebé y vivía con Carlos y su madre. Él contrajo deudas de juego que empezaban a ser peligrosas si no conseguía dinero rápido. Aquella situación no le gustaba nada, nunca quiso cargar con una mujer y una hija, no quería atarse a nadie, con el tiempo supe que fue Mamma quien le había obligado a llevarlas a su casa. Me gustaría saber cómo Mamma era la única que conseguía doblegar la voluntad de ese ser egoísta y miserable cuya sangre corre por mi cuerpo. Conozco a varias mujeres que matarían por ese poder.

Engañó a mi madre con falsas palabras de amor, amenazó con matarse si lo dejaba, prometió a mis abuelos casarse con ella en cuanto llegasen a España y trabajar para mantenerla a ella y al bebé. Su teatro iba dirigido a un público demasiado fácil, gente sencilla y confiada que no podía imaginar que aquellas palabras y sonrisas escondían tanta falsedad. Consiguió todo lo que quería de ellos, empezando por papeles para el viaje —mis abuelos conocían a un amigo que trabajaba en el consulado—, dinero para el pasaje, y hasta les llevaron en camioneta a la ciudad para que no ensuciasen la ropa nueva que, por supuesto, mis abuelos habían comprado para la ocasión.

Supongo que mi madre fue feliz durante unos días, creyó en sus promesas e imaginó una vida plena y dichosa en un país donde el dinero y las comodidades son fáciles de conseguir, o eso decían. Qué tonta debió de sentirse al descubrir la verdad. Por lo que sé de su historia, poco tardó en darse cuenta de que sus sueños nunca pasarían de ser eso: sueños.

Con la llegada a España comenzaron los problemas. Me cuesta creer que mi madre no sospechase cómo iba a acabar su relación, supongo que era demasiado joven y crédula, aunque gracias a mi padre pronto dejó de serlo.

El recibimiento por parte de la familia de mis abuelos fue inmejorable, los acogieron en su modesta casa y les ofrecieron todo lo que tenían, que según parece era muy poco para mi padre, su idea de España no era compartir un piso pequeño con otras siete personas, sin comodidades; sus aires de grandeza despuntaron nada más aterrizar en el nuevo país.

Todos los trabajos que le consiguieron eran demasiado cansados para su espalda, mal pagados o su jefe no le trataba bien. Según él, lo discriminaban por su color; yo más bien creo que tenía muy pocas ganas de obtener la comida de forma legal, el trabajo duro y constante no está hecho para mi padre.

Poco a poco fue minando la confianza de su nueva familia, comenzaron a no creerle y a sospechar que su sonrisa perfecta y sus suaves modales escondían algo más. Antes de que pudiesen confirmarlo, mi padre decidió que aquel clima húmedo del norte del país no le sentaba bien a la salud de su mujer y que podía ser perjudicial para sus hijos, por aquel entonces mi madre estaba embarazada de ocho meses y ya sabía que esperaba gemelos, desconocía que éramos dos hembras.

Sin dar tiempo a reaccionar a mi madre —no supo que la alejaban para siempre de los suyos—, preparó el viaje hacia Madrid, ciudad llena de posibilidades para un hombre de negocios como él. ¿Qué negocios? Nunca lo supe con exactitud, aunque siempre lo sospeché; no fue hasta conocer a Miriam cuando mis peores temores se vieron confirmados.

No puedo ni imaginar cómo se tuvo que sentir mi madre al descubrir que el hombre con el que vivía jamás cumplió la promesa hecha a mis abuelos de casarse con ella. Era una mentira. Como todas sus palabras y mimos, sólo tenían la finalidad de poder viajar a España; él sabía que mis abuelos podían conseguirle los papeles y se aprovechó de ellos. ¿Qué le pasó a mi madre por la mente en todos esos años de convivencia? Nunca lo sabré, en mi casa está prohibido hablar de mi padre biológico, estamos obligados a llamar 'papá' al hombre con el que mi madre se casó; todo lo que sé del pasado ha sido a través de Miriam y de la familia de mamá, con la que yo sí me hablo.

¡Qué dura debió de ser su vida esos años, cuántas humillaciones y desprecios!

Nosotros éramos muy pequeños cuando se separaron; bueno, es más exacto decir cuando mi madre abandonó a su verdugo, y apenas me quedan imágenes de esa vida en común. Alguna discusión, pero muy pocas y breves, no sé cómo mi padre las zanjaba, aunque me lo imagino. También recuerdo muchas mujeres viviendo en casa, me refiero a chicas que llegaban, se quedaban un par de días y se iban. Con los años, mis peores temores se han ido confirmando, sé a qué se dedicaba mi padre, cómo se ganaba la vida y nos daba de comer. Y me da asco.

Tengo tantas mentiras en mi vida que apenas me queda sitio para una más. Sé que todas las que me contó mi madre fueron para protegerme a mí y a mis hermanos y se lo agradezco; pero siento que también lo hizo por ella, en esta vida todos cometemos errores y luego los enfrentamos, y ella no supo o no quiso y así sigue y así morirá. Ese orgullo mal entendido o esa vergüenza, no sé lo que es, la mantiene alejada de su familia desde que huyó del lado de mi padre.

A mis abuelos les manda dinero siempre que puede, se lo prometió al marcharse de nuestro país y jamás ha faltado a su palabra; nada más, ni una llamada, ni una carta, nada de nada. Sabe que yo mantengo contacto con ellos, que les llamo varias veces al mes, sé que lo aprueba, quiere que lo siga haciendo, fue ella la que me inculcó el amor a unos abuelos y a una familia a la que jamás he conocido físicamente. Pero ella nunca pregunta, realmente no sé si quiere saber o simplemente se castiga por sus errores con lo que más le duele. Creo que no se siente digna de su cariño, y delega en mí ese vínculo familiar.

Otra gran fábula en mi vida es mi padrastro Esteban. Según la versión oficial, mi madre y él se conocieron cuando ella acudía todos los lunes para enviar giros con dinero para mis abuelos y él, que trabajaba en Correos, la atendía. Con el contacto de todas las semanas, surgió el amor. Esta historia me resulta tan irreal que no sé qué pensar. Sé que no es cierta, que todo es un cuento de hadas para niños pequeños; sospecho la verdad, pero me cuesta poner en palabras lo que pienso. Si su historia es cierta, ¿por qué ese odio de Esteban a mi padre?, ¿y la prohibición de verle a él, a algún antiguo amigo o conocido?, ¿y quitarnos el apellido y darnos el suyo?

Según él, porque nos quiere como a sus hijos, aunque yo lo siento más como una necesidad de borrar todo recuerdo de mi progenitor. La versión que nos contaron a los tres es que nunca llegó a conocerlo personalmente, que mi madre lo abandonó en una de sus recaídas, cuando nosotras tendríamos seis años y mi hermano cuatro; sin embargo alguna vez, en enfados con mi madre, hizo comentarios sobre el físico y la voz de Carlos, lo cual me hace sospechar que vivo rodeada de falsedad y engaños.

Esteban le ofreció a mi madre la estabilidad económica que necesitaba para huir. Ella no quería que su liberación supusiese la negación de un futuro para sus hijos, deseaba que alguien la ayudase a mantenernos, nunca se creyó capaz de hacerlo sola. Nadie la había preparado para ello y su espíritu no poseía la fuerza necesaria para intentarlo. En el fondo, y aunque me duela mucho lo que mi madre ha sufrido y sufre, se lo debe a ella misma, hace años debió tomar las riendas de su vida y afrontar sus equivocaciones sin esperar a ningún caballero con armadura que la salvase. Su falta de coraje nos ha llevado a vivir una mentira, que a mí me está volviendo loca.

Con el paso de los años, la convivencia con Esteban se tornó insoportable, un absurdo para mí. Todo parece molestarle, desprecia la música que nos gusta, nuestra comida, nuestro acento, el color de nuestra piel. Recuerdo que un verano, a mediados de agosto nos prohibió volver a la piscina porque nos estábamos poniendo muy negros. Por favor, teníamos diez años y nos obligaba a permanecer en casa todo el día para que nuestra piel no se oscureciese con el sol. Somos mulatos; mi madre, a la que tanto quiere, también. ¿Qué le pasa?, ¿de qué tiene miedo? Decía que era por nuestro bien, para que no nos sintamos diferentes; pero lo cierto es que somos distintos, cada persona es única. Si quería unos niños rubios y blancos, ¿qué hacía con mi madre?

Sus manías nos obligan a mantener dos vidas: cuando él se va a trabajar ponemos música y bailamos como locos por toda la casa con las persianas subidas para disfrutar del calor del sol, comiendo platos dominicanos que mi madre prepara a escondidas para nosotros; pero cuando él vuelve, el día se oscurece y el silencio reina en el piso.

Mi madre lo disculpa excusándolo por su edad, creo que ronda los sesenta años, no lo sé exactamente y la verdad no me importa, que trabaja mucho y llega cansado a casa y un montón de tonterías por el estilo. Yo creo que es un mezquino egoísta y mentiroso que se enamoró de nuestra madre y cargó con nosotros sin desearlo, la engañó haciéndole creer que deseaba una familia y que nosotros seríamos los hijos que él no tuvo, pero realmente no nos quería en su vida, se vio obligado porque sabía que ella jamás nos abandonaría.

Su actitud ha conseguido poco a poco minar a mi familia. Desde hace algún tiempo mis hermanos se han unido a él, rechazan sus orígenes, se niegan a hablar con los abuelos y mucho menos piensan en viajar a conocerlos, algo con lo que siempre habíamos soñado los tres, animados por mamá.

Ya no hay música, ni baile en casa, aborrecen la comida que antes adoraban y desprecian mi deseo por descubrir nuestro pasado. Me culpan de las discusiones con Esteban cuando me enfrento a sus deseos, consideran que es mejor doblegarse y vivir tranquilos. Cada día me siento

más sola en mi propia casa.

Mi repulsión por Esteban va más allá de su persona; es por lo que representa, nos juzga sin respetarnos, no ha intentado conocer nuestros gustos, no le importa lo que pensamos ni lo que sentimos, él sólo quería a mi madre y se encontró con tres mocosos de regalo a los cuales mantener; sabiendo que ella no prescindiría de nosotros, intentó durante años hacernos invisibles, y con mis hermanos lo está consiguiendo; pero conmigo no, necesito saber quién soy y, aunque no me guste lo que encuentre, seguiré buscándole pese a quien le pese.

Conocer a Miriam fue toda una casualidad. Como casi todo lo que nos pasa en la vida, se me presentó la oportunidad cuando menos me lo podía imaginar y la aproveché.

Llevábamos unos seis años viviendo con Esteban cuando una llamada de teléfono hizo que los intentos de mi madre por ocultar nuestro pasado se volvieran contra ella. La casualidad quiso que yo me encontrara en casa esa mañana, una gripe me mantenía tirada en la cama desde hacía un par de días. En un principio no di importancia al teléfono, no me interesaba nada de lo que pasaba fuera de mi cabeza; a los doce años una anda con muchas tonterías en las que pensar, hasta que escuchar un nombre provocó que todo mi cuerpo se tensase, un calambrazo recorrió mi cuerpo al oír la palabra Carlos, esa unión de letras estaba prohibida en esa casa. Por un momento pensé que algo terrible sucedería, que las paredes se caerían o algo así, hablar de él era peor que mentar al demonio. Cuando mi corazón dejó de galopar y aplacó un poco su ruido, pude escuchar parte de la conversación y medio entender que alguien reclamaba a mi madre el lugar donde vivía mi padre, ésta negaba una y otra vez saber nada de él, sin que la persona que se encontraba al otro lado del teléfono pareciera creerla. Al final, entre lágrimas y suspiros, colgó.

Mi madre soltó el teléfono como si le quemase la mano y cayó de rodillas al suelo, temblando. Corrí a abrazarla sin saber qué decir, nunca la había visto así, algo terrible debió de pasarle con mi padre para que sólo pensar en él le causase tanto dolor.

No me dio ninguna explicación, sólo me pidió que no le dijese nada a Esteban de aquella llamada, le juré que nunca lo sabría y el tema quedó zanjado.

Bueno, para ella sí pero para mí no. A pesar de todo lo sucedido, la quiero con locura y no consiento que nadie le cause daño. Anoté el número de teléfono desde el que la habían llamado, con intención de recriminar a quien fuese responsable del disgusto de mi madre.

Mi venganza quedó aplazada un par de días, hasta que la gripe remitió y pude salir a la calle. En cuanto puse un pie fuera de casa, busqué un teléfono público dispuesta a saldar deudas y marqué el número que cuidadosamente había guardado.

La voz que me contestó me sorprendió tanto que colgué sin decir nada, ¿quién era aquella chica? Por su voz no era mucho mayor que yo, ¿de qué conocía a mi padre y por qué le busca? Demasiadas preguntas sin respuesta, volví a marcar teniendo clara la pregunta que haría a quien contestase. Quería saber por qué buscaba a Carlos y por qué molestaba a mi madre. La contestación fue diferente a la que esperaba, Carlos era su padre y faltaba de casa desde hacía unas semanas, no sabía por qué su madre había llamado a mi casa.

Yo sí. Le confesé que también era hija de Carlos, su silencio me hizo pensar que estaba tan sorprendida como yo, me imaginé que su madre sí sabía de nuestra existencia y por eso llamaba a casa reclamando a su hombre, tendría de miedo de que hubiese regresado con su otra familia. En unos instantes pasé del enfado más absoluto a la alegría más loca, una nueva hermana, quizás ella pudiese resolver todas mis dudas. Le propuse conocernos y no se lo pensó, las dos teníamos un montón de preguntas y de respuestas que intercambiar. Dos niñas de doce años tratando de entender sus vidas.

La casualidad quiso que viviéramos en el mismo barrio, lo que nos permitió quedar esa misma tarde. Recordar lo crédulas que éramos me hace gracia, ¿casualidad? Nada en nuestra vida ha sido casual, todo es fruto de una mente enferma encerrada en el cuerpo de un hombre cruel y manipulador al que el dolor ajeno no afecta en absoluto.

De todo esto hace cinco años, una eternidad, demasiadas cosas han pasado desde esa tarde, todo se complicó demasiado. Aunque pensándolo bien, lo anterior tampoco había sido fácil.

La madre de Miriam, al sentirse abandonada, perdió el poco juicio que tenía y no descansó hasta volver a tener a Carlos en su cama. El precio a pagar fue el alma de su hija; creo que no le importa, su mente y su cuerpo sólo tienen sentido si Carlos está con ella; el resto del mundo puede irse al infierno, que es donde deseo que ella se pudra algún día.

Miriam nunca me contó lo que motivó la marcha de su padre ni lo que tuvo que hacer para que volviese; yo tampoco pregunté, fuese lo que fuese, ella era mi hermana y yo la quería igual, estaría con ella y la ayudaría en lo que pudiese.

Al poco tiempo de volver mi querido padre a casa de Altagracia, todo cambió para Miriam. Comenzó a trabajar en uno de sus negocios, llegaron las noches sin dormir, la coca para aguantar, el embarazo, el fracaso amoroso, la retirada de custodia de su bebé por los servicios sociales, las lágrimas, más coca... y ahora el hospital. Y en todo eso no pude hacer nada, sólo estar con ella, abrazarla y consolarla; pero realmente nada de nada.

Mi ayuda siempre tiene que ser a escondidas, mi madre hace tiempo que conoce mi relación con Miriam. No dice nada, no quiere separarme de mi hermana porque sabe lo que siento por ella; pero si Esteban supiera algo de esto, no sé qué podría ocurrir.

Y de nuevo toca esperar, ojalá me digan algo pronto, no puedo pasar tantas horas fuera de casa sin una buena disculpa.

Ya sale la enfermera, pregunta por familiares de Miriam Pacheco, y sólo estoy yo. Me dice que puedo pasar a verla. Menos mal, sigue viva.

## María Jesús (trabajadora social)

Tengo cuarenta y dos años, los últimos dieciocho los he pasado ejerciendo mi profesión en el barrio de San Cristóbal, distrito de Villaverde, situado en el extremo sur de Madrid. Me gusta lo que hago, aunque en ocasiones reniegue de ello con toda la fuerza de la que soy capaz. Mi trabajo es una vocación, una forma de sentir y una forma de vivir; si mi familia me hubiese inculcado creencias religiosas <sup>3</sup>/<sub>4</sub>tanto mi madre como mi padre son ateos<sup>3</sup>/<sub>4</sub>, imagino que mi existencia hubiese derivado por los mismos caminos pero con hábitos de monja cubriendo mi cuerpo.

Mi madre me cuenta historias de cuando era pequeña, que aun sabiendo que son ciertas me cuesta creer. No me imagino a mí misma con las ideas tan claras, con un espíritu tan decidido, como ella parece recordarme en su memoria. Siempre relata cómo se tenía que enfadar conmigo para que no trajese a comer a gente que encontraba pidiendo por la calle; raro era el día que al volver del colegio no recogía a nadie y me presentaba por sorpresa en la puerta de casa decidida a cederle parte de nuestra comida.

Con los años, y después de acceder al estatus de madre, me puedo imaginar lo que la mía sentía al abrirme la puerta de la calle un día tras otro; sé que estaba orgullosa de mi buen corazón y de mis deseos de ayudar, pero el miedo a que me ocurriese algo con semejantes compañías le quitaba el sueño. A pesar de todo, la pobre, por una mezcla de vergüenza y caridad accedía a mis peticiones y colocaba un plato más en la mesa, mientras con sus ojos trataba de darme unos azotes.

En una ocasión, debía de tener yo unos diez o doce años, me acompañó a casa un individuo que concentraba en su cuerpo todos los olores nauseabundos que la imaginación más retorcida nos permita imaginar; no sé cuánto tiempo llevaría sin tocar el agua, pero era repulsivo. A mí eso no me importaba y le dije que me acompañase, que en mi casa le esperaba una comida caliente y un rato de compañía. Cuando mi madre abrió la puerta y esa peste que flotaba alrededor de mi nuevo amigo llegó a su nariz, una arcada involuntaria atacó su estómago; ese olor fue superior a ella y obligó al mendigo a marcharse. Mi reacción fue tremenda, grité, pataleé, lloré y supliqué, sin conseguir nada. La decisión de mi madre no varió, intentó explicarme sus motivos, estaba embarazada y su cuerpo rechazaba aquel olor, era imposible que permaneciese en la misma habitación que aquel individuo.

Yo me mantuve firme, me encerré en mi cuarto y decidí no comer. Mi pobre madre no sabía qué hacer conmigo. Por supuesto, la huelga de hambre sólo duró hasta la merienda, ni mis padres ni mi pequeño estómago aguantaron más aquella situación.

El trato fue fácil, si yo dejaba de introducir extraños en nuestra casa, mi padre, que colaboraba en un albergue de transeúntes sirviendo las comidas los sábados, me dejaría acompañarle y echar una mano en la cocina, hasta que yo tuviese la edad suficiente para llevar a cabo acciones de voluntariado. Me pareció justo y, no nos vamos a engañar, el bocadillo de chocolate que mis pequeños ojos contemplaban en la mesa del salón también contribuyó a inclinar la balanza hacia la suspensión del encierro y de la huelga.

Cumplí mi palabra y desde ese día mi madre podía abrir la puerta a la hora de comer sin esperar sorpresas.

Sé que con los años la frescura y la inocencia de la infancia se pierden, me pasó a mí y creo que a todos; pero quiero pensar que mi espíritu de lucha ante las desigualdades sigue intacto. Ni la edad, ni los años de profesión, ni las decepciones han conseguido agrietarlo.

En este trabajo, en el que la realidad humana te toca tan de cerca, con sus virtudes y defectos, es casi imposible mantener los sentimientos al margen. Trabajo con y para personas, no son números, no son casos ni expedientes, son hombres, mujeres y niños con unas necesidades concretas y urgentes en la mayoría de los casos, y si yo puedo les ayudaré a solventarlas, aunque en ocasiones lo que ellos demandan y lo que yo considero que deben dar a cambio para conseguirlo nos enfrentan <sup>3</sup>/<sub>4</sub>hablo de compromisos para cambiar su situación<sup>3</sup>/<sub>4</sub>. Sé que soy dura, pero la experiencia me ha demostrado que lo que recibimos sin esfuerzo somos incapaces de valorarlo.

Hace un rato me llamó una compañera del hospital para preguntarme por una muchacha que acababa de ingresar por un aborto provocado por la ingesta de pastillas. Al comprobar sus datos personales, se acordó de una usuaria de nuestro servicio a la que hacía poco tiempo le habíamos retirado la custodia de su hijo pequeño, y me llamaba para comprobar si era la misma persona porque sabía lo mucho que me había impresionado esa chiquilla.

Miriam Pacheco, cómo olvidarme de ella. Hay gente en esta vida, gente especial sin poder explicar los motivos que los diferencian del resto, que se cruza en tu camino y, aunque permanezca cerca de ti sólo un instante, te causan una huella más profunda que aquellos con los que compartes años de tu existencia.

Con esta pequeña me sucedió. Y aún me sucede, con sólo oír su nombre una oleada de ternura sacude mi cuerpo, me gustaría correr al hospital, abrazarla y ofrecerle mi ayuda. Pero no serviría de nada, no es a mí a quien necesita; lo que yo podía hacer por ella, desde mi puesto laboral, ya está cumplido con creces, y a nivel personal jamás dejaría que me acercase, para ella soy el demonio, yo le arrebaté a su bebé de los brazos, no hice caso a sus súplicas, ni a sus lágrimas.

No pude ceder, ese niño no tenía futuro con Miriam, su vida corría peligro. Le concedí todas las oportunidades que la ley me permitía, pero cuando puso en riesgo la vida de su pequeño supe lo que tenía que hacer.

No puedo evitar pensar que todo aquello terminó de hundir a la muchacha, yo deseaba tanto protegerla que aplacé el expediente todo lo que me fue posible, pero la situación empeoró y el pequeño también tenía derecho a una oportunidad. Ahora está con una familia de acogida que desea adoptarlo. No sé qué será de su vida; él decidirá cuando crezca, pero al menos podrá elegir.

A Miriam la conocí cuando tenía seis años, hacía muy poco tiempo que sus padres la habían traído a España. Sus ojos, sus manos, todo su cuerpo reflejaba el miedo y la ilusión que este viaje le producía.

Altagracia, su madre, la trajo una mañana temprano <sup>3</sup>/<sub>4</sub>por supuesto sin pedir cita previa, esa mujer desconoce lo que son los trámites, las esperas y los turnos; cuando quiere algo, lo quiere ya<sup>3</sup>/<sub>4</sub>. En el momento más intenso de su disputa con la compañera de la recepción, que trataba de marcarle una cita para otro día, yo regresaba de una visita a domicilio fallida y me encontré con una niña sentada a la entrada de la oficina, balanceando los pies al ritmo de una música que sólo su pequeña cabecita escuchaba, mientras intentaba analizar y memorizar todo lo que observaba a su alrededor. Sus ojos negros y profundos como una mina de carbón no dejaban de moverse a un lado y a otro tratando de tocar con la mirada todo lo que la rodeaba. Cuando reparó en mi presencia, bajó la cabeza hasta casi tocarse el pecho con el mentón y dejó de moverse, casi de respirar, tratando de volverse invisible y deseando que yo continuase mi camino sin reparar en ella.

Pero eso ya no era posible, algo en esa pequeña me golpeó por dentro como hacía tiempo que

no me pasaba, dejé de mirarla y me dirigí hacia mi compañera, ofreciéndome a recibirlas sin cita ya que disponía de un rato libre en ese momento. Altagracia dejó de gritar a su víctima, mi pobre compañera ya no sabía qué hacer con ella, y dirigió su veneno hacia mí preguntándome por qué llevaba un rato en el pasillo sin decir nada y haciendo que perdiese su tiempo. Mientras me escupía todas estas palabras, me apuñalaba con sus ojos. Nunca me gustó su carácter; orgullosa, altanera, déspota e incapaz de demostrar ningún tipo de empatía por los que la rodean, la considero tan culpable a ella como al padre de Miriam de todo lo que le ha sucedido a la pequeña.

Ante esta actitud, mi primera intención fue echarla sin más contemplaciones y lo hubiese hecho sin ningún remordimiento; pero la imagen de la niña allí sentada, con la cabeza cada vez más encogida, me obligó a controlar mi lengua y a no permitir que la rabia por la mala educación de aquella mujer nublaste mi buen juicio. Sabía que, fuese lo que fuese lo que venían buscando, podría beneficiar a la pequeña.

Decidí ignorar los comentarios y con un gesto les indiqué que pasasen a mi despacho.

La primera parte de la conversación con Altagracia fue un monólogo destinado a ensalzar las virtudes de su marido, y a demostrar su pena por la grave enfermedad que le obligaba a permanecer en cama. Me relató que hacía pocos días que se encontraba en casa, después de permanecer casi un mes en el hospital, en un principio los médicos le habían dicho que su marido no volvería a caminar. Se equivocaron, caminaba, no mucho porque se agotaba, pero poco a poco se estaba recuperando. Según ella, todo gracias a sus cuidados y al amor que le profesaba. También la llegada de su hija desde la República Dominicana le había reconfortado mucho.

Cuando ya comenzaba a cansarme de tanto discurso sobre el amor y la fuerza que éste tiene en las curaciones <sup>3</sup>/<sub>4</sub>soy un poco escéptica, mi opinión va por otro lado, los médicos y las medicinas curan, el resto para mí es palabrería<sup>3</sup>/<sub>4</sub>, me dijo lo que quería de mí.

Una compatriota le comentó que sus hijos pequeños al salir del colegio acudían a un local del ayuntamiento donde realizaban los deberes y al terminar jugaban toda la tarde. Y que en verano y navidades se los llevaban varios días de excursión. Esta amiga le dijo que sus muchachos estaban muy contentos allí, y así ella podía trabajar por las tardes sin dejarlos solos.

Quería que Miriam fue también a un lugar así, porque se pasaba el día en casa y ella no tenía tiempo para cuidarla porque su marido la necesitaba. Me dijo que ella buscaba un sitio similar, pero para todo el día.

*¿Todo el día?*, le pregunté sorprendida, *¿y el colegio?* Una nueva sorpresa y un nuevo motivo para aborrecer a esa mujer. Miriam no asistía al colegio, llevaba más de dos meses en Madrid pero no había tenido tiempo para hacer los trámites, su marido la necesitaba. Dejar a su esposo una mañana solo en el hospital era impensable para ella; pero que su hija pequeña estuviese sin escolarizar, muerta de asco sola en casa todo el día, carecía de importancia. ¿Qué hacer con una mujer así?

Pues lo más práctico, respirar hondo y pensar en lo mejor para la pequeña, y eso hice, me comprometí a tramitar la escolarización de Miriam y a buscarle una alternativa de ocio para las tardes. En cualquier otra situación hubiese insistido en que la pequeña pasase las tardes con sus padres, ya que por lo que Altagracia me había contado la niña llevaba cuatro años viviendo con su abuela, la dejaron con dos años; y con el poco tiempo que llevaba en España sus padres eran casi unos desconocidos para ella. Repito, en cualquier otro caso mi interés se centraría en afianzar esos lazos, pero para Miriam consideré que lo más adecuado era alejarla de su madre, y eso que aún no conocía a su padre. Cuando Altagracia comprendió que conseguiría lo que tanto deseaba,

que no era otra cosa que sacar el mayor número de horas posibles a la pequeña de casa y con ello del lado de su padre <sup>3</sup>/<sub>4</sub>no soportaba compartirlo con nadie<sup>3</sup>/<sub>4</sub>, sonrió.

Mi repulsa me obligó a desviar la mirada, aquella sonrisa provocaba dolor al contemplarla, era fría y oscura, parecía más una amenaza; notaba cómo su actitud me avisaba: si esto te molesta y yo estoy contenta porque me voy de aquí con lo que vine a buscar, imagínate si me contrarías.

Durante toda la conversación, la pequeña permaneció tan quieta y callada que me olvidé de ella; creo que esa era su intención, que todo el mundo ignorase su existencia, que su cuerpo desapareciese sin dejar ninguna marca de su paso por esta vida.

Deseaba tanto poder hablar con ella, preguntarle cómo se sentía, si le gustaba el nuevo país en el que vivía, tantas y tantas cosas...; pero su cuerpecito encogido me indicaba que no deseaba ser molestada. Mejor dejarlo así, en otra ocasión charlaríamos.

Como le prometí a Altagracia, gestioné el ingreso de la pequeña Miriam en el colegio más cercano a su casa y le busqué plaza en un centro de día para que pasase las tardes en compañía de otros menores.

Cada seis meses solicitaba informes al colegio y a los educadores del centro sobre la evolución de la pequeña. Los tengo todos guardados en su expediente. Hoy no puede evitar releerlos tratando de descubrir en qué punto y por qué motivo la vida de esta muchacha se convirtió en un laberinto.

De los seis a los doce años todo hacía indicar que nos encontrábamos ante un ejemplo de adaptación, sus notas eran muy buenas, los informes de sus profesores la describían como una niña responsable y estudiosa, participativa en clase y con una gran capacidad para relacionarse con sus compañeros. Desde el centro de día, sus educadores no podían más que alabar la actitud de Miriam, su integración en el grupo y en las actividades era total, se podía contar con ella para cualquier taller, juego o campamento que se organizase, apenas una pequeña duda quedaba en la mente de mis compañeros: la sombra de tristeza que nublaba sus ojos cuando llegaba la hora de regresar a casa; sobre ese tema jamás hablaba, poca cosa se sabía de sus padres; por mucho que lo intentaban, estos nunca acudían a buscarla, no podían hablar con ellos, desconocían con exactitud quién vivía en casa con Miriam, ni en qué trabajaban sus padres. Era todo demasiado oscuro y eso les hacía sospechar, pero no existían pruebas que me permitiesen una actuación, la niña siempre estaba limpia, no existía absentismo escolar, parecía bien alimentada y su cartilla de vacunación estaba al día. Que yo sospechase que de todos estos detalles se ocupaba la pequeña y no sus padres era otro tema, su deseo de pasar desapercibida se mantuvo con los años, sabía que cuanto más normal pareciese su vida, menos preguntas tendría que responder.

Al final esa doble vida le está pasando factura.

Yo la veía más o menos una vez al año; a principios del curso, cuando su madre acudía a solicitar las ayudas para los libros y para el comedor escolar.

Año a año fui testigo de la transformación física de la pequeña; de ser una niña asustada y retraída con todo lo que la rodeaba, se convirtió en una adolescente de ojos negros profundos, con un caminar muy personal que me recordaba a la forma rítmica en que le vi mover las piernas la mañana que nos conocimos, en su interior existía una música que sin saberlo dirigía sus piernas.

Con doce años, su aspecto era el de una chica de dieciséis; alta, con curvas definidas, con una sensualidad emanando de su cuerpo que ni ella misma podía controlar. Como patito feo se hubiese salvado, convertirse en cisne la sentenció.

Al año siguiente se quedó embarazada. Estaba de siete meses cuando me la encontré esperándome en mi despacho con su madre, a sus ojos había regresado el miedo que descubrí en

ellos la primera vez que nos vimos, su cabeza agachada la enviaba de nuevo a los seis años.

No dijo nada, Altagracia fue la que habló, pedía una casa de acogida para enviar a su hija. Ella no podía hacerse cargo ni de Miriam ni del bebé, se mostraba furiosa con su hija por haberle ocultado el embarazo, ya que a estas alturas un aborto era impensable.

Todos mis intentos para que cambiase de opinión fueron inútiles, ni mis promesas de ayudas ni apoyos futuros para el bebé consiguieron convencerla, venía dispuesta a deshacerse de su hija y de su futuro nieto y eso era lo único que aceptaría. No tuve más remedio que doblegarme a sus deseos, les pedí que pasasen en unos días, que me encargaría de buscar una solución; necesitaba tiempo para pensar y consideré que mentir podría evitar que Miriam acabase en la calle. No me fiaba nada de Altagracia, su enfado era de los peores que le había conocido.

Pero algo pasó el día de la cita, Altagracia me llamó para comentarme que todo estaba arreglado, que Miriam y el bebé se quedarían en casa. Intenté saber qué pasaba y choqué contra un muro; ninguna información que ella no deseara dar saldría de la boca de esa mujer, lo único que me comentó es que la familia se ocuparía de todo.

¿Qué familia? Desconocía la existencia de más parientes, todo aquello me pareció muy extraño; poco, por no decir nada, podía hacer yo.

Miriam dejó el colegio, el centro de día y desapareció, o al menos para mí, no tuve forma de saber nada de ella, ni de su bebé, hasta pasado más o menos un año.

El reencuentro con Miriam Pacheco se produjo a través de su pequeño. Un informe llegado del hospital nos alertaba de la falta de control médico sobre el niño, el pequeño había nacido con un pequeño soplo en el corazón que exigía unos controles sanitarios periódicos; la no asistencia a varias consultas y la falta de seguimiento en la cartilla de vacunación puso en marcha la maquinaria burocrática hasta que todo llegó a mis manos.

Sin dudarlo, cité a Miriam a mi despacho para saber lo que ocurría. Fue imposible que acudiese, lo intenté en tres ocasiones sin conseguir mi propósito. No estaba dispuesta a dejar que el tiempo pasase sin hacer nada, así que una mañana me presenté en la dirección que aparecía en los informes médicos del bebé como su domicilio.

Lo que me encontré en aquel lugar superó con mucho mis peores pensamientos. Miriam compartía piso con otras tres muchachas, amigas, conocidas o compañeras de infortunio, no supe cuál era la relación, aunque con el tiempo me lo imaginé. Me abrió la puerta una de ellas y sin preguntarme nada se dio la vuelta y siguió su camino por el pasillo, dándome la impresión de que no importaba lo más mínimo quién era ni qué quería; por aquella casa paseaba tanta gente a todas horas, que si no era para ella la visita el resto no le importaba.

Lo que me fui encontrando según avanzaba por el pasillo es difícil de explicar. Cómo describir aquel olor, la ropa por el suelo, los platos sucios por todas partes, restos de comida en lugares sin sentido. Era caótico, no me podía imaginar qué lleva a una persona a vivir en ese estado, muy poco tienes que quererte para obligar a tu cuerpo y a tu alma a soportar todo aquello.

Cuando pensaba que ya lo había visto todo, apareció Miriam; su aspecto denotaba una noche de excesos de la cual no parecía recuperada, eran casi las dos de la tarde y sus ojos acababan de abrirse al nuevo día. En un primer instante, su mente somnolienta no consiguió recordarme; pasados unos segundos, el orden en sus pensamientos se impuso y supo quién era. Su reacción fue más violenta de lo que yo me esperaba; retiró bruscamente un cigarrillo de sus labios y me gritó toda su colección de insultos para que desapareciese de su vida.

Pregunté por su hijo y por los motivos de no llevarlo al médico. La única explicación que conseguí fue que se acostaba tarde y que se dormía, Junior estaba bien y ella sólo deseaba que la

dejase en paz.

No sé si algo más salió de sus labios, porque mi mente estaba bloqueada contemplando a un chiquillo de apenas un año sentado en el suelo y tapado con una manta en la que era imposible colocar una mancha más. Su pelo, su cara, sus manos..., ¿cuántos días llevaba sin que lo lavasen? Me acerqué a él y le retiré de la boca algo que me pareció un resto de carne, aunque no podría asegurarlo. El muchacho comenzó a llorar con desesperación. Mi primer impulso fue cogerlo en brazos, Miriam me lo impidió, de un empujón me alejó del bebé y lo agarró con fuerza contra ella.

A gritos me exigió que saliese de su casa y de su vida, que no necesitaba a nadie y menos a una funcionaria como yo, que quería controlarla. Fue imposible razonar con ella, mis palabras sólo provocaban más gritos y amenazas, por un momento tuve miedo por el pequeño, lo apretaba tan fuerte que temí por él. Decidí marcharme, nada se podía hacer allí.

Ese mismo día contacté con Altagracia para contarle la situación en la que su hija y su nieto vivían; utilicé el tono más duro que pude, llegando a amenazarla con retirarles las ayudas que los servicios sociales le concedían si no colaboraba.

Nunca supe qué pasó, pero durante el año siguiente las cosas mejoraron bastante. Miriam volvió con el bebé a casa de sus padres, acudió regularmente al médico y mantuvo una actitud más receptiva ante los cursos y talleres que se le ofrecían para mejorar su formación y con ello acceder a un mejor empleo.

No obstante, los años de experiencia me han hecho ser pesimista ante este tipo de cambios tan rápidos y sin un motivo aparente, las recaídas son inevitables, y por desgracia Miriam no fue la excepción; coincidiendo con una de las muchas reconciliaciones de sus padres <sup>3</sup>/<sub>4</sub>mejor dicho, con una de las recaídas en la enfermedad de Carlos y con ello su vuelta a casa para que Altagracia le cuidase<sup>3</sup>/<sub>4</sub>, todo se estropeó de nuevo.

La frase “Miriam se fugó de casa” fue toda la explicación que su madre me ofreció, eso y un montón de quejas sobre el trabajo y los disgustos que esa muchacha les ocasionaba. No supieron decir dónde estaba ni con quién. Sólo que dos días atrás, al llegar a casa, la hallaron vacía, ni Miriam ni Junior se encontraban en ella.

Por desgracia para todos, no tardamos mucho en saber de ellos; Junior ingresó en el hospital después de haber ingerido, según Miriam de forma accidental, cocaína. Ese hecho, unido a mis informes precedentes, motivó la retirada de la custodia de Junior y su entrega en acogimiento.

Sé que Miriam quería y quiere a su hijo, pero es incapaz de cuidarlo; si no sabe qué hacer con su vida cómo pedirle que luche por la de otro, aunque sea de su propia sangre.

Sigo pensando, y los informes de mis compañeras me lo ratifican, que para Junior fue lo mejor, en cambio para su madre no lo tengo tan claro.

Mi cabeza no puede dejar de dar vueltas a una misma pregunta: ¿qué sucedió en la vida de esta muchacha para que llegase a esta situación?

Mañana llamaré a mi colega al hospital para saber cómo está.

## Aristea

Son las ocho y cuarto de la noche y Paula sin aparecer, esta muchacha se está buscando un castigo ¿Qué le voy a contar a Esteban cuando pregunte por ella? No soy buena mintiendo, y menos a él, me sudan las manos y la voz me tiembla sin poder disimular. Con todas las falsedades que rodean mi vida, debería ser una experta en estas lides; pero no consigo acostumbrarme a mentir, quiero pensar que todavía existe en mi interior una parte de aquella muchacha crédula y confiada a la que sus padres y hermanas mimaban y cuidaban para que nada malo le sucediese.

No pasa un solo día sin que piense en ellos, si cierro los ojos y olvido mi vida, soy capaz de recordar todos los rincones de nuestra vieja casa, cada habitación, cada mueble, incluso los olores que venían de la cocina, envolviendo todas las estancias momentos antes de que mi madre nos reclamase a comer. Añoro aquellos sabores, deseo con todas mis fuerzas volver a paladear las delicias con las que aquella mujer transformaba una simple cena en toda una fiesta. Sé que es imposible, nunca volveré a nuestro pueblo, es mi castigo, me lo merezco; eso y mucho más, no soy digna del cariño de los míos, ni de sus preocupaciones. Les fallé, y no sólo en una ocasión, ya son demasiados fracasos como para atreverme a pedir que me perdonen.

Pero suplico al destino que permita a Paula abrazar a sus abuelos y a sus tías. Desde muy pequeña la colocaba cerca del teléfono, cuando llamaba a nuestro país, para que saludase a su abuela, que sus voces se conociesen era importante para mí; mi mala cabeza privó a mis progenitores de verme a su lado en la vejez, rezo para que ese lugar sea ocupado por mi hija aunque eso suponga alejarla de mi lado, será mi sacrificio para compensar todos los que ellos hicieron por mí.

Paula es tan diferente a sus hermanos...; su sangre es la misma, sus orígenes, sus creencias, sus odios y amores eran idénticos de pequeños, yo les eduqué igual que años antes lo hicieron conmigo, priorizando el amor a la familia y el respeto a las tradiciones de nuestro país. Mis ideas fueron ofrecidas a los tres por igual, pero en Paula calaron y en los otros dos muchachos no.

Ella adora su color de piel, su pelo ensortijado, imposible de domar, sus manos grandes de dedos largos y finos como las mías, me suplica que le prepare comida dominicana y no deja de escuchar música de allá. Sueña con viajar y descubrir el lugar donde yo nací y donde su hermana y ella fueron concebidas, su sueño es regresar a nuestro país para quedarse, Paula se considera dominicana y no española.

Pobre mamá y papá, les hice tanto daño y lo sigo haciendo; todo en mi vida ha sido un error, no dejo de equivocarme y arrastrar a los que me rodean a una vida sin sentido, donde la mentira reina a sus anchas.

Llevo más de seis años sin llamarles por teléfono, ni escribirles; no sabría qué decir, el día que abandoné a Carlos les dejé a ellos también, es mi castigo, todas las decisiones en esta vida tienen sus consecuencias, la liberación de mi verdugo me obligó a permanecer alejada para siempre de mis queridos padres. Les fallé al mantener una relación con un hombre que jamás aprobaron; les fallé al quedarme embarazada; les fallé al abandonar la casa de mis tíos, que tan amables fueron conmigo cuando llegamos a España; les fallé al no regresar a su lado cuando nacieron las gemelas, como habíamos pactado; les fallé demasiadas veces para poder afrontar un nuevo fracaso. ¿Cómo decirles que abandonaba a Carlos?, jamás podría explicarles la realidad que viví al lado de ese ser al que odio y aborrezco con todo mi ser.

Paula no comprende mi negativa a retomar la relación con nuestra familia. Tampoco se atreve a preguntar, creo que tiene miedo a la verdad; en ocasiones me he sentido tentada a contárselo todo, pero la miro y me pregunto cómo podría afectarle saber que su madre se acostaba con hombres a los que no conocía por protegerla a ella y a sus hermanos, no creo que esté preparada para asumir algo así, no lo estoy yo y se presupone que soy una adulta; cómo reaccionaría ella, que sólo es una muchachita.

En las noches de insomnio repaso mi corta vida, tengo 33 años y creo que con la carga que llevo amarrada a mis espaldas se podrían vivir dos veces esos años. Lo único que me ha mantenido en este mundo son mis tres hijos, sin ellos hace tiempo que hubiese puesto fin a mi existencia; ¿qué sería de ellos sin mí?, me necesitan y mi obligación es protegerles, sobre todo del bastardo de su padre.

Cómo es posible que tanta maldad tenga cabida en una sola persona, pensar que en otros tiempos moría de amor y pasión por él, qué crédula fui, si tuviese cerca a aquella muchachita tonta que yo era le daría un bofetada para sacudirle su estupidez y con ello salvarle la vida.

Pensar que cuando me embarazaba a mí, tenía a otro bebé en camino y otras dos o tres amantes más. ¿Tan ciegas somos las mujeres cuando nos enamoramos? Nos engañó a todas y no dudo que mientras tenga un aliento de vida seguirá engatusando a las que se dejen, sacrificando vidas e ilusiones en su propio beneficio.

Su amor fingido por mí le duró pocos meses; justo hasta convencerme para que abandonara a mis tíos, que con tanto cariño nos habían recibido en su casa de Lugo. Su disculpa era el clima, la lluvia constante, el frío al que, según él, yo no estaba acostumbrada y podría dañar a nuestros hijos; era mejor trasladarnos un poco más al sur, donde todo me recordaría más a nuestro país.

Maldito mentiroso, nada era por mí ni por nuestras hijas, que estaban a punto de nacer, todo era por él, por sus oscuros negocios. Temía que mis tíos descubriesen cómo se ganaba la vida y lo denunciasen a la policía, Carlos sabía que lo harían sin dudar y prefirió no correr el riesgo. Me obligó a viajar embarazada de casi ocho meses, con mi panza descomunal, en la que se escondían dos bebés asustadas sin atreverse a salir. Desplazarme en ese estado, buscar un piso, acondicionarlo para la llegada de las gemelas y seguir atendiendo las necesidades de mi esposo querido agotaron mis escasas energías provocando un anticipo en el momento del parto.

Carlos tardó dos días en acercarse al hospital a conocer a sus hijas y verme a mí. Con esa visita se terminó de caer la venda que llevaba puesta en los ojos desde que lo conocí, y pude mirarle a la cara viendo realmente de qué pasta estaba hecho.

No necesité más de dos días para saber que cuidar sola a mis dos muchachitas iba a resultar una tarea realmente dura para una madre primeriza y joven como yo; necesitaba ayuda, al menos durante unos meses, mientras me recuperaba del todo, y pensé en pedirle a una de mis primas que se viniese desde Lugo a vivir con nosotros temporalmente. No había terminado la frase cuando Carlos me sujetó la cara con las dos manos como si fuese a darme un beso y me susurró: "si alguien de tu familia se acerca a nosotros me llevaré a tus hijitas y no volverás a verlas jamás, no te imaginas el dinero que me darían por ellas". No fueron sus palabras las que paralizaron mi corazón, fueron sus ojos; descubrí en ellos un brillo salvaje, casi inhumano que me heló la sangre. Hablaba en serio, era capaz de vender a mis muchachas y yo no podría impedirselo.

No me dio tiempo a contestar, me plantó un beso de Judas en la frente y levantando la voz se despidió de mí con su mejor sonrisa. Salió de la habitación, no sin despedirse de los familiares de la compañera acostada en la cama contigua, su farsa de amante esposo seguía representándose delante de extraños para no levantar sospechas.

Al cerrarse la puerta, las lágrimas corrieron por mi cara como un torrente descontrolado, por fin mi destino mostraba sus cartas y no existía forma de escapar a él, no podía detener mi llanto pensando en mis pequeñas y en el futuro que les esperaba al lado de aquella mala bestia.

Estaba sola, Carlos se había encargado de aislarme del mundo, con apenas dieciséis años, dos niñas recién nacidas y un monstruo sin sentimientos del cual debía protegerlas. Con el paso de los años, no sé cómo no me volví loca en ese mismo instante, pero nuestro cuerpo y nuestra mente nos enseñan que la capacidad de supervivencia de las mujeres, cuando se trata de la vida de sus pequeños, es ilimitada.

Esa misma noche, con cada una de mis muchachitas en brazos, les hice una promesa que nada ni nadie conseguirá que rompa mientras siga respirando, les juré que las cuidaría y protegería costase lo que costase, no permitiría que nadie las dañara.

Los meses que siguieron a la salida del hospital no fueron del todo malos; agotadores por lo que supone cuidar a dos bebés, y tranquilos en cuanto a Carlos se refiere. Mi marido pasaba largas temporadas fuera de casa; *cuidando sus negocios*, decía, *alguien tiene que daros de comer*, me recriminaba.

Cuando se marchaba dejaba dinero en casa y a su regreso exigía todos los recibos para comprobar en qué me lo había gastado. Trataba de controlar hasta el último gasto para saber si enviaba dinero a mi familia a escondidas; por aquel entonces no podía prohibirme hablar con ellos porque el tema de nuestros papeles estaba aún en el aire y temía que si les contrariaba no conseguiría su ansiada nacionalidad, pero la plata para él era sagrada y desde luego no estaba dispuesto a compartirla con esos “muertos de hambre”, como llamaba a mi familia.

Aunque me comunicaba con mis padres semanalmente, jamás les conté lo que sucedía en mi vida, se mostraron muy enfadados por abandonar la casa de mis tíos y me reprochaban continuamente mi alejamiento, ¿cómo explicarles que mis hijas sufrirían las consecuencias por cualquier llamada o visita en mi casa? Les mentía, les daba números de teléfonos falsos, direcciones equivocadas, no conocía otra forma de proteger a las pequeñas.

Los primeros años de la vida de mis muchachitas siguieron sin grandes sobresaltos. Me volví cada vez más desconfiada con Carlos y con la gente que frecuentaba, eran escoria y jamás dejaba a las pequeñas a solas con él. Cuando venía a casa acompañado de alguno de sus amigos, me encerraba en el cuarto con las pequeñas y no salía en toda la noche, oyese lo que oyese jamás abría la puerta. A la mañana siguiente el espectáculo con el que me encontraba era horrible, toda la casa sucia, mis adornos tirados por el suelos, botellas vacías y restos de comida por todas partes, gente durmiendo en el suelo. Pensaba en las horas de trabajo que me costaría volver a dejarlo todo ordenado y me apetecía apalear a los que roncaban en mis alfombras, pero tenía buen cuidado de no hacerlo, no sé de qué habría sido capaz Carlos si me hubiera atrevido.

En una ocasión, después de una juerga nocturna, lo descubrí en la cama con una mujer; en nuestra propia cama, su sentido del honor y del respeto no se parecen al del resto de la humanidad. No dije nada, me limité a cerrar la puerta y seguir limpiando la casa, lo más silenciosa posible para no despertarlo.

Tengo que reconocer que para mí sus amantes suponían un descanso, era la única forma de que me dejase tranquila durmiendo con mis hijas. El desprecio que sentía por mí era cada día mayor, me odiaba y me lo demostraba cada segundo del día, lo cierto es que nunca supe cuál era el motivo de su rechazo, jamás se lo pregunté y si Dios es misericordioso conmigo moriré sin volver a escuchar su voz, con lo cual mantendré esa duda sin resolver.

A pesar de renegar de mí como mujer, cuando no tenía a su amante de turno disponible acudía

a mí, siendo inútiles mis continuas negativas. Carlos estaba acostumbrado a conseguir lo que deseaba; si no por las buenas, por las malas.

A consecuencia de una de estas noches de odio, rabia y asco, nació el tercero de mis hijos, un muchachito pequeño y pálido que fue objeto de mofa por parte de su padre desde que vio la luz. ¡Qué se podía esperar de una mujer incapaz de satisfacer a un hombre!, para él yo no hacía nada bien, ni siquiera podía tener hijos como Dios manda, porque "qué carajo era aquello". Estas fueron sus palabras al ver por primera vez a Madison. Pobre muchacho, me temo que su carácter, apocado e inseguro, se debe al rechazo que día a día su padre le obligó a sentir.

No pude contener las lágrimas, el médico y las enfermeras se indignaron con Carlos y le obligaron a salir del paritorio; trataron de consolarme, sin conseguirlo.

Cuando comprobé que mi marido no podía escucharme, supliqué al médico que me practicase una ligadura de trompas, no deseaba tener más hijos, no me sentía con las fuerzas suficientes para proteger a más infelices de las garras de aquel monstruo. El doctor no dudó ni un minuto; aunque no conocía mi situación, lo poco que había visto le servía para no hacer preguntas.

Los tres días que pasé en el hospital tras el nacimiento de mi hijo fueron angustiosos, mis pequeñas estaban solas en casa a merced de su padre, yo no podía protegerlas, la situación escapaba a mi control. Mi imaginación me jugaba malas pasadas, los pensamientos más horribles me bombardeaban noche y día. Carlos no apareció por el hospital durante el tiempo que permanecí ingresada y eso me asustaba, la ausencia de noticias me hacía temer lo peor.

Al recibir el alta médica, corrí a casa con mi pobre bebé llorando de hambre; no quise detenerme a alimentarlo, lo haría después, cuando comprobase que mis muchachitas estaban bien.

Lo que me encontré al llegar me dejó boquiabierto, la casa limpia, ordenada, la nevera llena y mis hijas sanas y felices jugando en el suelo del salón con tres muchachas a las que no conocía de nada.

Al verme, las pequeñas corrieron a conocer a su hermanito, que para sus dos años de edad no dejaba de ser un muñeco y a abrazarme a mí hasta casi hacerme daño. Supe en ese instante que me habían echado de menos tanto como yo a ellas y que no deseaban separarse de mí ni un instante.

Detrás de mí llegaron Carlos y dos de sus amigos, les gritaron a las chicas que recogieran sus cosas y se las llevaron. Cuando Carlos salía por la puerta, el último, me acerqué a él para preguntarle quiénes eran esas muchachas, qué hacían en nuestra casa y por qué dejaba a las niñas solas con ellas, su respuesta fue rápida y contundente, acabó la conversación regalándome un puñetazo en la cara que me lanzó contra el piso. No sentí dolor, sólo miedo, miedo por mi hijo al que llevaba en brazos, miedo porque en la caída su frágil cuerpo se viese dañado. Sin mirarme siquiera, cerró con un portazo y desapareció de casa una semana.

Viví aterrorizada hasta su regreso, no sabía qué podía suceder al encontrarnos, la situación se volvía más peligrosa para mí y para mis pequeños. Temía por nuestras vidas.

Esas noches en vela, con mis hijos durmiendo en mi cama, donde pudiese verlos, tocarlos y cuidarlos, me hicieron darme cuenta de la situación en la que vivíamos. Tenía que dejar a Carlos, nuestro futuro dependía de ello.

El año que siguió a este incidente fue tranquilo, Carlos cada vez pasaba menos tiempo en casa; por sus negocios, decía él. Y cuando regresaba apenas nos prestaba atención. Yo procuraba no molestarle en absoluto, aprendí a ser invisible para él, a no hacer preguntas, a ser sumisa en mis respuestas, todo para que se olvidase de nosotros.

Por nuestra casa continuaban apareciendo muchachas jóvenes, que llegaban, dormían un par de días y luego desaparecían; dominicanas, chilenas, brasileñas... Eran amables con mis hijos e

incluso me ayudaban con las tareas de la casa.

En varias ocasiones estuve tentada a preguntarles qué hacían allí, a dónde se dirigían, qué relación tenían con mi marido —le llamo mi marido pero no estamos casados; otra promesa sin cumplir, una más—. Si mi intriga era grande, más lo era mi miedo a Carlos, así que cerraba los ojos y me negaba a pensar en lo que estaba ocurriendo; me convencí a mí misma de que no era nada malo. Aunque de sobra sabía en lo que convertían a aquellas infelices.

Cuando piensas que tu vida no puede empeorar, el destino te mira, se sonríe y te da un nuevo golpe en la cara, o al menos a mí me trató así durante muchos años. Prefiero echar la culpa al destino y no a mi falta de sentido común al enamorarme de un personaje como Carlos, mi conciencia no puede cargar con más errores.

Son muchas las ofensas, los gritos, las amenazas, las noches sin dormir por miedo a que maltratase a mis pequeños, las penurias económicas por las que nos obligaba a pasar mientras él despilfarraba el dinero a manos llenas con sus amigos. ¿De dónde procedían las fortunas que en ocasiones contemplé en la mesa de nuestro salón?...; ni lo sé ni me importa, pero estoy segura que no fueron ganadas de forma honrada.

Si algún día se enterase de todo el dinero que le robé para mandarle a mi familia, estoy segura de que me buscaría para matarme; y no por el dinero, sino por saberme más lista que él.

Siempre usaba el mismo truco, recogía *tickets* de compra que otras personas dejaban abandonados en la caja de los supermercados y los incluía con los míos. Carlos jamás se paraba a leer lo que había comprado, la lectura no era su fuerte, sólo sumaba las cantidades y comprobaba las vueltas, si todo encajaba me los arrojaba a la cara sin preguntar nada más. De esta manera conseguí mantener la promesa hecha a mis padres de devolverles el dinero que habían gastado en nuestros billetes y papeles al mandarnos a vivir a España.

Lo que jamás podré perdonar al monstruo con el que viví los peores años de mi vida fue que me obligase a acostarme con varios de sus amigos. Era su forma de agasajar a compañeros especiales, como a él le gustaba llamarlos.

Era tan humillante; debía prepararles la cena, servirles copas y, cuando el amigo de turno lo deseaba, complacerle en nuestra cama. Qué sucia me sentía, qué asco me producían aquellos tipos, su olor se impregnaba en mi piel, en mis poros, sin que la ducha posterior pudiese desprenderlo. Lo peor no era lo que ocurría en el cuarto, ahí sólo estaba mi cuerpo; el miedo se encontraba en mis pensamientos, al saber que mis pequeños dormían en la habitación de al lado a merced del cerdo de su padre. Si no cumplía con lo que se esperaba de mí, una de mis pequeñas tendría que hacerlo, era su amenaza; usaba a mis hijos contra mí hasta convertirme en un muñeco que actuaba a su capricho; yo estaba dispuesta a soportar lo que fuese necesario, pero a mis niñas nadie les tocaría jamás un solo cabello.

Una noche de sábado, Carlos se presentó en casa con Esteban y me pidió que preparase la cena y acostase pronto a los muchachos, yo ya sabía lo que significaba aquello y lo que podría suponer negarme, así que sin pensarlo demasiado obedecí sus órdenes.

La velada transcurrió como tantas otras, sí que es cierto que su nuevo amigo no se comportaba como los otros, no me miraba de forma lasciva ni intentaba propasarse conmigo cuando me acercaba a la mesa; todo lo contrario, se mostró educado y amable durante toda la cena. Recuerdo que lo desprecié por ello, su actitud me parecía falsa y mezquina, ya sabía por qué estaba allí, ¿a qué venía tanto *gracias*, tanto *por favor* y tanto alabar mi forma de cocinar?

Al terminar el postre, Carlos sonrió a su amigo y le dijo que podía repetir cuanto quisiera. Esteban se lo agradeció, le aseguró que no era capaz de comer ni una cucharada más. Carlos se

carcajeó ante lo que pensó que era una broma, y dándole una palmada en el hombro le dijo, señalándome con la botella de cerveza que sujetaba en la otra mano: "me refería a comer un poco de chocolate de mi país". La cara de Esteban se transformó en una mueca de asombro, miró a Carlos, me miró a mí y por fin comprendió lo que estaba sugiriendo su colega.

—¿Pretendes saldar tu deuda así? —grito Esteban

Carlos, sin inmutarse, bebió un trago y contestó:

—Si prefieres una más joven, tengo dos sin estrenar en el cuarto".

Yo me encontraba cerca de la puerta de la cocina y al oír la sugerencia de mi marido corrí todo lo que pude hasta el fregadero y agarré el cuchillo más grande que alcancé a ver. Antes de que alguno de los dos se acercase a la cama de mis pequeñas, lo mataría.

No necesité mancharme las manos de sangre; cuando regresé al salón para controlar a aquellas malas bestias, Esteban ya estaba de pie cogiendo sus cosas dispuesto a marcharse de la casa.

—¿Qué clase de monstruo eres tú? —aullaba—. Me ofreces a tu mujer, a tus hijas, eres una basura. Olvida la deuda y olvídate a mí.

Salió de casa con un portazo, dejando tras de sí una escena de lo más grotesca. Carlos sentado en su butaca, con los pies apoyados en la mesa, dispuesto a ver un rato la tele y a mí de pie en mitad de la habitación con un cuchillo de cortar carne en la mano.

Mi marido, sin molestarse en mirar hacia mí, me ordenó que recogiese el salón y desapareciese de su vista; todo era culpa mía, daba asco, ¿quién querría acostarse conmigo?

Le dejé solo insultándome y corrí a la habitación de mis pequeños, para velar sus sueños. Allí permanecí toda la noche, acurrucada entre sus camitas pidiéndole ayuda a un Dios que pensaba me tenía olvidada.

A la mañana siguiente, Carlos se había marchado. Eso suponía unos días de tranquilidad para todos, que como siempre necesitaban nuestros cuerpos y nuestros espíritus; los niños podrían corretear por la casa sin miedo a la furia de su padre y a que algún objeto lanzado por él impactase con sus cabecitas.

Esa mañana, como todas las demás, acompañé a mis muchachos al colegio, tratando de aparentar ante los vecinos del barrio una normalidad que distaba mucho de ser cierta; nuestra vida poco tenía de normal, pero el miedo a Carlos nos obligaba a fingir durante todas las horas del día.

De regreso a casa sucedió algo que cambió mi vida y la de mis hijos para siempre, quizás Dios sí escuchaba mis plegarias.

Caminaba pensativa, sin fijarme en la gente con la que me cruzaba y mucho menos dirigía mis ojos alrededor; a nadie conocía, con nadie me relacionaba y a nadie esperaba encontrar. Cuando me disponía a entrar en el portal, sentí que alguien me sujetaba por el brazo, me giré con rabia dispuesta a pelear y descubrí el rostro de Esteban pegado a mi cara. Me quedé paralizada, no supe reaccionar, mi cuerpo se mostró incapaz de librarse de la mano que lo sujetaba, en cambio mi rostro demostró lo que realmente sentía, un pánico atroz.

Esteban se apresuró a soltarme, susurrando disculpas por lo sucedido la noche anterior. Juró desconocer las intenciones de Carlos; él jamás haría algo así, no era su forma de comportarse. A él le habían invitado a probar la comida dominicana, nada más; sólo una velada en familia, un ofrecimiento inocente que escondía una proposición que calificó como abominable. Esteban no tenía padres ni hermanos, su única familia vivía en el sur y se veían en muy pocas ocasiones, lo que le atrajo de la invitación fue la posibilidad de una cena hogareña, nada más.

Insistió en invitarme a un café, para poder charlar y disculparse como era debido y no aprisa

y corriendo en el rellano de un portal. Me sentía recelosa, no podía olvidar que se había presentado en mi casa como un amigo de Carlos, con todo lo que ello implica; pero algo en su forma de hablar, de mirarme, me animó a compartir unos breves minutos con él.

Desconozco el rostro del personaje que se dedica a tejer los hilos del destino, y aunque le odio por colocar a Carlos en mi camino y en mi vida, debo estarle agradecida por presentarme a Esteban; su llegada a nuestra casa cambió el futuro de cuatro personas.

En nuestro primer encuentro no quiso explicarme de qué conocía a Carlos, ni cuál era el motivo de la deuda; aun hoy sigo sin saberlo, y lo mejor es que no me importa.

En esta ocasión la ausencia de Carlos fue más larga de lo normal, tardó casi cinco meses en regresar a casa y cuando lo hizo estaba enfermo, una extraña dolencia le obligó a ingresar en el hospital. Allí descubrí que era una enfermedad crónica que arrastraba desde hacía años, incluso comprobé que ausencias anteriores se debieron a ingresos puntuales en el hospital. Supongo que su mente retorcida no quería que yo lo supiese, por si lo usaba en su contra.

Y tenía razón, gracias a su enfermedad mis cadenas se rompieron.

Mi relación con Esteban se fue forjando durante la ausencia de Carlos, nos veníamos todos los días al dejar a los muchachos en el colegio, pasando juntos todo el tiempo que podíamos. Poco a poco, Esteban se fue enamorando de mí y consiguiendo que yo confiase en él; era consciente de lo complicado que resultaba que yo volviera a enamorarme, pero estaba dispuesto a esperar.

Me propuso fugarnos juntos y acepté con la condición de llevarme a mis hijos. Él sabía que no los abandonaría a su suerte junto al monstruo que los había engendrado, se creyó preparado para asumir esa carga, incluso aparentó felicidad al conseguir la familia que nunca tuvo; yo sé que hubiese preferido que nos marchásemos solos. Aunque jamás dice nada, no se queja, ni demuestra sus verdaderos sentimientos con los muchachos, pero con el tiempo mis hijos, y sobre todo Paula, le pesan, le recuerdan demasiado a Carlos y a la vida que llevaba con él y que aún no ha podido olvidar.

Al día siguiente del ingreso de Carlos en el hospital, Esteban apareció en nuestra casa con una furgoneta alquilada para mudarnos. Yo no dejaba de temblar pensando en la furia de mi marido cuando regresase a casa y la encontrase vacía, no me atrevía a fugarme. Esteban no conseguía que le escuchase, hablaba y hablaba sin parar; sus palabras no llegaban a mi cerebro, el miedo lo tenía embotado.

—Carlos sabe que os venís a vivir conmigo, lo sabe y no pasa nada, no os buscará, os dejará en paz, él ya tiene otra familia, yo me he ocupado de todo.

¿Éramos realmente libres? Todo había terminado, comencé a llorar sin poder parar de reír, eran tantas las sensaciones que no sabía ni qué hacer. Esteban se ocupó de todo, mudanza, niños y piso nuevo; creo que llevaba mucho tiempo con todo pensado, sólo necesitaba encontrar la ocasión propicia y por fin la tenía ante sí.

De esa forma nuestra vida cambió, fuimos libres y comenzamos a disfrutar de una verdadera vida, sin gritos, sin golpes, sin humillaciones y sin miedo, de esta forma rompí mis cadenas con Carlos y dejé de verlo para siempre.

Miento, mis ojos y mi cuerpo sufrieron la tortura de volver a contemplar a mi verdugo una vez más. Ocurrió hace pocos años, y la causante fue Paula.

Siempre he presumido de conocer a mis hijos, de anticiparme a sus preguntas y de ser conocedora de sus preocupaciones, pero Paula puso en jaque todas mis artes de madre observadora.

Sin causa aparente comenzó a actuar de una forma extraña, abandonó a sus antiguas amigas;

hablaba por teléfono en susurros antes de salir corriendo hacia la calle, inventando excusas increíbles sobre recados inexistentes; se negaba a que su hermana gemela la acompañase, cuando antes no se separaban ni para ducharse...

Todo esto me hizo pensar en un muchacho, algún chico del colegio que le pudiese gustar y por el que estuviese mintiendo tan mal.

Decidí seguirla un día para conocer, aunque fuese de lejos, al afortunado que había robado el corazón a mi pequeña. Mi sorpresa fue mayúscula cuando en lugar de un jovencito desgreñado la vi saludar a una muchachita de su edad. No supe qué pensar, tanto misterio por una nueva amiga me parecía ridículo.

Permanecí escondida un rato observándolas, tratando de descubrir lo que sucedía, sin dejar de mirar a la amiga de mi hija. Su cara, sus manos, su forma de caminar me resultaban conocidos, mi estómago se encogió de golpe y mi cuerpo comenzó a temblar sin que pudiese detenerlo. Era igual que Carlos, su vivo retrato, incluso sonreía como él.

¿Qué hacía con Paula?, ¿cómo se habían conocido? ¿Era realmente hija de aquel monstruo?

Mi respiración seguía alterada cuando un nuevo sobresalto a punto estuvo de detener mi corazón, por la parte sur del parque reconocí la figura de un hombre al que rogaba a Dios todas las noches no volver a ver, era Carlos y se acercaba a mi hija. El miedo me paralizó, el terror, ese viejo amigo de mi pasado, me impedía avisar a las muchachas, deseaba gritar pero no podía.

Afortunadamente la chiquilla que acompañaba a Paula se dio cuenta de la llegada de Carlos antes de que éste las viese, con un abrazo fugaz se despidió de mi hija y corrió a refugiarse en un portal cercano, mientras empujaba a Paula en dirección contraria a la de su padre.

Cuando comprobé que el peligro se alejaba de mi pequeña, regresé a casa y esperé a que Paula volviese.

Esa noche, cuando todos dormían me introduje en el cuarto de mis hijas y desperté a Paula. La llevé conmigo a la cocina y le hablé con toda la sinceridad de la que soy capaz, le dije que sabía lo de su hermana; no preguntó y yo tampoco, todos tenemos derecho a guardar nuestros secretos. Le di mi bendición para que siguiese viéndola, animándola a que la cuidase; no le pediría explicaciones sobre dónde iba, ni qué hacía, pero deseaba que supiese que yo siempre estaría dispuesta a ayudar y ofrecerle un consejo si lo necesitaba.

Intentó hacer preguntas sobre el pasado, sobre su padre, sobre nuestra vida anterior... Me negué a contarle lo que deseaba saber, sé que la mente nos juega malas pasadas y que puede llegar a imaginarse cosas horribles, prefiero que se las imagine sin más a que tenga la seguridad de que ocurrieron.

A través de Paula conocí el infierno en el que su hermana Miriam vive, en el que su padre la ha introducido sin pestañear. El embarazo, la droga, los hombres con los que convivía, y ahora el aborto. Pobre muchacha, cuánto dolor en tan pocos años.

Paula reniega en muchas ocasiones de su padrastro, pero yo sé que sin él nuestras vidas no serían mejores que la de Miriam. Para poder explicarle eso a mi hija tendría que contarle secretos que me avergüenzan y que me seguirán avergonzando mientras viva.

Ya son las nueve y media de la noche, Esteban llegará en cualquier momento y no sé qué voy a decirle, esta muchacha se va a meter en un lío. Le di permiso para ir al hospital a pasar la tarde con Miriam, y debía regresar a las ocho. Parece que oigo el ascensor. ¿Será Paula?

—Hola, mamita, ya estoy aquí.

—Hola, nena, estoy en la cocina. Ven a contarme, que estamos solas.

## Familiar de Mamma

*Estimado Carlos:*

*Espero que al recibo de esta misiva tanto usted como los suyos se encuentren bien de salud.*

*Me entristece el motivo de estas letras, que no es otro que comunicarle el triste fallecimiento de su madre.*

*El martes pasado sus ojos se cerraron por última vez en la casa familiar, acomodada en su alcoba, como era su deseo.*

*Sin más molestias, me despido transmitiéndole mi más sentido pésame tanto a usted como a sus seres queridos.*

*Su familia de acá cuidaremos de las pertenencias de su santa madre mientras usted no disponga su destino.*

*Un atento saludo,*

*Regina*

Cuando el maestro Santiago me leyó la carta, sentí un escalofrío en todo mi cuerpo. Yo no sé apenas escribir y no es mi intención criticar a una persona tan culta como el señor Santiago; pero al escucharle, a mi corazón no le llegó el calor, el cariño y la pena que deseaba transmitirle a mi primo. Al pedirle que me escribiese una nota avisando a Carlos de la muerte de su madre, me imaginé algo distinto, yo pretendía que hablase de Mamma, de sus muchas virtudes, de lo tristes que nos sentíamos sus familiares, de lo vacío que se encontraba el pueblo sin ella..., quizás mi incultura me impida comprender lo imposible que es dejar en una pequeña hoja de papel el enorme vacío provocado por la pérdida de un ser mágico como Mamma.

Vivimos en la provincia de Azua, al suroeste de la República Dominicana. Nuestro pueblo se encuentra en la bahía de Ocoa, rodeado de lo más bello de la naturaleza; montañas verdes y frondosas con altas cumbres de la Cordillera Central y la Sierra de Martín García y playas de arena fina y aguas transparentes que forman la Bahía.

Para entender la historia de nuestro pueblo hay que retroceder a la época de mis bisabuelos, el inicio de nuestra aldea fue la unión de un haitiano fugado de su país —para no convertirse en esclavo de la caña de azúcar, como el resto de su familia— y de una dominicana alegre y decidida, fruto de una tierra dura, a la que ningún contratiempo podía doblegar.

Mis bisabuelos tuvieron dieciocho hijos, esto puede variar según a quien se pregunte, lo que va pasando de boca a boca a veces se cambia sin querer. En aquella época las autoridades pedían a la gente que acudiese a la capital, Compostela de Azua, cada vez que tuviesen un nuevo muchachito para apuntarlo en unos enormes libros. Aunque era obligatorio, las gentes de los pueblos casi nunca lo hacíamos, un viaje tan largo y tan cansado sólo para decir que teníamos una nueva criatura en la casa no tenía mucho sentido; se hacía algunas veces, para que no nos castigasen las autoridades, pero no con todos los nacimientos, por eso es tan complicado saber de verdad el número de criaturas que nacieron en casa de los bisabuelos.

Una de ellas fue mi abuela paterna Gladys y otra, Mamma.

Mi bisabuelo Ismael era un hombre de casi dos metros de altura y músculos marcados y duros como su propia vida, o así lo recordaban sus hijos y nietos; al oírles hablar de él, uno se

imagina a un gigante capaz de derribar un árbol sólo con sus manos, a veces pienso que las historias que se cuentan son un poco exageradas por el cariño, de él se dice que era capaz de trabajar desde el amanecer al anochecer en Puerto Viejo, realizando todo tipo de tareas en los barcos: descargaba petróleo, ayudaba en los barcos de pesca, pintaba o reparaba barcas, cualquier cosa que le permitiese ganar algo de plata, sin que una sola gota de sudor recorriese su cuerpo, él solo hacía el trabajo de cuatro hombres adultos.

Toda su fuerza, empleada en el trabajo y en las duras tareas de la casa —que él construyó con sus manos ampliándola a la vez que crecía su familia—, se convertía en ternura y mimos cuando se acercaba a su mujer y a sus hijos. Sus pequeños eran su debilidad, cada nuevo embarazo suponía un motivo de fiesta en aquella casa cada vez más repleta. Jamás faltó comida, ni ropa, ni un techo; y no sólo para su familia, sino para cualquiera que lo necesitase.

Ayudaba a sus convecinos, negándose siempre a que le pagasen; los favores no se cobran, simplemente se hacen y se olvidan, esa era su forma de vivir y de pensar y así educó a sus pequeños. Por todo eso, no es raro que el día de su muerte la presencia de tanta gente en el pueblo provocase que los militares apareciesen en la iglesia para comprobar, con sus propios ojos, que todo aquel alboroto lo causaba el entierro de un hombre, y que no se trataba de una revuelta de campesinos. Nunca volví a ver tanta gente reunida llorando por la pérdida de un buen amigo.

Nadie sabe cuántos años vivieron juntos los bisabuelos, ni la edad que tenían cada uno, o la fecha de cumpleaños de sus muchachitos, para ellos ese tipo de fiestas no tenían sentido; en sus vidas no era necesario buscar una disculpa para reunirse y disfrutar, cada amanecer abrazados era suficiente motivo de alegría y así se lo enseñaron a sus pequeños. Si del bisabuelo Ismael resaltaba su altura y su fuerza, de mi bisabuela Maruca era su sonrisa, su boca grande, de labios carnosos y dientes perfectos. Ella ofrecía una imagen de felicidad completa, que la acompañó hasta la muerte de su marido. Con su pérdida, la luz se apagó en su vida para siempre. La ilusión por ver un nuevo amanecer desapareció tras Ismael y ella decidió seguirlo para poder estar juntos, antes que vivir sin su adorado esposo.

Mis bisabuelos enseñaron a sus hijos a vivir de su trabajo y de su esfuerzo; desde muy pequeños, todos debían colaborar en las tareas de la casa, cada uno según su edad, y fuerza. La división de esas tareas se hacía en función de su sexo: a los varones les tocaba acompañar a su padre al puerto y trabajar en cualquier oficio por el que les pagasen, mientras las muchachas permanecían en la casa, ayudando a su madre en la cocina y la costura, además del resto de tareas domésticas y de labranza.

Maruca era físicamente lo opuesto a su marido, corta de estatura y larga de peso, con brazos y piernas gruesas como árboles que recordaban a los troncos de las palmeras que rodeaban la playa. Recuerdo su sonrisa el día que, con una cuerda rodeando su cintura, comprobó que ésta medía dos veces la del bisabuelo Ismael, qué divertido le parecía. Ver aquellas manos gruesas y pesadas transformando metros de tela en prendas de abrigo, colchas, cortinas, o bordando sin descanso, era lo normal cuando visitabas su casa.

Durante las tardes y noches de costura, rodeada de todas sus hijas, contaba historias de sus antepasados en las que mezclaba personajes humanos con otros divinos e inventaba leyendas fantásticas que mantenía la atención de toda su familia durante horas. Cuando su marido y los muchachos terminaban de trabajar, volvían corriendo a la casa para sentarse alrededor de Maruca y escuchar, sin perder detalle, los cuentos que ella inventaba. Jamás nadie tuvo un público tan fiel.

Los años fueron pasando con sus penas y alegrías, pero siempre con la familia reunida, mis bisabuelos creían que cualquier problema presente o futuro tendría solución si estaban juntos. Esta

idea siguió clavada en el corazón de sus hijos, lo que les llevó a crear nuestro pueblo, que no es otra cosa que un grupo de casas alrededor del lugar donde vivían los bisabuelos. Cada hijo que se casaba buscaba un trozo de tierra donde colocar su pequeño hogar, que no estuviese muy alejada de la de sus padres, para poder estar cerca.

Es curioso, nunca había pensado en que no tiene un nombre, para nosotros es el pueblo, sin más, aunque no aparezca un cartel a su entrada con un nombre por el cual lo conozcan las gentes de los pueblos vecinos. Para las autoridades no existimos como tal; y sinceramente, a las gentes de aquí eso poco nos importa.

De todas las hermanas de mi abuela, la única que tuvo interés por la costura fue Mamma. Desde muy pequeña demostró que podía ser mejor que su madre. Con los años, acudían a su casa gentes de los pueblos vecinos para que les hiciese sus vestidos de boda o sus ropas de cama, sabiendo que nadie en los alrededores los haría mejor. De todos los lugares de la provincia llegaban mujeres con fotos de vestidos sacados de las revistas de moda, para que Mamma los copiase; para ella una sola mirada era suficiente y podía hacer uno igual al de la fotografía.

Físicamente, Mamma era una mezcla de los dos: fuerte y alta como Ismael y rechoncha como Maruca; su carácter tímido y retraído sufría con las miradas que la gente lanzaba a aquel cuerpo tan poco común en una muchacha. Sé por mi madre que de jovencita las fiestas y reuniones sociales eran para ella un sufrimiento. Ella prefería la tranquilidad de su casa, rodeada de telas, hilos y botones; si hubiese podido pedir un deseo, estoy segura de cuál hubiese sido: poder ser invisible, para caminar a sus anchas por la calle sin que nadie se fijase en ella.

Todos en la familia creyeron que se quedaría soltera. ¡Cómo encontrar marido escondida día tras día bajo colchas y sábanas bordadas! Pero en esta vida suceden encuentros que nos enseñan lo mucho que desconocemos de las personas con las que vivimos. Cuando Mamma tenía una treintena de años, y en su pelo negro y rizado ya aparecían las primeras canas, su vida cambió.

Varias veces al año llegaban al pueblo vendedores ambulantes desde la capital, los caminos que rodeaban el pueblo eran poco seguros y en las épocas de lluvias casi no se podía caminar por ellos, por eso estábamos obligados a depender de estos hombres para comprar ciertos productos y tener noticias más o menos recientes y más o menos ciertas de lo que pasaba en el resto del país. Todos sabemos que no se debe creer lo que te cuentan si tú no puedes comprobarlo; pero bueno, estos chismes nos servían para entretenernos un rato al no tener otras diversiones. Estos hombres solían ser los mismos cada año; era un trabajo duro y no ganaban mucha plata en cada viaje, así que sabíamos que con los años dejarían de venir al pueblo.

El año que Mamma cumplía treinta y dos años, el comerciante de telas llegó al pueblo con un ayudante. Se llamaba Samuel y era el hijo de su hermana, le acompañaba para conocer el oficio y así poder ocuparse de él cuando su tío se jubilase. Para el muchacho, ser observado por todo el pueblo era peor que si lo quemasen, era muy tímido y no le gustaba la gente. Mientras su tío nos contaba quién era y por qué estaba allí, su cara se volvió roja como el fuego. Su cuerpo delgado y blanco parecía transparente, cientos de ojos miraban su piel esperando ver cómo se rompía en mil pedazos ante el esfuerzo de descargar los rollos de telas que permanecían en el viejo carro.

Apenas fue capaz de alzar la voz para saludarnos, se notaba que la gente no le gustaba y todos nos preguntábamos cuánto tiempo tardaría en desmayarse de los puros nervios.

Mamma miraba lo que estaba pasando desde una esquina de la calle, alejada de sus vecinos, sabiendo lo que el muchacho sufría porque ella lo vivía cada día. Nunca nadie supo ni cómo ni cuándo se hablaron por primera vez, pero al cabo de cuatro días Samuel le dijo a su tío que se

quedaba en el pueblo, tenía novia, quería casarse y vivir allí; su idea era abrir una tienda en el pueblo en la que vender los productos que su tío le enviase desde la capital. El viejo comerciante aceptó y se marchó deseándole lo mejor en su nueva vida y encantado de no tener que volver a viajar en su viejo carro por aquellos caminos; desde ese momento su lugar estaría en la ciudad, jubilaría a su vieja mula, que falta le hacía, y compraría un camión con el que mandar los productos a su sobrino.

Mamma y Samuel se casaron a las dos semanas, sin que nadie lo supiese —cómo pensar que dos físicos tan distintos pudiesen gustarse—. Fue una boda sencilla, sin invitados ni público, sólo los novios y el cura, sin miradas que molestasen.

Su vida juntos fue larga y tranquila, sus sueños eran parecidos y la manera de conseguirlos también.

Sólo una nube oscurecía sus días, los muchachos que tanto querían los dos no llegaba. Mamma tuvo varios abortos que la llenaron de miedo y vergüenza al no poder darle a su esposo unos muchachitos sanos y fuertes que correteasen por la casa; vergüenza por no ser una mujer como las demás y miedo a que él la abandonase.

Cuando la esperanza de tener un bebé propio había desaparecido, nació Carlos. Con su llegada, la felicidad de Samuel fue tanta que el día del bautizo organizó una fiesta para toda la familia; es decir, para todo el pueblo, hasta pudo realizar un brindis con miles de ojos fijos en él sin que le temblase la voz. Todos los vecinos estaban asombrados con esa valentía.

Desde que el muchachito nació, sus padres centraron su vida en él, todo era poco para su pequeño, nada podía faltarle, era el rey de la casa, y tanto lo mimaron que con los años —creo yo — se arrepintieron. Carlos creció rodeado de todo lo que deseaba; antes incluso de saber que lo quería, su madre se adelantaba a sus caprichos, no le daba ni tiempo a pedir las cosas.

El tiempo pasa muy deprisa y Mamma y Samuel descubrieron que en su casa yo no vivía un muchachito, sino un hombre de 16 años alto y con los ojos y el pelo claro y una voz encantadora que enamoraba. Ni en su físico ni en su manera de comportarse se parecía a sus padres.

Carlos descubrió, ya muy joven, su poder sobre las muchachas. Primero con su madre, de la cual conseguía todo lo que quería, y después de mujeres que encontraba por la calle y que con una simple sonrisa le daban chokolatinas y dulces.

Durante su juventud dedicaba todo su tiempo y esfuerzo a enamorar a muchachas del pueblo. Su padre intentó que trabajase con él en la tienda, para que continuase con ella cuando él faltase, pero no consiguió que el muchacho mostrase ningún interés por el trabajo. Samuel no sabía qué hacer; se enfadaba, le amenazaba, sin que sirviera de nada, lo único que ocurría es que Carlos desaparecía un par de días mientras Mamma se quedaba en casa llorando por si algo malo le ocurría. Cuando el muchacho regresaba, cansado de sus correrías en otros pueblos, era recibido como el rey que se creía y todo volvía a ser igual durante unas semanas.

Nada bueno podía salir de esa situación, y eso Samuel lo sabía, aunque nunca se imaginó algo tan horrible como lo que realmente pasó.

El comportamiento loco de Carlos le llevó a preñar a una muchacha de un pueblo cercano, de apenas 13 años. La familia, ofendida, le exigió se desposase con ella para salvar el honor de la chiquilla. El loco del muchacho, en lugar de calmar la situación, insultó a los hermanos y padres de la niña, riéndose de lo sucedido y negándose a casarse con ella.

Aquel error terminó con Carlos molido a palos y con la tienda de Samuel quemada con él dentro. Fue horrible, los vecinos tuvieron que sacarlo a rastras para que no muriese en el incendio, no quería dejar todo aquello por lo que llevaba tantos años trabajando. La pérdida de su

tienda fue un golpe muy fuerte para el bueno de Samuel; sentía todo lo perdido, las mercancías, el dinero, los recuerdos, pero sobre todo le dolía que el causante de tanto daño fuese su propio hijo.

Carlos desapareció del pueblo sin que nadie le viese, su vida estaba en peligro y lo sabía. Durante años no se supo nada de él, sólo algún comentario llegaba de vez en cuando le hacía en las minas del Norte.

Samuel no volvió a trabajar, se pasaba el día mirando por la ventana y contemplando el mar sin decir una sola palabra, el humo respirado en el incendio le había enfermado sus pulmones y la traición de su hijo le había dañado el alma. Nunca superó lo ocurrido. Mamma lo odió durante años porque pensaba que era una injusticia culpar a su hijo de que aquellos desalmados quemasen la tienda; tardó mucho tiempo en saber lo que pasó en realidad, su familia no se atrevía a contarle que el culpable fue su propio hijo por desvirgar a una niña.

Cuando Samuel agonizaba, mi abuela pensó que Mamma debía saber la verdad, su marido no era el monstruo que ella se imaginaba. Gracias a Dios, la confesión se produjo a tiempo y Mamma y Samuel pudieron decirse lo mucho que se querían antes de que él muriese. Todos pensamos que se marchó sintiéndose responsable por el daño que Carlos había causado.

Al morir Samuel, Mamma pidió a Carlos que regresase a la casa. Lo cierto es que durante todos esos años ella siempre supo cómo localizarlo; aunque no lo hizo; no deseaba que Samuel sufriese, le quería y no le obligaría a volver a ver a Carlos, porque sabía que eso le causaría mucha pena.

La vuelta de Carlos al pueblo sirvió para comprobar que no había cambiado nada, de nuevo sus amoríos con muchachitas jóvenes crearon problemas en el pueblo.

El embarazo de Altagracia, luego el de Aristeo y la fuga con ella a España, las peleas en bares y la falta de interés por ningún trabajo —no aguantaba en ninguno más de un par de semanas— eran disgustos para Mamma, la cual se sentía incapaz de frenar las locuras del muchacho.

Al poco tiempo de marcharse Carlos a España, Altagracia continuaba dejando a la pequeña Miriam al cuidado de Mamma. Esa niña lo fue todo para ella, era su segunda oportunidad para hacer las cosas bien, Dios le regalaba una hija. Se la veía tan feliz, volvía a sonreír como en los primeros años de su matrimonio. La muchachita era un encanto, dulce, cariñosa y amable con todo el mundo, pegada día y noche a las faldas de su abuela, no quería apartarse de su lado para nada. Eran felices juntas. Supongo que ninguna de las dos se imaginó jamás que se tendrían que separar.

Pero así fue, la madre la reclamó desde España y nos tuvo que dejar; aún la recuerdo agarrada a la ropa de Mamma, llorando y pataleando para no subirse al autobús que la llevaría a la capital rumbo a su nuevo país. Al recordarlo, los ojos se me llenan de lágrimas, el dolor de esa pequeña te rompía el corazón. Mamma soltó la manita que se agarraba a su ropa y sin decirle nada se dio media vuelta y se alejó para siempre. ¡Cómo gritaba Miriam!, aun con la puerta del autocar cerrada se podía oír llamando a su abuela; pero ésta no se giró, continuó con paso lento hasta su casa, donde se encerró.

A las dos semanas mi madre me mandó a visitarla para saber cómo se encontraba, la familia estaba muy preocupada por su salud y tenía que hiciese alguna tontería. Cuando llegué a la casa, me encontré a Mamma en su mesa de costura, como siempre la recordaré, atareada en sus labores y sin prestar atención a lo que sucedía a su alrededor. Al verla así respiré aliviada, todo parecía normal. Qué tonta puede ser una muchachita joven, como lo era yo en aquellos tiempos; poco tardé en darme cuenta que lo que veían mis ojos era sólo su cuerpo, su mente se había perdido para no regresar jamás.

Desde ese momento toda la familia se encargó de cuidarla, organizábamos turnos para que

nunca estuviese sola, le preparábamos la comida, vendíamos sus costuras, que ella seguía tejiendo sin parar día y noche, y con ese dinero le comprábamos lo que necesitaba para la casa y para ella.

El cuerpo de Mamma, hecho para trabajar y sufrir, resistió mucho más tiempo que su mente; pero nada supera el paso del tiempo, ni siquiera los más fuertes vencen a la muerte; en este caso a la muerte física, porque la del alma ya había sucedido mucho tiempo atrás cuando tuvo que soltar la mano de Miriam de su vestido, ropa que conservó en un baúl hasta su muerte.

Cuando Carlos venga al pueblo a visitar la tumba de su madre, me gustaría hablar de todo esto con él, estoy segura de que su dolor se calmará al escucharme.

## Carlos

¿Quién?... ¿Qué demonios quieres a estas horas?... Pues claro que estaba durmiendo, de sobra conoces mis horarios para preguntar algo tan estúpido... ¿En el hospital?... Otra vez preñada, deberías enseñar a tu muchacha a cuidarse mejor. No, no pienso ir, tengo muchas cosas que hacer, ocúpate tú. Déjame en paz, mujer.

Maldita sea, las 11:30 de la mañana. ¿Qué mierda de hora es esa para molestar con el teléfono?, apenas hace un rato que conseguí dormirme, me duele todo, desde que pasé los cuarenta mi cuerpo no resiste como antes; mis pobres piernas cada día tardan más en ponerse a funcionar, los medicuchos se empeñan en poner nombres incapaces de recordar a mis dolores y mi parálisis. Qué sabrán ellos, yo soy el único que conoce la causa y sé que no tienen cura; puedo luchar y en ocasiones incluso vencer, hace tiempo que conozco cuál será mi final, la maldición con la que fui marcado en la juventud se va cumpliendo poco a poco. Aunque sigo luchando, mis piernas están malditas y pronto dejarán de sostenerme.

La gente de este país no cree en la magia negra, buscan todas las explicaciones en la ciencia y no saben mirar a su alrededor y asumir que desconocen los motivos de cada fenómeno que los envuelve. Me río de la incredulidad de los médicos cuando no son capaces de explicar mis recuperaciones milagrosas. ¡Inocentes!, desconocen la maldad de los hombres y el poder que se encierra en las manos de brujos y hechiceros; poder que no dudan en vender por dinero, favores o prestigio. A mí me condenaron a sufrimiento, no a muerte; quitarme la vida en aquel momento hubiese significado una venganza mínima para el daño infligido a la familia, deseaban ver el dolor reflejado en mi rostro y en mi cuerpo. Y, ¡maldita sea!, lo están consiguiendo.

¿Quién llama ahora a la puerta? Una carta del pueblo, ¿cómo saben mi dirección? Pues claro... Maldita Altagracia, le prohibí hace años que volviese a llamar a mi madre y malgastase nuestro dinero enviándoselo, esta mujer no me tiene ningún respeto, me nota débil y sabe que la necesito, el final está más cerca de lo que yo pensaba; pero he vivido bien, no me puedo quejar, la muerte no me asusta, el dolor y la dependencia serían mil veces peor para mí.

Vaya sorpresa, mi querida madre ha muerto; ojalá se pudra en el rincón más oscuro y miserable del infierno. Ella es la culpable de mi dolor, me falló cuando necesité su apoyo, me negó su ayuda por anteponer sus deseos. Por supuesto que volveré a ese pueblo inmundo, pero para disfrutar quemando su casa con todo lo que tiene dentro; sus recuerdos, sus tesoros, me dará el gusto de ver como todo arde mientras me la imagino retorciéndose en su tumba.

Nunca sentí entre nosotros un auténtico afecto, recuerdo que me cuidaba con devoción, que me mimaba, que se adelantaba a mis caprichos para que no sufriese por deseos inalcanzables, que me alimentaba, aseaba y protegía con un empeño en ocasiones excesivo; un simple estornudo desataba en mi madre el mayor de los temores, temía por mí durante todas las horas del día y de la noche.

La recuerdo sentada al borde de mi cama, noche tras noche, para vigilar mi sueño porque el bebé de una vecina había muerto mientras dormía; se creía capaz de vencer a la muerte si visitaba mi habitación dispuesta a llevarme, nada ni nadie sería capaz de hacerme daño si ella se encontraba cerca.

Pero cuando la miraba a los ojos, una sombra me impedía ver su amor reflejado en ellos; me observaba con tristeza, como si un gran dolor no la dejase gozar de su único hijo.

Una noche de verano, agobiado por un bochorno insoportable, me levanté a beber un poco de agua buscando un alivio que me permitiese volver a dormir. Yo tendría unos ocho años, y demasiada curiosidad como para perder la ocasión de espiar a mis padres, a los que descubrí hablando en la parte trasera de la casa. Al igual que a mí, el calor no les dejaba conciliar el sueño. Procuré que no me viesen, ya que horas antes me habían castigado por romper varios vasos en la tienda de mi padre; es cierto que lo había hecho a propósito, no era la primera vez, pero de sobra sabían que no me gustaba estar allí, ¿por qué tenía que trabajar con mi padre? Odiaba aquella porquería de tienda que no daba más que cuatro pesos para poder malvivir; el castigo no me importaba, si me obligaban a volver me encargaría de que se arrepintiesen.

Absorto en mis pensamientos, tardé unos minutos en darme cuenta de las lágrimas de mi madre. Jamás la había visto llorar, no la recordaba ni siquiera triste, al menos en mi presencia.

Mi padre le mesaba el cabello, mientras la atraía hacia él para acunarla en su regazo.

—Tranquila, no pienses en el pasado, lo hecho, hecho está.

Aquella frase despertó mi curiosidad y decidí acercarme un poco más a ellos, aun con el riesgo de que advirtiesen mi presencia. Entre los sollozos de mi madre y las palabras de consuelo de mi padre, pude adivinar mi verdadera historia. Lo que descubrí aquella noche sembró en mi alma tal odio hacia los que creía mis padres, que ni todo el tiempo del mundo podrá borrar.

Antes de mi llegada a este mundo, mi madre sufrió la pérdida de varios hijos; con cada nuevo aborto algo en su alma y en su mente se rompía, deseaba tanto un hijo que continuaba intentándolo a pesar de las contraindicaciones de su médico por el riesgo que podía suponer para su vida. Cuando se quedó embarazada de mí, tanto ella como mi padre decidieron que se trasladase a la capital y que permaneciese los últimos meses ingresada en el hospital para tratar de garantizar el desenlace que tanto deseaban, un bebé sano y fuerte que les permitiese realizar todos sus sueños. Mi padre la visitaría siempre que pudiese.

Yo esta historia ya la conocía, se la había oído contar en muchas ocasiones; los meses de separación, la larga espera, mi llegada inesperada que sorprendió a papá lejos del hospital y le impidió conocerme hasta que mi madre me llevó al pueblo envuelto en mi mantita y protegido por sus poderosos brazos.

Pero esa noche descubrí una gran mentira con la que tendré que vivir para siempre. En realidad toda mi existencia es una gran mentira, la que conocí escondido tras una puerta cuando era un chaval sólo fue la primera.

El bebé soñado y deseado con tanto amor nació muerto, nada se pudo hacer por él; el vientre de mi madre no podía dar frutos vivos y ni ése ni otro niño nacerían de su cuerpo. El médico se limitó a confirmar algo que ella sabía desde hacía años, jamás podría ser madre, la naturaleza le negaba ese placer.

Al abandonar el hospital, no pudo evitar contemplar sus brazos vacíos buscando en ellos al pequeño con el que tanto soñaba, sin poder encontrarlo. Su mente, debilitada por tantos años de fracasos, fue incapaz de asumir el destino cruel que se ensañaba una y otra vez arrebatándole sus sueños. Tantas ilusiones frustradas, tantos deseos incumplidos la trastornaron.

Caminaba sin rumbo por las calles cuando descubrió a una muchacha paseando a un recién nacido al sol tenue de la mañana. Sin pensar con claridad sus actos, comenzó a seguir a la chiquilla y al bebé durante varias cuerdas más, observando cómo se detenían en los puestos del mercado para realizar la compra del día.

Sus ojos no se podían apartar del bebé, parecía tan sano y feliz, protegido por sus mantitas y sus puntillas, ajeno a todo lo que pasaba a su alrededor, su rostro reflejaba una calma que él

corazón de mi madre desconocía desde muchos años atrás.

Mientras la niñera se detenía en un puesto de telas, mi madre agarró al muchachito con mucho sigilo para no despertarlo y corrió calle abajo por el mercado hasta casi quedarse sin aliento; su mente no pensaba en lo que estaba sucediendo, era su cuerpo el que guiaba todos sus actos, su corazón y su alma le pedían, le exigían que robase a aquel bebé, no podía regresar a su pueblo con las manos vacías; lo cuidaría, lo mimaría, lo colmaría de besos y mimos, realizaría por fin su sueño y el de su marido.

Durante varias horas fue alejándose todo lo posible del lugar donde había cometido su crimen. Sus pasos no eran guiados por la razón, sólo buscaba encontrar un lugar seguro donde poder contemplar a su hijo, para ella ya era su pequeño. Por un momento su buen juicio regresó y le hizo pensar en la madre a la que había arrebatado a su pequeño; debería sentir lástima por ella, ponerse en su lugar y retorcerse de dolor al imaginar que algo así podía sucederle a ella misma. Pero su corazón se negaba a mostrar empatía por aquella muchacha; si había parido un muchachito sano como aquel, podría tener muchos más, que aprovechase el don que Dios le otorgaba.

Por los ropajes y joyas que llevaba en su cuerpo, mi madre supo que su víctima procedía de una familia con plata. La gente como ella y su marido no podían permitirse siquiera una sola de las puntillas que adornaban aquel trajecito, ni mucho menos pagar a una muchachita para que se ocupase de pasear al bebé.

Para no despertar sospechas, vistió a su falso hijo con la ropa que llevaba en su maleta y cuyo destinatario jamás necesitaría. Escondió las posesiones del pequeño entre sus escasas pertenencias; no supo el motivo, pero algo impidió a la desesperada mujer arrojar todo aquello a la cuneta.

Realizado este cambio, encaminó sus pasos de regreso al pueblo olvidando todo lo sucedido; el muchachito que llevaba en su regazo era suyo y nada ni nadie podría quitárselo nunca.

Pasados unos años, los remordimientos la obligaron a confesar a su marido la verdad sobre mis orígenes, buscando un perdón que nadie podía concederle; mucho menos él, cuyos deseos habían influido tanto en aquella decisión tomada. Mi supuesto padre la obligó a mantener su mentira con la disculpa de que la verdad no beneficiaría a nadie. ¿Cómo reaccionaría el muchacho si lo supiese?, podría odiarles sin remedio.

Acordaron seguir con su farsa para siempre; pero algunas noches, como en la que los descubrí, mi madre no podía reprimir su dolor al pensar en mis verdaderos padres.

Cabrones, a mí qué me importaba de quién era hijo, unos padres u otros me eran indiferentes; pero es que nadie pensaba en todo lo que me habían arrebatado, mi verdadera familia poseía plata, mi vida estaba condenada porque una loca con deseos de jugar a ser madre me alejó para siempre de lo que me correspondía. Mi sitio no estaba en aquella casa miserable, ni en aquel pueblo atrasado lleno de privaciones y penurias, mi lugar era otro.

Por miedo a no controlar mi lengua y gritarles a aquellos farsantes lo que pensaba sobre ellos, corrí a mi habitación para llorar en silencio mi rabia. Sentado en la cama, apretaba los puños con desesperación imaginando las peores desgracias y deseando que todas ellas juntas recayeran sobre mis queridos padres.

Mal rayo les parta estén donde estén. Esa noche me juré que pagarían su mentira, que les haría arrepentirse de su pasado hasta llegar a odiarlo, y creo que lo conseguí. Para mí el día comenzaba pensando en mi venganza y finalizaba del mismo modo, les causé lágrimas y vergüenza con mi comportamiento, aunque los muy imbéciles jamás me lo recriminaron, asumían su castigo con una docilidad que me enfermaba aún más.

Desde aquella noche no volví a permitir que me tocasen; ni un beso, ni una caricia, nuestras pieles dejaron de rozarse. Esquivaba especialmente el contacto con mi madre, la consideraba la mayor culpable de mi desgracia. Comencé a verla como un ser egoísta y mezquino capaz de pisar a cualquiera que se encuentre a su alrededor con tal de conseguir sus caprichos.

Con el paso de los años y la llegada de la adolescencia, mi venganza se fue ampliando; ya no sólo consideraba culpable a mis padres por mi desgracia —para mí ser pobre era la peor de las desgracias—, sino a todo el pueblo. No entendía cómo no se habían dado cuenta del engaño, eran todos tontos o ciegos. ¿Cómo alguien como yo, con mi figura, con mis ojos, con mi forma de caminar elegante y regia, podía ser hijo de semejantes patanes?

Las peleas eran frecuentes en mis largas noches de parranda. El alcohol, las apuestas y las deudas de juego significaban para mí la sal de la existencia; aquella era la vida que me correspondía, yo había nacido para disfrutar y no para trabajar de sol a sol como un vulgar esclavo.

La plata es bastante fácil de conseguir si conoces las puertas a las que llamar, por aquel entonces mis fuentes de ingresos eran mis queridos padres. Me resultaba gracioso recurrir a mi madre para que financiase mis juergas nocturnas con la promesa de no confesarle a mi padre tal o cual perrería realizada y que ella sabía que le causaría dolor. Con mi padre utilizaba la misma maniobra y recibía lo que quería de ambos. Su amor era una gran baza para mis pequeñas extorsiones.

De las mujeres siempre obtuve beneficios, económicos o de otro tipo que, para qué engañarnos, también me gustan. Descubrí mi capacidad de seducción con el sexo femenino desde la adolescencia. A mí me gustaban las mujeres y yo ellas, eso no es nada novedoso, existen muchos tipos de don juanes repartidos por el mundo que se dedican a lo mismo. Mi diferencia radica en la pura observación; todas las hembras con las que he jugado, que son muchas, lo puedo asegurar, perdían la voluntad en el mismo momento en que se enamoraban, su capacidad de raciocinio mermaba de tal forma que pasaban a ser peleles en mis manos. Cuatro frases, dos sonrisas y unos ojos tiernos conseguían lo que ninguna fuerza bruta lograría jamás: adoración, respeto y seguimiento al mismísimo infierno si era necesario. Recuerdo ocasiones en las que mis propias mentiras me parecían tan evidentes que no comprendía cómo la muchacha a la que iban dirigidas no lo notaba. Cuanto más jovencitas, más tontas y más fáciles de engatusar; eran mis presas favoritas.

Cuando rondaba los 20 años, apareció en mi vida una muchachita llamada Aurea; qué preciosidad, 13 añitos puros como el agua de las cascadas, su piel era tan blanca y fina como el papel con el que lían los cigarrillos, sus manos, sus pies, toda ella era perfecta, etérea, casi mágica, sólo sus negros ojos, oscuros como las noches sin luna, delataban su procedencia: hija, nieta y hermana de haitianos oscuros como la pez, protegida por toda su familia como un regalo divino, prometida a un curandero de su país era custodiada como un tesoro prestado hasta el momento en que cumpliera los 15 años y volviese a su poblado a vivir con su marido. La familia de la muchacha se había trasladado a nuestro pueblo, para vivir con unos familiares por miedo a las envidias y deseos que despertaba la niña entre sus convecinos.

Yo, como todos los hombres vivos de la región, la deseaba en silencio, era un fruto prohibido lejos de mi alcance y la costumbre de no conseguir mis caprichos no estaba enraizada en mi carácter; sin embargo ya rondaba a la mujer de un pescador de la zona y mis deseos estaban bien cubiertos.

Nada habría pasado sin una noche tonta de juerga y un par de apuestas realizadas bajo los

efluvios del ron. Uno de mis compañeros de fiesta, ni siquiera recuerdo su nombre, picó mi hombría al apostarse el sueldo de un año; me ofrecía todo el dinero ganado con duro esfuerzo en las minas si era capaz de desvirgar a la muchacha; por supuesto sin usar la fuerza, eso es algo que siempre aborrecí. Los favores de una mujer se conquistan, no se roban.

El resto de mis amigos, entre asustados y divertidos comenzaron a jalearme apelando a mi fama de conquistador para que lo intentase; y yo, ofuscado por la noche, la bebida y mis aires de grandeza, acepté la apuesta, cómo negarme.

Aurea resultó una pieza difícil, su castidad insana y la férrea vigilancia a la que su familia la sometía me obligaron a utilizar todos mis trucos de embaucador para lograr mi propósito. Por supuesto que lo conseguí, no sólo enamoré a la muchacha sino que nuestros encuentros secretos tuvieron su fruto en un embarazo difícil de ocultar en un pueblo como aquél.

Cuando la familia de la muchacha descubrió la mancha en su honor, corrió en mi busca para lavar la afrenta, y qué mejor forma de conseguirlo que con una paliza que casi me mata.

Cortes, moratones, magulladuras y varios huesos rotos fueron el resultado del encuentro entre mi cuerpo y los puños de su padre y hermanos. Antes de arrojarme a las puertas de mi casa, me gritaron que volverían en una semana, ése era el tiempo que me concedían para recuperarme y preparar la boda para desposar a Aurea; su prometido jamás la aceptaría si no era virgen, debían romper su compromiso y salvar el honor de su hermana ocupando yo el lugar del esposo.

Casarme con aquella niña y cargar con el bebé que estaba en camino no entraba en absoluto en mis planes de futuro, someterme al yugo de aquella familia me aterrorizaba, ¿quién podía vivir entre tanta rectitud y tanta perfección? Desde luego yo no.

Aproveché los siete días de plazo para huir del pueblo. Me alejé lo más posible y borré toda huella de mi paso, deseaba desaparecer y lo logré. No fue nada fácil, las costillas rotas y los golpes por todo el cuerpo frenaban mi marcha; pero soy fuerte, o al menos en aquellos tiempos lo era y la perspectiva de mi futuro me empujaba a seguir.

Abandoné a mis padres sin despedirme y sin que mi corazón sintiese pena, lástima o dolor al cruzar la puerta de su casa por última vez. Al menos esa era mi intención en aquel momento, aunque el tiempo y la necesidad me hicieron volver años después.

Mientras me dirigía hacia el norte, en busca de las minas de plata, sólo daba gracias por la suerte que había tenido al escapar de aquellos animales.

Al descubrir mi fuga, la familia de Aurea acudió a mi padre buscando respuestas sobre mi paradero y solicitando su ayuda para encontrarme y para que cumplierse con la muchacha y su hijo. Aquel infeliz me habría traicionado sin pensarlo y les hubiese ayudado en sus pesquisas, pero por suerte para mí y desgracia para él no sabía de qué le estaban hablando.

Por supuesto, nadie le creyó y la consecuencia de su ignorancia fue la quema de su asquerosa tienda. Siento no haber estado allí para contemplar como las llamas devoraban aquel infecto lugar donde me obligaban a trabajar cuando era un chiquillo y que tanto detestaba.

Al no poder lavar su mancha, la pequeña Aurea decidió terminar con su vida y liberar a su familia y a su prometido de la vergüenza que la rodeaba; no podía vivir con la culpa de lo ocurrido y ofreció su vida en sacrificio a sus pecados. Este suceso fue acogido por los afectados como un acto de amor y arrepentimiento que la convertía en merecedora de respeto y honras fúnebres propias de una diosa.

Desde Haití viajó su prometido para celebrar las exequias funerarias. La familia deseaba que fuese enterrada como a una virgen y así la vistieron para la ocasión; el cuerpo engalanado con sus mejores ropajes y joyas lucía bello y misterioso, rodeado de un halo de paz que la hacía parecer

aún más hermosa.

Cuando su enamorado la contempló, sufrió un desgarró en su alma por el dolor al no poder compartir su vida con un ángel como aquel. Lloró y gritó mientras se golpeaba el pecho con rabia tratando de sacar de su cuerpo el sufrimiento que la muerte de su amada le causaba.

Abrazado a la muchacha y con los ojos perdidos en el cielo, maldijo al causante de aquel desastre, condenó su cuerpo y su alma al mayor de las desgracias, deseándole dolores insoportables por toda la eternidad. Escupió con desprecio en el suelo, rogándole a la madre tierra que transportase su veneno hasta el causante de tanto horror.

Sé que el mal de mis piernas es fruto de aquella maldición, y ningún médico con todas sus máquinas modernas podrá curarme; sólo yo tengo el remedio para mis dolencias, debo evitar permanecer mucho tiempo en el mismo lugar, si eso sucede la tierra me encuentra y me inyecta el veneno que tiene guardado para mí. Sólo mantenerme en movimiento puede salvarme la vida.

Los años que permanecí en las minas de plata —por supuesto que no trabajé en ninguna de ellas ni un solo día de mi vida— fueron muy aleccionadores. Estudié y analicé el comportamiento de los hombres, sus deseos y sus debilidades, y me aproveché de ellos para ganarme la vida.

Mi labor consistía en proporcionar descanso y placer a aquellos muchachos cansados de su rutina diaria y dispuestos a dejarse la paga por algo que mereciese la pena y les permitiese olvidar su vida miserable al menos durante un par de horas.

Llegué a poseer uno de los mejores burdeles de la región, hombres de todos los pueblos colindantes acudían a él por la fama de sus bellas mujeres; muchachas que busqué con mimo por todo el país, a las que seducía y enamoraba primero para luego rogarles que trabajasen para mí. Todas accedían después de llorar y suplicar para que cumplierse mi promesa de casarme con ellas, sabedoras del deshonor cometido y del desprecio de sus familias.

Infelices, cuatro carantoñas me sobaban para contentarlas y para que hiciesen por mí lo necesario; por mí y por mi floreciente negocio y altos ingresos.

Los años pasaron, engordando mi bolsillo y mi fama, lo primero era bueno pero lo segundo no. En varias ocasiones acudieron a buscarme novios, maridos o hermanos furiosos dispuestos a cobrarse en mi piel la vergüenza sufrida en su familia. Comenzaba a ser demasiado conocido en la zona y eso podía causarme la muerte.

Coincidiendo con esta época recibí una carta de mi madre suplicándome que volviese a casa, mi padre había fallecido hacía poco tiempo y se sentía sola. Desconozco cómo localizó mi dirección, supongo que mi fama era tal que llegó a sus oídos y me buscó hasta encontrarme.

Que nadie se equivoque con mis sentimientos, no volví por ella, ni por la memoria de mi padre, ni por aquel pueblo asqueroso, regresé por mí, por alejarme de una zona en la que mi vida comenzaba a estar puesta a precio y por mis piernas, cuyos dolores al despertar me indicaban la necesidad de cambiar de paisaje para despistar a la maldición.

Supongo que mi madre esperaba y deseaba un reencuentro afectuoso, que hiciese borrar el pasado y nos permitiese comenzar una relación diferente. Qué equivocada estaba, el odio y el rencor que se albergaban en mi corazón al abandonarlos no habían desaparecido con el paso de los años; cada penuria pasada, cada noche en la que me acostaba con el estómago vacío o con el frío calándome los huesos por falta de leña en la estufa, cada miseria en mi vida me recordaba todo lo que aquella mujer me había arrebatado de las manos. ¿Quién puede perdonar a su verdugo?, ella y sus malditos deseos me condenaron a una vida de privaciones que no me correspondía, y eso no se devuelve con abrazos y buenas palabras, se paga con la misma moneda. Deseaba verla sufrir como yo sufría.

Comencé a trabajar en el puerto, era un ambiente desconocido para mí y me pareció un lugar interesante de conocer y controlar para posibles negocios. Los amigos es bueno tenerlos en todos los sitios, nunca se sabe en lo que te pueden llegar a beneficiar.

Altagracia y Aristeo fueron mis entretenimientos durante la estancia en el pueblo. Yo era joven y necesitaba divertirme, ellas me proporcionaron lo que necesitaba.

De Altagracia me impresionaron sus ojos, oscuros como la noche, reflejaban la dureza del alma que aquella muchacha poseía; su cuerpo, sus ademanes y su voz eran las de una jovencita inocente y sin desflorar, pero sus ojos recordaban a los de una anciana maltratada por años de duras experiencias.

Conquistarla fue sencillo, si es que realmente la conquisté; quizás en esta ocasión ella fue la que me atrajo a su cama y eso, por ser algo nuevo para mí, me sedujo; eso y su capacidad para darme placer, pocas mujeres me han vuelto loco con sus caricias como ella, empleaba todo su cuerpo y toda su alma en satisfacerme y debo reconocer que lo conseguía.

Su embarazo me produjo un sentimiento extraño, por un lado no deseaba complicaciones, ni ataduras, mi sitio no estaba en aquel lugar, me encontraba de paso, descansando, alejándome de problemas y esquivando mi destino, un bebé no formaba parte de mis planes; pero por otra parte mi orgullo de hombre se sintió tocado, era mi semilla la que germinaba en aquel vientre.

Cuando mi madre descubrió el embarazo de Altagracia —en un pueblo tan pequeño es complicado mantener un secreto durante mucho tiempo—, me rogó, me suplicó que la llevase a vivir con nosotros para poder cuidar al bebé. Cómo disfruté ese momento, el destino me colocaba en bandeja la posibilidad de dañar a la mujer que tanto mal me había causado. Ella deseaba tener cerca a su nieto, cuidarlo, mimarlo, disfrutar de las risas de un pequeño en casa... ¡Pues yo me encargaría de que no lo viese, no lo tocara y no supiese de él nada en absoluto! Aquello haría que sus tripas se retorciesen de dolor y que mi venganza se completase.

Maldita bruja, era mucho más lista de lo que todos pensábamos, el tiempo que el resto de los humanos empleamos en hablar, en la mayoría de las ocasiones para decir tonterías, mi madre lo dedicaba a reflexionar y debo reconocer, por mucho que me disguste, que su sistema de encarar la vida era más eficaz.

Sabía de antemano cual sería mi reacción, me conocía mejor de lo que yo pensaba, antes de que mis labios dejaran de sonreír para gritarle lo que pensaba, salieron de su boca unas palabras que cambiarían nuestra relación para siempre.

—Si me complaces, te entregaré la ropa y las joyas que llevabas la mañana que te robé, quizás con ellas puedas encontrar a tu familia verdadera y reclamar lo que te corresponde.

Vieja mugrosa, la noche que descubrí la verdad sobre mi nacimiento ella sabía que yo les escuchaba. La historia no iba dirigida a mi padre, él ya la conocía, el destinatario de sus palabras era yo, maldita sea mil veces, trató de lavar su conciencia arrojando a la cara de un niño la verdad sobre su existencia, sin pensar en las consecuencias de sus actos; pero supo ocultar parte de la información para utilizarla en mi contra cuando lo creyese conveniente.

Al escuchar sus palabras deseé matarla, quién se creía para jugar así con mi futuro, poseía la llave de una nueva vida para mí y la tenía escondida, chantajeándome para recuperarla.

No tuve más remedio que apretar los puños y los dientes y ceder a sus deseos, ¿qué otra opción tenía? Aproveché la negativa de los tíos de Altagracia para acogerla en su casa después de nacer nuestra hija, y la convencí para vivir con mi madre.

Cada día mi paciencia se agotaba, deseaba abandonar aquel pueblo inmundo y comenzar la búsqueda de mi familia. Bueno, si soy sincero lo que buscaba no eran primos y tíos de sangre, lo

que quería era “mi” dinero, el dinero que me pertenecía.

Mi madre se negaba a proporcionarme los medios para iniciar las pesquisas, de sobra sabía que Altagracia me seguiría al fin del mundo y con su marcha desaparecerían los sueños de tener una familia bajo su techo. Me propuso un nuevo trato que no tuve más remedio que aceptar, debía convencer a Altagracia para que permaneciese con ella cuidando a nuestra hija, mientras yo me alejaba con la disculpa de conseguir dinero para poder comprarnos una casa y darle a nuestra pequeña lo que necesitaba. Mi obligación consistiría en enviar dinero durante algunos meses, para mantener la esperanza de mi vuelta y poco a poco dejar de hacerlo y suspender cualquier tipo de comunicación, los giros los mandaría a casa de una vecina que se encargaría de cobrarlos y destruirlos para que Altagracia no supiese desde dónde se enviaban. Mi madre pensaba que con el paso del tiempo ella me olvidaría y se resignaría a vivir en el pueblo.

Acepté, porque no tenía más opciones y porque para mi suponía una liberación, no volvería ver a mi madre y dejaría de escuchar los llores y los requerimientos de Altagracia.

Durante el embarazo de Altagracia conocí a Aristeo, vivía en un pueblo cercano al que yo acudía en ocasiones con unos amigos del puerto a tomar unos tragos. No sé por qué me fijé en ella, no era el tipo de muchacha que me atraía; supongo que fue el destino el que guio mis pasos, ella ha sido una pieza fundamental para llegar al lugar donde ahora me encuentro, un mal menor para un fin mayor. Su aspecto aniñado e inocente me producía rechazo; no negaré que era hermosa, pero con una belleza que yo nunca he sido capaz de apreciar. Si en aquel momento alguien me hubiese dicho que cargaría con esa mujer durante años, me habría reído en su cara.

Su padre poseía la única carpintería de la región, su fama de honrado y buen trabajador era conocida por todos los vecinos, sus manos trabajan la madera con una maestría envidiable que le granjeaba suculentos beneficios. Formaba con su mujer y sus cuatro hijas una estampa de familia feliz, que en otras ocasiones puede resultar falsa, pero en este caso se correspondía con la realidad.

Más que un deseo físico, seducir y enamorar a Aristeo fue una venganza hacia la familia perfecta que la rodeaba. Me resultaba repulsivo todo lo que aquella gente representaba, siempre tan correctos, tan religiosos y caritativos con sus vecinos, honrados y decentes en todo momento; su perfección conseguía que mis defectos se multiplicasen y decidí darles una lección desvirgando a su hija pequeña, eso les demostraría lo complicada que puede resultar la vida en ocasiones.

Esquivar la vigilancia de sus hermanas fue hartamente complicado pero no imposible; enamorarla a ella demasiado sencillo, su candidez y su poca experiencia en la vida hicieron que se creyera palabra por palabra todas mis mentiras, en muy poco tiempo la tenía loquita de amor por mí.

Dejarla embarazada tampoco era parte de mis planes, un bebé siempre complicaba las situaciones, aunque en este caso contribuyó a un desenlace provechoso para mis intereses. Su marcha a España para tener el bebé coincidió con la petición de mi madre para que desapareciese, qué mejor que probar fortuna en España. Ya que tenía que pasar un tiempo fuera, por qué no hacerlo en un país donde las posibilidades de ganar dinero eran muchas. Aprovecharía el tiempo mientras esperaba a recuperar lo que me pertenecía por nacimiento.

Tuve que emplear todos mis encantos para convencer a la familia de Aristeo de mi amor por su hija y por el muchacho que habíamos engendrado —con los meses descubrimos que eran dos muchachas—. Reacios a nuestra relación, mi fama de mujeriego y tomador no les inspiraba confianza para entregarme a su pequeña, sólo accedieron a que la acompañase si nos comprometíamos a vivir con su familia residente en España. En ese momento yo hubiese aceptado vivir con el mismísimo demonio, qué me importaba a mí darles mi palabra, como si eso

significase algo.

Mis suplicas, ruegos y promesas ablandaron a la familia y el viaje se llevó a cabo sin mayores problemas.

Acordé con mi madre un plazo de dos años para que Altagracia se olvidase de mí, me comprometí a enviar dinero para mantener la farsa y a no comunicarme con ella por ningún medio. Que se olvidase de mí pasaba a ser una cuestión de mi madre, el tiempo me demostró que las artimañas no funcionaron, en el fondo me alegro, porque sé el dolor que eso le supuso.

Los primeros meses en España fueron realmente duros, vivíamos en un piso diminuto, oscuro y lleno de humedad, teniendo que compartir el escaso espacio con los familiares de Altagracia, cuya obsesión para que trabajase doce horas al día por un mísero sueldo me revolvía por dentro; en varias ocasiones me hubiese liado a golpes con ellos para que me dejaran en paz, pero era consciente de mi situación legal y de la necesidad de obtener unos papeles que sin los padres de Aristeo no podría lograr. De sobra sabía que su contacto del consulado no me ayudaría si no aparentaba ser un marido y un padre de familia impecable.

En cuanto tuve ocasión abandoné aquella cárcel y me trasladé lo más lejos que pude de sus tentáculos, para poder comenzar los negocios que me habían traído a este país.

Si hubiese podido dejar atrás a Aristeo y a su panza descomunal lo habría hecho sin pensarlo ni un segundo. Odiaba a aquella mujer, su forma de hablar, de moverse, de respirar, me causan náuseas; tanta bondad, tanta amabilidad, tanta responsabilidad me enfermaban. Sentía que con cada palabra o con cada mirada me arrojaba al rostro mis defectos, y lo peor de todo no era eso, sino que la muy tonta pensaba que con su amor me haría cambiar. Yo le demostraría lo equivocada que estaba.

Antes de viajar a Madrid contacté con Edgar, un ecuatoriano al que había conocido años atrás en las minas de plata y con el que me unía una buena amistad. Cuando se largó de nuestro país perseguido por la policía por un asusto de drogas, me explicó la forma de localizarlo en España si le necesitaba, su abuelo era español y para él conseguir la nacionalidad no sería complicado. Le llamé y le pedí que me buscara un piso en alguna zona barata de la ciudad donde dejar a Aristeo y olvidarme de ella, necesitaba tiempo para poner en marcha mis negocios.

Edgar no me falló, cumplió mi encargo con eficacia liberándome de mi carga; no de forma definitiva, como era mi deseo, ya que de cara a los papeles debía seguir aparentando ser el cabeza de familia responsable que tanto deseaban los padres de Aristeo.

Gracias a mi compadre y a sus contactos pude comenzar mis negocios; llevaba tiempo pensando en repetir la experiencia de las minas, allí había conseguido ganar mucho dinero, que por mi poca cabeza se había esfumado en malas partidas de cartas. En España pensaba ser más prudente e invertir mejor mis beneficios.

Edgar me consiguió los pisos en los que trabajarían las muchachas. Era imprescindible la discreción, no deseábamos problemas con la policía, lo cual pondría en peligro nuestra residencia en España. Las muchachas las traeríamos de mi país, Edgar tenía un primo trabajando en el norte que nos ayudaría a encontrar a las chicas, y mis contactos en el puerto nos conseguirían algún hueco entre la carga de los barcos para pasar polizones a España a cambio de algo de dinero.

Los dos primeros pisos los montamos así. En los siguientes, o Edgar o yo viajábamos en clase turista y volvíamos acompañados por primas o sobrinas que permanecían un par de días en mi casa hasta que las distribuíamos por los burdeles. El parecido físico con Edgar es asombroso, lo que me permitía utilizar sus papeles para entrar y salir del país sin que las autoridades me planteasen problemas, supongo que para los policías del aeropuerto todos los morenos nos

parecemos mucho, además a nadie le podía resultar extraño que nuestras familiares viniesen a casa para pasar unos días y conocer a nuestros hijos, a los que no habían visto nunca por ser nacidos ya en este país.

Las muchachas que traíamos a trabajar para nosotros no solían ocasionarnos problemas, sabían a lo que venían y realizaban sus funciones sin protestar, nunca pregunté a Edgar cómo su primo las convencía, no era mi problema; el recibía un dinero por su trabajo y eso era lo único que yo necesitaba conocer.

Comenzamos a ganar mucha plata; no sólo por su trabajo, sino también por cederlas a otros burdeles. En una ocasión la policía realizó una redada en un club de carretera a las afueras de Madrid y detuvo a sus propietarios y a varias de las chicas. Una de ellas había trabajado para nosotros a su llegada a España, una muchacha preciosa, de largas piernas, cuerpo perfecto y una cara bellísima; su forma de hablar y de comportarse denotaban una cierta educación y cultura que no encajaba muy bien con el entorno en el que se encontraba. Por la prensa conocimos su historia, ya que apareció publicada en varios diarios locales.

Gladys era la hija mayor de una familia muy religiosa cuya vida se centraba en las obligaciones de la casa, el estudio y la iglesia. Una tarde, al volver de la iglesia, un hombre al que no conocía la violó y con ello mancilló la honra de su familia, los cuales la obligaron a marcharse de casa para no ser un mal ejemplo para sus hermanas pequeñas. Cuando esto sucedió, el hombre que había destrozado su futuro la buscó y le propuso viajar a España para trabajar como prostituta. Gladys no sabía qué hacer sola, abandonada en la calle, sin familiares ni amigos a los que acudir, y aceptó.

Cuando conocí la historia sentí un gran desprecio por el primo de Edgar, ésa no era la forma en la que se tenían que hacer las cosas, nunca se debe robar a una mujer lo que ella misma te dará si sabes cómo pedirselo.

Habían pasado tres años desde mi marcha de la República Dominicana cuando me decidí a contactar con mi madre para pedirle que cumpliera su parte del trato, la mía por supuesto había sido cumplida a la perfección. Ella hacía tiempo que esperaba recibir noticias mías y estaba más que preparada para responder a mis deseos; me había mentido, no existían ni ropas ni joyas, todo había sido un engaño para alejarme de Altagracia y de la pequeña, jamás conocería mis orígenes...; y lo que ella sabía que más me dolería: que jamás podría reclamar mi herencia.

Al recibir su contestación me volví loco, golpeé las paredes con los puños, destruí el mueble, grité, escupí y maldije su nombre cien veces; si hubiese podido la habría matado con mis propias manos. Maldita perra, que mal rayo la parta esté donde esté enterrada.

Mi primer impulso fue coger un avión y viajar hasta su asqueroso pueblo para acabar con su vida, deseaba verla sufrir y agonizar lentamente frente a mis ojos. Edgar evitó que lo hiciera, me obligó a pensar antes de actuar y se lo agradezco, el dolor que le causé fue mil veces mayor que cualquier muerte y me siento orgulloso de ello.

Quitarle a Miriam fue para ella una muerte en vida. Mi venganza perfecta, planificada y saboreada durante mucho tiempo. La idea fue de mi compadre, se informó a través de sus contactos en la región de la marcha de Altagracia, consultó con un abogado la posibilidad de que yo reclamara a la pequeña para traerla a España y éste le dijo que no sería ni fácil ni barato, ya que mi nombre había sido borrado de su partida de nacimiento; mi madre era una mujer muy lista y con muchos amigos en la región, y preparó bien todos los pasos para quedarse con la pequeña, pidiéndole a Altagracia que la nombrase tutora legal hasta que regresase, sabiendo que ésta jamás volvería a por su hija.

La única opción era que Altagracia solicitase desde España la presencia de la pequeña a su lado, en ese caso mi madre perdería todos sus derechos.

A través de los contactos de Edgar, supimos que la huida de Altagracia del pueblo era para viajar a España a buscarme; tarea realmente complicada, ya que no sabía nada de mí desde hacía más de tres años, ni una dirección, ni una referencia, nada en absoluto. La busqué sin muchas esperanzas de localizarla y sin dedicarle demasiado tiempo a la tarea, mis deseos de venganza no me daban de comer y mis negocios demandaban cada vez más atención. Habían pasado más de dos años desde la carta de mi madre, cuando una mañana al salir de casa descubrí a Altagracia sentada en un banco del parque que rodea nuestro edificio. Mi sorpresa fue mayúscula, ¿qué hacía aquella mujer allí?, ¿cómo consiguió dar conmigo, qué deseaba de mí? Todas esas preguntas se agolparon en mi cabeza en el mismo instante en que mis ojos se posaron en aquel cuerpo tantas veces acariciado.

Antes de que mi mente tuviese tiempo para reaccionar, y que de mis labios brotasen todas estas preguntas, Altagracia se acercó y me ofreció todas las explicaciones que necesitaba. Descubrir mi engaño la volvió loca, ¿cómo me había atrevido a dejarla en aquel pueblo inmundo con la falsa promesa de una vida juntos cuando por mi mente se cuajaba la fuga con otra mujer!, ¿con qué clase de estúpida se pensaba que trataba! Sin darme tiempo a contestar, me relató su aventura hasta dar conmigo.

Antes de viajar a España obtuvo información de la muchacha con la que me había fugado, de su familia, de sus amigos y de los planes que teníamos al llegar aquí; todo esto no le fue difícil, en nuestra región todo el mundo adivina o conoce la forma de obtener un cotilleo jugoso. Con todos estos chismes, ofrecidos por las vecinas de mi madre como consuelo a su engaño, pudo contactar con los familiares de Aristeo al llegar a este país, a los que solicitó ayuda como una inmigrante más. Mintió sobre su lugar de origen, para ellos saberla vecina del pueblo que tanto adoraban era casi una obligación para acogerla en su casa y ayudar; ¿cómo desamparar a una muchachita dispuesta a trabajar y lograr un futuro mejor para los suyos? Por supuesto, se abstuvo de hablarles de mí, de nuestra relación y de nuestra hija en común.

La bondad de aquellas gentes le sirvió para lograr sus propósitos, necesitaba un trabajo estable, dinero y los papeles que le permitiesen viajar por el país en mi busca sin miedo a ser deportada. Necesitó más de cuatro años para lograrlo todo, cuatro años con sus meses y sus días, sonriendo y dando gracias a una familia a la que aborrecía por considerarlos culpables de mi huida. Cuatro años de trabajos esclavos y mal pagados donde debía aparentar una sumisión muy alejada de su carácter, cuatro años sufriendo por no saber de mí, por no poder tenerme, por no poder tocarme, sabiéndome amado por otra mujer.

Durante todo este tiempo buscó indicios que le indicasen mi paradero, sin lograr obtener resultado alguno, hasta que una mañana, hacía un mes, en la que descubrió, por casualidad, una noticia en el periódico que la puso sobre mi pista. Era la historia de Gladys, al leer la descripción del hombre para el que había trabajado al llegar a España, que luego la cedería a otro compatriota, no pudo evitar pensar en mí, la forma en la que la muchacha demostraba un amor y una dependencia absoluta por la persona que la protegía y cuidaba, le recordó con demasiado parecido a lo que ella sentía.

Sin dudarle un instante, Altagracia viajó al barrio de Madrid donde la muchacha relataba que había permanecido trabajando al llegar a España, para buscar algún dato sobre mi paradero, lo cual no le resultó nada complicado porque sabía a qué clase de gente debía preguntar.

Llevaba un par de días espiándome, buscando el momento oportuno para acercarse a mí.

Creo que disfrutaba con su espera, se regodeaba en su triunfo, imaginando mi cara al verla. Conocía de la existencia de Aristeo, de mis tres hijos y, cómo no, de la forma en la que me ganaba la vida. Era lista, muy lista, siempre lo supe.

Me dijo que había venido a quedarse, me concedía dos meses para liberarme de mis ataduras o acudiría a la policía a contarles lo que conocía de mis negocios, asegurándome que tenía pruebas para demostrarlo todo. Al escuchar estas palabras no pude reprimir el impulso de elevar mi brazo con intención de golpearla, estaba acostumbrado a la sumisión de Aristeo y las exigencias de Altagracia me ofendieron. Antes de soltar la mano sobre su rostro, me detuve para contemplarla y lo que observé en sus ojos frenó el golpe. Cómo era tan iluso para pensar que una simple bofetada haría cambiar de parecer a una mujer que acababa de pasarse varios años de su vida buscándome. Nada conseguiría que modificase sus planes.

Bajé suavemente el brazo hasta colocarlo junto a mi cuerpo, me relajé e introduje las manos en los bolsos con aire despreocupado.

—Antes de dos meses te llamaré, busca un piso por esta zona y espérame.

Ni un gesto ni una palabra que me sirviesen para adivinar sus intenciones, sólo me miró durante un rato más antes de marcharse. Cuando llevaba recorridos unos pocos metros se giró y me dijo:

—Dos meses, ni un día más. Y se fue.

En los últimos años la maldición me alcanzó en varias ocasiones; sus señales comenzaban por las noches, mientras dormía, se aprovechaba de mi descanso para introducirse en mi cuerpo como una serpiente que al despertar me acechaba y atacaba sin piedad con un dolor tan espantoso que me obligaba a caer de rodillas.

Sí sentía su mordida en más de tres noches seguidas, entonces sabía que tenía que cambiarme de casa una temporada; debía despistar a mi verdugo; de no hacerlo, acabaría matándome de dolor.

Nadie conocía mi secreto, ni Aristeo ni Edgar conocían los motivos de mis desapariciones, pensaban que era por problemas de juego, o por mujeres, o qué se yo. Nunca preguntaron, algo les indicaba que no era asunto suyo.

Los días anteriores a la aparición de Altagracia los dolores eran constantes, las piernas me fallaban y necesitaba tomar morfina a diario, uno de los clientes de mis chicas era médico y me la proporcionaba. Sabía que debía alejarme un tiempo, pero acababa de regresar de un viaje y otro tan repentino despertaría sospechas; hacía tiempo que la policía me controlaba, mis negocios crecían demasiado y el dinero que dejaban me resultaba difícil de justificar. Y lo mismo pasaba con mis constantes viajes, el pasaporte de Edgar comenzaba a tener demasiados sellos de entrada y salida de España.

Los últimos cinco meses los había pasado en mi país estrechando lazos con mis contactos en las diferentes regiones, ampliando negocio y buscando nuevas vías para enviar a las muchachas. Mi estancia fue buena para el negocio pero mala para mi salud, permanecer tanto tiempo cerca del lugar de la maldición fue un gran error, que pagaba con un sufrimiento atroz.

El dolor insufrible que padecía me hizo tomar una decisión que jamás creí que llegaría, acudí al hospital y permanecí ingresado un tiempo mientras despistaba a la maldición, sabía que los médicos se empeñarían en realizarme múltiples pruebas para detectar mis dolencias y eso suponía varias semanas en él, con la posibilidad de que el mal me perdiese la pista entre tanto olor a muerto.

Cuando saliese del hospital me iría a vivir con Altagracia.

La relación entre Aristeo y Esteban la aprobé desde el principio; pero qué tonta es esa mujer, cómo pudo pensar que algo así escaparía a mi control. Cada día la soporto menos, en el fondo será un alivio dejar de vivir en la misma casa que esa muchacha, sigue siendo tan tonta, bondadosa y piadosa como cuando la conocí. Me repugna, lleva años soportado humillaciones, gritos, insultos y golpes sin protestar, todo por proteger a sus cachorritos, menuda descendencia me dio esta mujer, enclenques, huevones y miedosos, todo lo que un hombre como yo no desea, me avergüenza que lleven mis apellidos.

Esteban era un asiduo a las partidas de cartas que yo tanto frecuentaba, era prudente en su juego y comedido en sus gastos, lo que le convertía en un compañero aburrido. En una ocasión traté de saldar una pequeña deuda que teníamos ofreciéndole a mi mujer para pasar un buen rato, y el muy tonto se puso furioso, parecía que le había ofendido.

A raíz de esa noche comenzó su relación, por supuesto conocida por mí de boca de Esteban. Me propuso un trato que me pareció justo, mis negocios no dejaban de crecer y comenzaba a necesitar un contable leal, él se ofreció a ejercer ese papel si yo le permitía enamorar a Aristeo; el ofrecimiento me causó gracia, ya que un par de días antes se la había ofrecido y la había rechazado, Esteban me respondió que no la deseaba para un rato, la quería para siempre y si ella le aceptaba yo debería acceder, a cambio mi dinero estaría bien invertido y a salvo de las investigaciones de la policía.

El trato me pareció justo, conocía la pericia del muchacho en tema de cuentas por las referencias de otros compadres para los que ya trabajaba. Y si vivía con Aristeo y mis hijos, lo tendría siempre bien amarrado a mis deseos.

Le di de plazo para conquistar a mi mujer cinco meses, durante ese tiempo yo marcharía del país y le dejaría actuar, a mi vuelta hablaríamos.

Después de hablar con Altagracia, llamé a Esteban y le comuniqué mi intención de ingresar en el hospital para que él se llevase a mi mujer y a mis hijos de la casa; ellos pensarían que se estaban fugando y todo parecería normal. La única condición que le impuse fue que no se alejasen del barrio, su dirección y su teléfono deberían estar siempre en mi poder. Si él mantenía esa sencilla norma, todo iría bien. Esteban aceptó y mi querida familia desapareció de mi vida para siempre.

¿Pena? Ninguna, de Aristeo no podía sacar mucho más partido, y de mis hijos mejor no hablar. Siempre pensé que las muchachas pasarían a ser unas de mis chicas, pero cuando intenté acercarme a ellas con camelos y palabras dulces su madre descubrió mi juego y las puso en mi contra, mejor que se fueran todos.

Antes de ingresar en el hospital, llamé a Altagracia para decirle que la quería y que deseaba estar con ella y formar una familia. Durante la conversación le pregunté por nuestra pequeña, insinuando lo feliz que me haría vivir todos juntos. Sabía que me complacería en todo. Y así fue, en poco tiempo la muchachita estaba en España y mi venganza completada, sólo lamento no haber estado presente para contemplar el dolor de mi madre al separarla de Miriam.

La estancia en el hospital fue larga y dolorosa, me sometieron a infinidad de pruebas sin que la información recogida sirviese a los médicos para diagnosticar mi enfermedad. Qué sabrán estos cuentistas de bata blanca, mi mal no aparece en sus radiografías, ni en sus análisis, sabe cómo esconderse para que nada ni nadie pueda encontrarlo y vencerlo.

El regreso a casa con Altagracia fue muy beneficioso para mí, esa mujer siempre ha entendido mi cuerpo a la perfección proporcionándome en cada momento lo que necesito, en ocasiones siento que puede leerme el pensamiento.

Los años siguientes transcurrieron sin grandes sobresaltos, los negocios seguían dando sus beneficios, mis socios me respetaban, la vida en casa era tranquila y mi enfermedad se mantuvo escondida sin molestar demasiado.

Mi imposibilidad para acreditar un trabajo y un contrato me impedían conseguir la nacionalidad española que tanto deseaba, Esteban insistía en la necesidad de poseerla para legalizar mi situación y levantar menos sospechas con los ingresos que él intentaba arreglarme. La única opción era casarme con una española, así que sin pensarlo mucho cambié mi estado civil no sin cierta nostalgia por abandonar la soltería; embaucé a una inocente muchachita a la cual hice creer que yo era un importante hombre de negocios con poco tiempo para la familia debido a mis muchos viajes.

Traté de mantener mi boda en secreto, no deseaba que Altagracia lo descubriese, su amor por mí podía llevarla a cometer cualquier locura si se sentía traicionada. Todo fue más o menos bien, vivía por temporadas en una casa o en otra, las mentiras nunca fueron un problema para mí, y complacer a la vez a dos mujeres tampoco.

Recuerdo una ocasión en la que mi estancia en casa de Clara se prolongó más de lo habitual y las excusas dadas a Altagracia comenzaron a sonar falsas, sería hace unos cinco años más o menos, la muy loca rebuscó en mis papeles y comenzó a llamar por teléfono a todas las direcciones en las que aparecía un nombre de mujer, reclamando a gritos a su marido.

No puedo imaginarme la expresión de muchas de aquellas muchachas al ser preguntadas por un hombre al que en algunos casos no conocían, ya que mi relación era con su pareja, yo sólo anotaba sus nombres para recordarlos a la hora de preguntar a mis compadres por sus mujeres.

Altagracia no dejará que escape a su control más tiempo del que considere oportuno para una de mis aventurillas.

La ampliación de los negocios llevaba implícito el aumento de gente para controlarlos, Edgar y yo éramos incapaces de hacer frente a los pisos y clubes que manteníamos en funcionamiento, lo que nos llevó a introducir un nuevo socio en nuestro grupo. Pablo era un amigo de la infancia de Edgar que se dedicaba a descargar mercancías en un supermercado. Como muchos de nosotros no estábamos dispuestos a dejarnos la vida en un trabajo machacante por un poco de dinero, la oferta de su compadre fue para él un milagro llovido del cielo.

Las reuniones para planificar el trabajo se celebraban siempre en mi casa. Altagracia es casi tan buena cocinera como amante, y a mis socios les encantaba saborear la comida dominicana que ella nos preparaba.

Fue durante una de estas comidas cuando, al observar cómo Pablo contemplaba a Miriam, me di cuenta de que la niña ya no lo era; su cuerpo tenía unas formas definidas de mujer capaz de volver la cabeza a cualquier hombre.

Pablo no se atrevió a decir nada por respeto, acababa de entrar en el negocio y por nada del mundo ofendería a la hija de su jefe. Su actitud me causó gracia, reconozco que yo jamás hubiese dejado escapar a una mujer por esa razón; luego podía arrepentirme, pero si una muchacha me gustaba hacía todo lo posible por conseguirla.

Pablo me recordaba a mí mismo cuando era más joven y decidí ofrecerle un regalo permitiéndole rondar a mi hija; si se la ganaba, podía disfrutar de su premio.

El muchacho no perdió el tiempo, en menos de una semana tenía a mi hija rendida de amor por él, suspirando por la casa y dispuesta a ser la madre de sus hijos, tan tonta como el resto de las chiquillas de su edad. Una vez logrado lo que deseaba, Pablo abandonó a Miriam sin muchas explicaciones; aunque sé que regresa a visitarla cuando le apetece. La conquista estaba realizada y

el interés totalmente perdido. Yo lo entendí porque a mí me sucede lo mismo en muchas ocasiones; pero la muchacha se lo tomó bastante mal, lloraba, pataleaba, lo buscaba y le exigía que cumplierse sus promesas.

Durante un tiempo esta situación fue beneficiosa para mí, el enfado de la muchacha la llevaba a comportarse como una fiera herida, fácil de manejar y de manipular con palabras cariñosas y precisas. El odio por Pablo me sirvió para pagar algunos favores a colegas especiales con los que me interesaba quedar bien, Aristeo ya no estaba y a Altagracia nunca la quise compartir, Miriam era mucho mejor como moneda de pago.

Mi alegría duró poco, ya que la muy tonta se dejó preñar enseguida; ni siquiera sabía cuidarse, y por lo que veo sigue igual.

Cuando me enteré, ordené a su madre que la sacase de casa, no me servía para nada estando embarazada y no deseaba tener ningún bebé molestando por el piso. Altagracia opinaba lo mismo que yo y no dudó en cumplir mis deseos. Todo hubiese ido bien si la mujer con la que me había casado no se hubiese presentado en casa con su hijo, reclamándome; hacía varios meses que la había abandonado sin volver a dar señales de vida y, preocupada, comenzó a buscarme hasta descubrir todas mis mentiras y engaños, hasta llegar a la puerta de mi otro hogar a buscarme.

Altagracia la despidió sin ninguna contemplación, a veces creo que esta mujer es incapaz de sentir nada por nadie, excepto por mí. Cuando llegué aquella noche, Miriam no estaba, dormiría en casa de una vecina, Altagracia no quería que estuviera presente en nuestra conversación. Me habló de Clara y de su visita, acompañada de sus mocosos. Mirándome fijamente me susurró una advertencia, que por el brillo de sus ojos estoy seguro que cumpliría. Si la dejaba por otra mujer me encontraría y me mataría. No dijo nada más, se levantó y se fue a su cuarto, a la mañana siguiente todo parecía olvidado salvo una pequeña venganza por la vergüenza pasada la noche anterior: Miriam y el bebé se quedaban.

En cuanto nació Junior, Altagracia y yo decidimos que Miriam debía ganarse el dinero que nos estaba costando el muchacho y ella trabajaría en uno de los locales, ya que cada vez era más difícil conseguir muchachas jóvenes. La muy tonta trató de protestar, pero la amenazamos con vender a su muchacho y accedió a nuestros deseos sin mayores quejas.

Los últimos años han sido una entrada y salida de la casa, por culpa de una trabajadora social cotilla empeñada en controlar a mi hija; con la disculpa del bienestar de su muchachito, tenía la nariz metida en nuestras vidas constantemente. Mi miedo a la policía me hacía agachar la cabeza y admitirla de nuevo, aunque hubiese preferido que se quedase en uno de los pisos con el resto de las muchachas, no me gustaba la forma en la que me miraba. Espero de ella cualquier cosa, incluso una puñalada en la espalda a poco que me descuidase.

El día que le sugerí deshacernos del pequeño, para evitar tanto control por las autoridades, se volvió loca; nos amenazó a su madre y a mí con denunciarnos si algo le sucedía a Junior. Por supuesto que yo no hablaba de matar al muchacho, nada más que de buscarle otra casa; y si con ello obteníamos algún beneficio, no sé qué mal había en ello.

Esa misma tarde desapareció con su mocoso y no volví saber de ella, con el tiempo creo que hubiese sido mejor ocuparnos nosotros del pequeño, al final se lo quitaron y con ello no ganamos ninguna plata.

¡Qué dolor! Cada día es peor, no puedo esperar mucho tiempo para escapar, la maldición me encontró de nuevo.

## Miriam (dos años después)

Qué rápido pasa el tiempo, mañana se cumplen dos años desde mi salida del hospital. Qué lejano me parece todo, me cuesta reconocermé en aquella muchachita asustada y perdida que lloraba de dolor y miedo abandonada a su suerte. Por fortuna todo quedó atrás, lejos en mi memoria y lejos en mi corazón. No quiero olvidarlo, temo cometer los mismos errores si borro mi pasado, quién sabe si sería capaz de volver a recaer en todo aquello.

No soy una persona religiosa, mis padres no me inculcaron ese sentimiento y mi abuela tampoco. Tengo amigos creyentes que cuando les sucede algo positivo en su vida dan gracias a su dios agradeciéndole que se acuerde de ellos en sus malos momentos y les guíe y consuele en sus problemas. Yo, si soy justa, debería dar gracias por todo lo bueno que poseo a Paula y a M<sup>a</sup> Jesús, mis ángeles particulares.

Mi hermana permaneció al lado de mi cama durante toda la recuperación después del aborto. Perdí al bebé, y con él mis pocas fuerzas, mermadas por una grave anemia que me obligó a alargar mi ingreso; también tuvieron que tratarme de varias enfermedades venéreas, de las cuales desconocía su existencia. En aquella época no prestaba demasiada atención a mi cuerpo, ni a mi alma.

Aquellas horas muertas nos sirvieron para hablar sobre el pasado, sobre el presente y sobre el futuro. Me pidió, me rogó y me suplicó que abandonase la vida que llevaba, que me merecía algo mejor, que luchase por salir de todo aquello. Yo le daba la razón, no para que me dejase tranquila, sino porque de verdad pensaba que la tenía; aunque en mi interior era consciente de mi falta de fuerzas para llevar a cabo esa empresa.

No sabía qué sentido darle a mi vida y no deseaba pensar: me daba miedo recordar lo sucedido en los últimos años, cómo mis padres vendieron mi cuerpo, cómo me dejé engañar por Pablo, y no sólo en una ocasión. Ojalá hubiese sido lista para rechazarlo cuando me buscaba; pero era débil, necesitaba sus caricias y sus palabras amables aun sabiendo que me mentía, que no era real lo que decía, que lo único que buscaba era un rato de placer.

Las drogas aliviaban mi dolor, por lo menos me servían para sobrevivir día a día, no pensar me permitía levantarme por la mañana y afrontar los acontecimientos que me esperaban. Qué duro es pensar que la persona que te dio la vida, cuya obligación es cuidarte y velar por tus sueños, sea la misma que te obliga a destrozar tu presente y tu futuro si no consigues alejarte de ella.

Mi primera raya de cocaína me la ofreció mi madre. Cuesta creerlo, pero es tan real que asusta. Me la depositó en la mano con la única intención de dominar mi mente y mi cuerpo para satisfacer los deseos de su esposo; me necesitaba alegre, despierta y dispuesta para sus amigos, y si mi cuerpo no aguantaba, ella me proporcionaría los medios para conseguirlo. Necesito creer que ella también se encontraba poseída por otra droga, llamada Carlos, y que no era consciente de lo que hacía. Necesito pensar eso para poder mantener una pequeña esperanza en la existencia de un ápice de bondad en el espíritu de mi madre.

Paula se preocupó por mí como nadie lo había hecho jamás. Me cuidó, me mimó, incluso consiguió arrancarme alguna sonrisa con sus ocurrencias; pasaba todo su tiempo libre sentada en mi cama, sujetando mi mano y hablándome de un mundo mejor donde conseguiría ser libre y feliz, deseaba despertar mi espíritu para que mi vida obtuviese un sentido por el que luchar.

Un par de días antes de que los médicos concediesen el alta a mi cuerpo <sup>3</sup>/<sub>4</sub>la de mi alma aún

está por llegar<sup>3/4</sup>, Paula se presentó en mi habitación con María Jesús, una de las personas a las que más odiaba, en aquellos momentos, por considerarla la causante de la pérdida de Junior. Mi primera intención fue echarla de mi cuarto escupiéndole en la cara todo lo que pensaba, afortunadamente mi hermana contuvo mi lengua y me pidió que la escuchase antes de enfadarme.

Me explicó cómo se habían encontrado por casualidad hacía un par de días en los pasillos del hospital. María Jesús creyó que era yo y la abordó sin miedo a las consecuencias, que preveía no serían nada buenas. Ante su sorpresa, ya que desconocía la existencia de mi hermana, Paula se presentó y comenzaron a hablar; como es lógico, yo era su tema de conversación.

Entre las dos creían haber encontrado una posible solución a mi salida del hospital. No tendría que volver a casa de mis padres ni al piso con el resto de las muchachas, disponía de otra opción si quería cambiar de vida. Continuaba enfadada con las dos, me sentía engañada por mi hermana, pero decidí escuchar su oferta; y menos mal que lo hice, ya que gracias a ella estoy viva, feliz y, por primera vez, con sueños que cumplir.

Su propuesta consistía en ingresar en una casa de acogida para mujeres que deseaban abandonar la prostitución, María Jesús se encargaría del papeleo. Lo cierto es que ya lo había tramitado antes de hablar conmigo y tenía una plaza reservada con la esperanza de convencerme y mi hermana acudiría al piso donde vivía a recoger mis cosas para que yo no tuviese que volver a pisar allí.

Mis padres no se podrían oponer, más bien no se atreverían por miedo a que acudiese a la policía y les denunciase. Podía cambiar mi vida para siempre, salir del mundo en el que estaba, liberarme y renacer. Contaría con apoyo de especialistas para superar el pasado, no estaría sola, ellas sabían que para mí era posible conseguirlo y me apoyarían hasta el final.

Sentí que las fuerzas que me faltaban a mí les sobraban a ellas, comencé a llorar y sin poder decir nada asentí con la cabeza mientras Paula me abrazaba y me besaba intentando consolarme.

María Jesús entendió mis lágrimas.

<sup>3/4</sup>Deja que se desahogue, necesita limpiarse por dentro y esto le ayudará.

Los primeros días en la casa de acogida fueron difíciles; normas, horarios, responsabilidades, objetivos que cumplir..., en mi vida todas estas cosas se encontraban ausentes y el ir incorporándolas me supuso un esfuerzo duro en un principio y placentero al final.

Comencé a participar en una terapia, necesitaba asumir mi pasado para poder enfrentar mi futuro. Fue muy doloroso, demasiados recuerdos enterrados en mi cerebro tuvieron que ver la luz y ser expresados en voz alta. La vergüenza en ocasiones me obligaba a detener el relato de mi vida <sup>3/4</sup>qué pensarían mis compañeros al escuchar mi historia<sup>3/4</sup>. Me costó entender que la gente que me rodeaba no estaba a mi lado para juzgarme, se encontraban allí para escuchar y ayudar, y para nada más.

Con los meses mi alma recuperó una cierta tranquilidad. Sanar totalmente me llevará muchos años, si es que al final lo logro; pero me conformo con los avances logrados. Durante mi estancia en la casa, he descubierto que Mamma me dejó un regalo del que no tenía constancia: su don para la costura. Mis dedos heredaron la magia de transformar cualquier retal en un bello traje digno de las mejores pasarelas.

Con la ayuda de María Jesús me inscribí en un curso destinado a convertir mi don en una profesión con la cual ganarme la vida. Los progresos son asombrosos, mis profesores no dejan de animarme y de alabar mi trabajo, creo que es la primera vez en mi vida que me siento orgullosa de mí misma. Si la suerte me sonríe un poquito, montaré un taller de costura y podré diseñar y crear mis propios modelos de ropa. Me parece un sueño, un sueño que puedo alcanzar con trabajo y

esfuerzo. Bueno, con eso y con un dinero que Paula me mandó del pueblo de mi padre <sup>3</sup>/<sub>4</sub>me dijo que me lo merecía, que era un regalo que la Mamma tenía reservado para mí<sup>3</sup>/<sub>4</sub>.

Mi hermana vive ahora en la República Dominicana. Cuando comprobó que mi recuperación era un hecho, recogió sus cosas y decidió viajar al encuentro de sus orígenes; necesitaba conocer a sus abuelos, a sus tías, deseaba pisar el suelo de su país, respirar su aire y bañarse en sus aguas. Su curiosidad la llevó a buscar los orígenes de nuestro padre. Y, cómo no, a visitar la casa de Mamma, de la que tanto le había hablado yo. Allí le entregaron un paquete con mi nombre. En su interior se encontró unas ropitas de recién nacido, que no sabemos a quién pertenecen; según Paula, a alguien con mucho dinero por las telas con la que estaban confeccionadas y la cantidad de puntillas que las adornaban, y unas pequeñas joyas de bebé.

Las ropitas las regaló a una chica del pueblo que acababa de tener un muchachito, temió remitírmelas a mí y que me recordasen a Junior. En cuanto a las joyas, las vendió por una buena cantidad de dinero, que me envió para comenzar mi negocio. Desconozco la procedencia de ese tesoro, Mamma nunca me habló de su existencia. Sé que ella jamás tuvo plata como para gastarla en ese tipo de cosas; pero si estaban en su poder, serían de su propiedad, Mamma era incapaz de arrebatarle nada a nadie.

Sé que Paula es más feliz allí, necesitaba volver a su pasado para encarar su futuro. Aristeo sufrió y sufre por su ausencia, que asume como un sacrificio justo; siente que le devuelve a su familia parte de lo que le robó al enamorarse de Carlos. Mi hermana prometió regresar a verme. No era un adiós, nuestra despedida fue un hasta luego; sé que nuestros cuerpos están separados por muchos kilómetros de distancia, pero nuestras mentes permanecen conectadas por lazos invisibles que jamás pueden romperse.

Mi padre se suicidó hace unos meses, lo supe por mi terapeuta, nadie quería darme la noticia por miedo a una recaída en mi recuperación, y delegaron la responsabilidad en un profesional. Supongo que llegó un momento en el que el dolor de sus piernas y la dependencia por su escasa movilidad le hicieron cuestionar si esta vida tenía sentido para él y decidió que no, perder su libertad era peor que perder la vida.

A pesar del dolor que me causó, no le guardo rencor. Creo que nunca le odié, ni en los peores momentos de mi vida; saber que era hijo de Mamma me condicionaba en mis afectos. ¿Cómo un ser surgido del vientre de esa mujer podía ser tan diferente a ella?, ¿qué pasó en la vida de los dos para que llegasen a distanciarse tanto? Sé que mi padre la odiaba y que trató de causarle el mayor dolor posible, pero desconozco los motivos. Estas preguntas quedarán para siempre sin respuesta, los dos están muertos, y si existen cielo e infierno cada uno descansará en un lugar, al menos no tendrán que compartir la eternidad.

Cuando conocí la muerte de mi padre, mi primer pensamiento se dirigió hacia mi madre. ¿Qué pasaría ahora con esta mujer? Toda su vida giraba en torno a su hombre y ahora qué haría. Había luchado y vencido al destino, a la distancia y a otras mujeres para tenerlo a su lado, pero con la muerte nadie puede, esta batalla la perdió. Debo aprender a perdonarla, su obsesión maldijo mi vida hasta llevarme a un infierno del que trato de salir y que en ocasiones me visita en mi cuarto por las noches, bañando mi cuerpo en miedo y sudor. Deseo no volver a verla, que nuestros caminos se separen para siempre, y que el pasado de ambas se convierta en un recuerdo lejano que se diluya poco a poco en mi memoria.

Si soy totalmente sincera, debo reconocer que jamás podré perdonar a mi madre por lo que me hizo; la terapia puede ayudarme a asumir el pasado pero no a perdonarla, el amor a un hijo debe estar por encima de todo lo demás, su obligación era cuidarme, protegerme y velar por mí.

Algo que no hizo, se limitó a dejarme sola a merced de los lobos que habitaban nuestra casa. No sé dónde está, ni qué hará ahora que mi padre ha muerto. Lo cierto es que no me importa; aunque en el fondo de mi corazón, donde mis entrañas gritan venganza por el mal que causó, le deseo una vida larga, muy larga, con mucho tiempo para sufrir por su amor perdido.

No hace mucho tiempo, María Jesús acudió a verme para hablar de Junior, el periodo pre-adoptivo había finalizado y los padres de acogida quería formalizar su adopción. Mi pequeño pasaría a ser su hijo definitivamente. María Jesús fue sincera; si yo lo deseaba, el proceso se podía paralizar e intentar que Junior regresase conmigo, mi situación no se parecía en nada a la que vivía cuando me retiraron al pequeño y ella estaba dispuesta a aportar informes positivos sobre mi recuperación, y lo mismo harían los terapeutas del centro de acogida.

Por un instante estuve tentada a hacerlo, volver a besar a mi muchachito, tenerlo junto a mí, abrazarlo y reírnos juntos era una tentación muy fuerte; sin embargo, pensé en él, ahora era feliz, con unos padres que le adoraban, y yo sólo representaba un vago recuerdo en su memoria. Cómo podía siquiera pensar en alejarlo de las personas a las que él quería. Le dije que dejase las cosas como estaban; renunciar a mi pequeño era lo mejor que podía hacer por él, mi mayor muestra de amor, le debía un pasado que no podía cambiar. Lo hecho hecho está, pero podía compensarle ofreciéndole un futuro.

Pablo intentó ponerse en contacto conmigo en varias ocasiones, la última antes de abandonar el país perseguido por la policía. Muerto mi padre, sus negocios pasaron a manos de sus socios, que mucho menos precavidos y más ambiciosos habían descuidado la seguridad, obsesión de mi padre durante toda su vida, dando pruebas concluyentes a la policía sobre las actividades a las que se dedicaban. Me alegré de su llamada, no por lo que él podía pensar, el amor que sentía murió hace demasiado tiempo, mi emoción fue por el placer de decirle que no desde lo más profundo de mi ser, negarme a sus deseos me liberaba de parte de mis demonios. Si esa palabra hubiese formado parte de mi vocabulario tiempo atrás, menos sufrimientos atormentarían mi alma por las noches.

Temo el momento en que tenga que abandonar el centro, aquí me siento segura, protegida y querida; pero sé que estoy de paso, ésta no es mi casa definitiva, mi hogar me espera fuera de estas paredes, en mis manos está construirlo, darle forma, color y aromas. Mi pasado me ha hecho fuerte, el dolor sufrido ha marcado mi carácter y mi alma y sé que podré sobrevivir cuando me marche. No sólo eso, sé que podré ser feliz y que cuando me levante por las mañanas en una cama vacía, sin nadie que me despierte, tendré la fuerza suficiente para levantarme, buscar un espejo y decir en voz alta: *¡Buenos días, Miriam Pacheco, disfruta de todo lo que la vida te ofrece, te lo has ganado!*

## **Índice**

***Miriam***

***Altagracia***

***Paula***

***María Jesús (trabajadora social)***

***Aristea***

***Familiar de Mamma***

***Carlos***

***Miriam (dos años después)***



Editorial El desván de la memoria  
Edición digital de  
1 de abril de 2013

# Table of Contents

[Miriam](#)

[Altagracia](#)

[Paula](#)

[María Jesús \(trabajadora social\)](#)

[Aristea](#)

[Familiar de Mamma](#)

[Carlos](#)

[Miriam \(dos años después\)](#)